

Selecta

FERNANDA SUÁREZ

ARRIÉSGATE

conmigo

Unidos por el amor III

Arriésgate conmigo

Unidos por el amor III

Fernanda Suarez

Selecta

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prólogo

— ¡Basta, Cassandra! Es una orden, deja de molestarme con algo tan insignificante, tengo muchos deberes y no quiero perder el tiempo contigo — gritó furioso el duque de Windsor a su hija; era un hombre despreciable al que solo le interesaba el dinero, su esposa había muerto al dar a luz a Cassandra, su única hija mujer, aunque poco le importaba, si tan solo hubiera tenido otro varón, su muerte habría valido la pena, pero ni eso pudo hacer esa insignificante mujer.

— Pero no es justo, padre, esta es apenas mi segunda temporada y tengo varios posibles pretendientes, no puedes decirme algo así. — Eduardo suspiró frustrado y dejando a un lado los documentos que tenía en sus manos, se levantó de su escritorio y caminó hacia ella en una sutil amenaza.

— ¿Qué parte no entendiste, Cassandra? Si no encuentras un esposo en esta temporada, yo mismo me encargaré de buscártelo, ya sabes las condiciones, por lo menos debes tener claras las más importantes: debe ser un hombre adinerado, con un título acorde al de nuestra familia, todo un caballero, las demás ya las sabes, no me importa la edad o si es agradable para ti, agradece que te estoy dando la oportunidad de presentarme opciones, la última palabra solo la tengo yo, si no fuera porque suelo estar muy ocupado, yo mismo te habría buscado esposo y ya estarías casada. — La joven miró a su hermano, suplicándole ayuda, pero Alfred simplemente esquivó su mirada, poco o nada era lo que él podía hacer, miles de veces había intentado hablar con su padre,

pero temía empeorar la situación, por ahora lo único que podía hacer era apoyar a su hermana desde las sombras.

—¿Y si me enamoro del hombre incorrecto? —preguntó ella en un susurro; la verdad era que siempre había soñado con encontrar al amor de su vida, un hombre que la amara, que se dedicara a hacerla feliz, alguien con quien tener una familia, un futuro.

—¿Amor? —preguntó su padre burlonamente—. No existen ese tipo de estupideces.

—Pero no es lo que quiero, padre —gritó la joven Cassandra fuera de sí, le costaba mantenerse callada cuando se veía directamente afectada por esto, pero su padre estaba cerca de perder la paciencia, no le daba lo que merecía porque tenía bailes a los que acudir.

—No es mi problema lo que quieras, Cassandra, es una decisión tomada, agradece que te estoy dando una última opción —dijo con furia, estaba harto y su hija no estaba ayudando en nada a sus nervios.

—Papá... —susurró Alfred cansado de ver el sufrimiento de su hermana, pero la mirada de su padre lo hizo callar de inmediato.

—Es mi hija y seré yo el que decida, que agradezca que le estoy dando la oportunidad de elegir, tiene desde hoy hasta que se termine la temporada, si no, la próxima la empezara como mínimo comprometida, no me sirve tenerla aquí, tiene una buena dote, un apellido importante y una familia reconocida, es hermosa, le será sencillo elegir. —La joven se sentía derrotada, las opciones empezaban a agotársele, todos los caballeros que había conocido cumplían con las condiciones de su padre, pero no con lo que ella quería para su vida.

—Es muy poco tiempo —susurró ella, era su última esperanza.

—No es mi problema, pero para que veas que soy un buen padre, en el siguiente baile te presentaré a los caballeros que me gustan, tú podrás elegir, si es que eres capaz de conquistarlos, si no, pues al final yo elegiré y punto. — La tomó del brazo con demasiada fuerza y prácticamente la arrastró fuera de su despacho—. Ahora, no me molestes. —Cerró la puerta de un portazo

dejándola con la palabra en la boca y un millón de lágrimas a punto de mojar sus mejillas.

La joven subió a su habitación y se encerró a llorar, siempre pensó que si era buena hija y hacía lo que se le pedía, tendría libertad de elegir lo único que quería: un esposo, uno que la amara de verdad, ella no quería ser una moneda de cambio más, pero ahora sus sueños se veían frustrados por su padre.

Perosin imaginárselo, esa misma tarde, llegaba a Londres Nicholas Weasley en el carruaje de su familia, quien miraba curioso por su ventana; no era la primera vez que venía a Londres, pero es que esta vez era diferente, pues esta vez venía a quedarse.

Se detuvo frente a lo que sería su nuevo hogar, una enorme edificación de piedra con hermosos jardines a su alrededor, era un lugar bastante bonito, aunque demasiado grande para gusto del nuevo duque, no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, pero era hora de ajustarse a lo que le correspondía, ahora tenía un título y varios negocios por sacar adelante, pero estaba decidido a hacerlo, después de todo fue lo único que obtuvo de su padre.

Tenía varias obligaciones, como encontrar un nuevo mayordomo, según le dijo su cuñado, el hombre había muerto hacía poco, y como había nuevo duque, él mismo se encargaría de encontrar uno que se amoldara a sus necesidades.

—¿Y qué más se supone que debo hacer? —susurró con cansancio para sí mismo, pero no quería ni pensar en la respuesta, casi podía escuchar la voz de su cuñado en aquella discusión que mantuvieron al llegar.

—Bueno, a mi parecer, buscar esposa, ya tienes veintinueve, es tu deber tener un hijo y seguir con tu legado —dijo el príncipe tranquilamente.

—Yo no tengo legado, soy un bastardo —masculló Steve agobiado, era demasiado.

—Eres el nuevo duque de Devonshire, no un bastardo, eres el reconocido hijo del anterior duque, deja la estupidez, tienes un legado y necesitas tener a quien heredarlo.

—Bien, ya, entendí, debo buscar una esposa y tener un hijo. ¿Algún consejo?
—El príncipe miró a su cuñado y amigo.

—Paciencia, amigo mío, sabes que tu inicio en la sociedad no será sencillo, la reputación que tienes no ayuda mucho, pero llegará la chica para ti, es imposible que todas huyan, tienes un título, eres el cuñado del príncipe y sobrino del rey, tienes una gran fortuna. —El duque hizo una mueca de disgusto, no le gustaban esas palabras.

—No quiero una mujer hueca a la que solo le interese mi dinero o mi título, sería muy aburrido pasar mi vida junto a una mujer así, sería atrofiante.

—Entonces suerte encontrando a tu chica —dijo el príncipe saliendo.

Oh sí, sí que iba a necesitar suerte.

Capítulo 1

Cassandra intentaba caminar tranquilamente por el salón, pero casi podía sentir la pesada mirada de su padre en su espalda. ¿Quién podía estar tranquila así? Era como una pesadilla, se sentía hostigada, incluso presa, su padre parecía controlar cada uno de sus movimientos, si se acercaba demasiado a la persona equivocada con una sola mirada prácticamente la hacía correr, eso no era vida, no podía serlo; por ejemplo, Amberly, su gran amiga, caminaba libremente por los salones sin la presión de nada ni nadie. ¿Por qué ella no? Quería disfrutar de sus temporadas sociales antes de casarse o caer a ser el simple adorno de cualquier “caballero”, sin embargo, ella tenía que buscar un buen esposo y no tenía mucho tiempo. ¿Cuál era el interés de casarla? Aún era joven, apenas iba por su segunda temporada y no era por presumir, pero pretendientes no le faltaban e incluso había recibido dos proposiciones de matrimonio, aunque su padre las rechazó alegando que aquellos caballeros no eran merecedores de pertenecer a la familia, “ni que tuviéramos sangre azul”, pensó la joven cansada, quería desaparecer por un solo segundo, quería un descanso y al parecer, la suerte estaba de su lado.

Uno de los amigos de su padre lo entretuvo lo suficiente como para darle el tiempo necesario para escabullirse por una de las salidas al jardín, y gracias a la práctica, logró moverse rápidamente por el lugar hasta llegar a un lugar lo suficientemente alejado como para evitar ser descubierta por miradas curiosas. Se dejó caer al suelo sin importarle si su vestido se llenaba de tierra

y soltó un suspiro, su padre ni siquiera la dejaba acercarse a Amberly, se aseguraba de escoger las invitaciones que sabía, el conde de Warrington, padre de su amiga, había rechazado.

Miles de veces se había preguntado por lo que debía significar un matrimonio, porque para muchos era un simple negocio, es decir, que una mujer fuera obligada a casarse por cerrar un negocio o ganar un aliado era algo completamente normal, pero así mismo eran tantas las mujeres que relataban unas historias románticas tan maravillosas que uno se veía ansioso por vivirlas, entonces, ¿qué se debía buscar con un matrimonio? ¿Estabilidad económica, amor, respeto, cortesía? Era difícil saberlo cuando tus opciones eran tan limitadas.

Estuvo tentada a acostarse en el césped, pero si su peinado se dañaba no sabría arreglarlo y mucho menos cómo explicárselo a su padre, así que tuvo que conformarse con sentarse y mirar el cielo, siempre le había gustado la noche, era como mágica, las estrellas, la luna, daban una sensación de tranquilidad y paz que pocas veces tenía el placer de sentir.

¿Por qué todos vivían vidas tan distintas? ¿Esa era la razón por la que se hacía tan sencillo juzgar al otro? A ella nunca le había interesado el dinero, los títulos o los rumores, prefería conocer antes de dar una opinión, entonces ¿por qué su padre se creía digno de hacer algo tan vil? ¿Qué lo hacía mejor persona que todos aquellos a los que despreciaba? Era algo que posiblemente nunca llegaría a entender, lo cierto es que sería la causa o de su mayor desgracia o de su mayor felicidad.

Estaba a punto de levantarse cuando alguien chocó con sus piernas cayendo al suelo, Cassandra soltó un pequeño jadeo, pero no se atrevió a gritar, solo rogaba al cielo que no fuera un ladrón o un violador porque ahí sí que estaría en serios problemas, pero no podía dejar de ver el cuerpo del hombre que intentaba recuperar su postura.

Nicholas estaba nervioso, no podía negarlo, desde que llegó a Londres su vida dio un giro tan fuerte que a punto estuvo por tirarlo al suelo, no sabía cómo enfrentar todo lo que estaba viviendo, es cierto que recibió una muy buena educación gracias a su padre, pero no era lo mismo vivir entre “plebeyos” a hacerlo entre la gran sociedad inglesa, pero así como le dijo su cuñado, era su deber enfrentarlo, si esto era lo único que había recibido de su verdadero padre pues al menos se dedicaría a disfrutarlo, aunque no dejaba de extrañar sus tierras.

Ya tenía veintinueve años y en dos meses cumpliría treinta, al parecer debía buscar una esposa, y aunque sí lo había pensado, no era un asunto sencillo, ni siquiera tenía una idea de cómo buscarla o qué características le gustaría que tuviera, había escuchado a algunos de sus conocidos decir que lo mejor era una mujer complaciente, sumisa, callada, una que pudiera manejar libremente para así evitar los problemas por amantes o los escándalos, pero si Nicholas tenía algo claro era que si llegaba a casarse sería para respetar a su esposa por sobre todas las cosas, nada de amantes o mujerzuelas, sería solo su duquesa.

Así como también, había escuchado a otros quienes aseguraban que lo mejor era una esposa “pensante”, como ellos la llamaban; una mujer capaz de mantener una conversación inteligente, nada de vanas conversaciones sobre el clima o la cantidad de invitados, capaz de dar una opinión y defenderla a capa y espada, capaz de darse su lugar y hacerse respetar; pero Nicholas no sabía si esas cualidades provocaban nervios o emoción, y es que en su defensa, aunque había pensado en conseguir una esposa, pensarlo a vivirlo eran dos cosas completamente distintas, pero sin duda alguna, el estrés se le estaba llevando un par de años de vida.

“Búscate una buena mujer, que te ame y te acepte tal cual eres”, había aconsejado su cuñado, pero él no tenía ni idea de lo que era el amor, entonces, ¿cómo iba a buscar algo que ni siquiera conocía? “Pero ten cuidado, eres repudiado por muchos en esta sociedad, así que es posible que se te acerquen

mujeres interesadas únicamente en el título o el dinero, debes tener mucho cuidado al elegir”, y esas palabras terminaron de espantarlo, por Dios, eso no se le dice a un hombre que debe buscar esposa en un lugar al que apenas si acababa de conocer.

Esa misma noche asistiría a su primera velada, así que usó uno de sus trajes nuevos, esos que había tenido que ordenar que le hicieran, eran terriblemente incómodos, pero se veía bastante elegante a decir verdad, nunca se imaginó usando algo así; sorprendentemente, en cuanto se estableció en Chatsworth House, el mayordomo le informó de todas las invitaciones que le habían llegado y ya que debía dejarse ver en la sociedad, eligió la primera invitación que encontró, así que aquí estaba, entrando a un salón enorme completamente lleno de gente; cuando llegó el momento de anunciar su llegada, todo el lugar quedó en silencio y la mirada de los invitados se centraron en él.

Los duques de Beaufort, anfitriones de la noche, se acercaron en cuanto entró.

—Milord —dijo el anciano duque realizando una pequeña inclinación en el mismo instante en que su esposa hacía una perfecta reverencia—, esta es mi esposa, la duquesa de Beaufort, Jacqueline Switlor, y esta es Clawrence Switlor, mi hija. —La joven hizo una reverencia, y Nicholas pudo observar que era mujer realmente hermosa, su cabello era de un rubio con unos cuantos mechones un tanto más oscuros, sus ojos de un verde brillante que le recordaba a las esmeraldas, su piel clara y perfecta, delgada pero con las curvas correctas, solo faltaba saber si su inteligencia hacía honor a su belleza.

—Milady. —Nicholas tomó la mano de la joven y dejó un pequeño beso en el dorso de esta, pero su mirada causó una extraña sensación en él, le parecía una mirada fría, no, lo mejor sería alejarse—. Si me disculpan, me gustaría conocer un poco más el lugar. —Estaba a punto de dar media vuelta e irse, pero la duquesa lo detuvo.

—Si lo desea, con mi hija podemos mostrarle el lugar, le aseguro que somos muy buenas anfitrionas. —En ese momento Nicholas entendió que esa mujer

quería meterle por los ojos a su hija, debía buscar la forma de huir.

—¡Lord Devonshire!—dijeron a su espalda, al girar se encontró con el marqués de Chelmdendley, un caballero que conoció a su llegada; parecía una gran persona, ahora más que nunca, pues tal vez, era él su única opción de escape.

—Lord Chelmdendley, es un placer volver a verlo. —Enrique pudo notar la incomodidad del duque y no pudo evitar ayudarlo, era un hombre nuevo en todo este asunto del acoso de las matronas desesperadas por casar a sus pupilas, la verdad era que aquel hombre le inspiraba confianza, poco le importaba la forma en que había obtenido su título y fortuna, él no era nadie para juzgar quien era digno de aquel apellido, veía en él un gran amigo, un amigo al que debía salvar.

—Igualmente, ¿me permite unos minutos? Me gustaría que habláramos de cierto asunto que nos incumbe a ambos —dijo el marqués y casi pudo oír el suspiro de alivio en el duque.

—Por supuesto. —Se giró hacia la duquesa y su hija que miraban la escena furiosas al no lograr su cometido—. Si me disculpan... —Hizo una pequeña reverencia y se alejó junto a Enrique antes de ser retenido de nuevo.

—Me parece que acabo de salvarlo, ningún hombre soltero en sus cinco sentidos se habría quedado más de dos segundos luego de las debidas presentaciones —dijo el marqués divertido, tomó dos copas de oporto de la bandeja que un lacayo sostenía y le entregó una al duque.

—Así es, no sabría cómo agradecerle, ya me veía caminando con ellas completamente hostigado y aburrido. —Le dio un sorbo a su copa y suspiró, era su primera velada y ya empezaba a hartarse, tal vez decidiera esperar un par de años más antes de buscar esposa.

—No tiene de qué preocuparse, a la próxima ándese cuidado y evítelas al máximo. ¿Lo puedo invitar a una copa mañana? —dijo Enrique muy educadamente.

—Me encantaría, pero seguro que podemos empezar a tratarnos con más

familiaridad, no hace falta tanto protocolo entre nosotros, ¿le parece? — Nicholas le tendió su mano y el marqués la tomó tranquilamente.

—Me parece perfecto, mañana enviaré una nota avisándole la hora. — Inclino ligeramente su cabeza y dando media vuelta se alejó.

Nicholas continuó caminando por el salón intentando disimular sus nervios y parecer seguro, pero es que las miradas acusadoras o curiosas de los demás presentes le hacían sentir terriblemente incómodo, bien le advirtieron que aunque existieran muchos que aceptaran su nombramiento como el nuevo duque de Devonshire, a pesar de no ser el legítimo hijo del anterior duque, habían quienes lo rechazaban por ser lo que muchos llamaban “el bastardo”, no lo creían digno de tal honor, pero ¿qué podía decir? Él tampoco quería esto, así como tampoco podía rechazar lo único que su padre le había dejado, porque nunca lo conoció, al menos evitaría que se perdiera su ducado, era todo lo que podía hacer.

El primer baile estaba por empezar, pero la verdad es que si no quería estar allí muchísimo menos iba a querer bailar, así que en cuanto a lo lejos deslumbró una puerta que seguramente lo llevarían al jardín, no dudó ni por dos segundos, y asegurándose de no ser visto, se escabulló entre las puertas, llegando efectivamente al jardín, y aunque tenía gran parte de él iluminado, no tenía ánimos de ser visto, así que empezó a caminar por la oscuridad, no es como si no estuviera acostumbrado, hacía mucho tiempo atrás entendió que la oscuridad era su mejor amiga, había aprendido a moverse entre ella sin importar si conocía o no el lugar.

Un día oficialmente en sociedad y había sido un completo fracaso, era demasiada gente intentando ser educada, pero seguro que poco sabían de lo que era educación, todos y cada uno de ellos más cruel que el anterior, las sonrisas falsas, las criticadas, las malas miradas, odiaba todo esto, y aunque no quería pensarlo, empezaba a arrepentirse de haber luchado por lo que le pertenecía, personas así solo podían generarle cansancio y fastidio. ¿Qué los hacía mejores a cualquier otro ser humano? Sangre azul seguro que no tenían y

el dinero lo consigue cualquiera. ¿Un título? Aunque para él no era relevante, al parecer para la sociedad londinense era indispensable. ¿Acaso un título te hacía mejor persona? Todo parecía indicar que no. Pero no debía juzgar antes de tiempo, era su primera velada, solo debía esperar un poco y conocer mejor a las personas, seguro que no podía ser tan malo.

Sin embargo, si llegaba a ser peor de lo que se imaginó, jamás podría encontrar una esposa ni aunque pusiera todo su empeño en ello; tenía dos hermanas, bueno, no eran precisamente sus hermanas, pero eran mujeres inigualables, inteligentes, nobles, elegantes, sinceras, él quería una mujer así, no soportaría tener a su lado por el resto de sus días a una mujer superficial y poco interesante; él jamás buscaría placer fuera de la cama de su esposa ni aunque su matrimonio fuera de los más desdichados, pero no quería arruinar su vida ni la de la joven.

Los matrimonios arreglados eran un mal mundialmente conocido, no había forma de negarlo, pero a su parecer eran lo peor que podía existir, es decir, si no hay amor, ¿qué puede impulsar a una pareja a casarse? ¿El dinero? Este puede acabarse, además alguna vez escuchó que el dinero no compra la felicidad, entonces no le encontraba el sentido a un acuerdo así. Le costaba entender a la sociedad, y pensar que todo esto apenas empezaba.

Caminó entre los árboles y las flores disfrutando del silencio y la soledad, el sonido de la música era muy lejano, el césped se veía muy verde y cómodo, la luna guiaba sus pasos y las estrellas lo acompañaban en su caminata; nunca fue poeta, pero sabía apreciar cosas tan banales como esas, pero a diferencia de muchos, él encontraba el placer en la naturaleza, en sus colores, en su suavidad y pureza, esperaba pronto visitar la casa de campo que había heredado, quería un caballo, quería hacer de este lugar su lugar, lo acomodaría a sus gustos y comodidades, aunque estaba obligado a cumplir ciertas normas, no podía cumplirlas todas, pero seguro que la sociedad podía perdonárselo.

Recordó cómo se sintió al saber que tenía un ducado esperando por él, que su padre, a pesar de nunca haber estado siempre, lo pensó y había hecho hasta

lo imposible por conocerlo, pero no le era permitido, y sintiéndose incapaz de tomar a una mujer por esposa y engendrar un hijo sabiendo que su primogénito estaba a miles de kilómetros, no se casó, no tuvo más hijos, no había otra opción de heredero. Quería cumplir la última voluntad de su padre: hacerse cargo de lo que le pertenecía por derechos, según él, nadie más lo merecía, así que reclamó su título y fortuna, y ya que habían muchas pruebas y testigos de su parentesco, fue imposible negarle lo que era suyo, así que ahora era el duque de Devonshire. ¿Increíble? Bastante, ¿extraño? Aún más, pero así es la vida, en un día puede cambiar por completo.

Se recostó en uno de los enormes árboles que acompañaba su paseo y suspiró, ¿había hecho lo correcto al venir a Inglaterra? Quería saber la respuesta, aunque su padre, el hombre que lo educó y lo crió, le enseñó que a los problemas no se les huye, que uno debe cumplir con sus deberes, y aunque no le gustara, este era su deber, y claro, nadie dijo que sería fácil, pero Nicholas nunca se imaginó que iba a ser tan difícil.

Miró una vez más la hermosa y redonda luna y tomó una gran bocanada de aire, nunca se había sentido así; su padre le pagó una de las mejores universidades y lo enfrentó con valentía, llegó a ser uno de los mejores; vivió muchos años viajando por el mundo, siempre emocionado por lo que iba a encontrar en cuanto atrancara el barco, jamás se había sentido perdido, siempre sabía cómo reaccionar a todo lo que se le presentaba, pero en esta oportunidad, cuando vivía, posiblemente la mayor de sus aventuras, se había quedado sin ideas.

Se enderezó y empezó a caminar de nuevo, se internó un poco más entre los árboles, pero cometió el terrible error de no mirar sus pasos sino de dejarse guiar por la luna, lo único que pudo hacer fue colocar sus manos para evitar que al caer se golpeará su rostro, se había tropezado con algo, pero al escuchar un pequeño jadeo se quedó de piedra y maldijo su suerte, no era momento de un escándalo, de verdad rogaba al cielo que no fuera tan malo.

Tardó en levantarse, pero al final lo hizo, se hizo a un lado sentándose sobre

el césped y entonces pudo ver la causa de su caída: una joven terriblemente hermosa lo miraba nerviosa, encogió sus piernas, al parecer, intentando alejarse de él, pero es que Nicholas no podía dejar de mirarla, su cabello era rubio, muy rubio, un rostro perfecto, delicado, maravilloso ante la vista de cualquiera, sus labios gruesos, carnosos, la tentación hecha realidad, y aunque no podía ver con claridad su color, seguro que serían de un rosa fuerte o incluso rojos, pero sus ojos lo dejaron sin aliento, eran un par de zafiros azules que brillaban como la más hermosa de las estrellas.

—No me haga daño, no tengo nada de valor, solo deje que me vaya —dijo rápidamente Cassandra, nunca había visto a ese hombre y aunque estuviera vistiendo como todo un noble no se confiaba, tenía las facciones muy marcadas, su cabello era negro y sus ojos castaños, su piel, aunque la oscuridad le impedía ver con claridad, parecía algo dorada por el sol, no sabía si lo que sentía era miedo, nervios o curiosidad, y prefería no averiguarlo.

Nicholas notó sus nervios y negó con la cabeza al entender a qué se refería con sus palabras.

—No, discúlpeme, milady, no le haría ningún daño, iba caminando algo distraído y no vi que estaba allí, discúlpame. —Rápidamente se levantó y le tendió la mano para ayudarla, Cassandra la tomó un poco indecisa, y en cuanto estuvo de pie sacudió su vestido, debía volver al salón. El duque no pudo evitar recorrer su cuerpo con la mirada, tenía un cuerpo de infarto, sus pechos muy bien marcados, su cintura estrecha y pequeña, aunque sus caderas no podía distinguirlas con facilidad, ya que la falda del vestido se lo impedía, era, sin duda alguna, una mujer para admirar, un festín a los ojos de cualquier hombre, una diosa.

—Será mejor que me vaya, mi padre debe estar buscándome —susurró ella, hizo una pequeña y rápida reverencia y dio media vuelta dispuesta irse, pero el hombre la tomó de la mano deteniéndola.

—¿Me dirá su nombre? —preguntó Nicholas, le gustaría volver a verla, y

aunque seguro que la reconocería a miles de millas, quería saber quién era.

—No creo que sea lo correcto, supongo que es usted un caballero y esta no es la forma en que una dama y un caballero deben ser presentados. — Cassandra no se atrevió a girar para verlo, su corazón, por alguna extraña razón, latía con demasiada fuerza y el cosquilleo en su mano, allí donde el misterioso hombre la agarraba, empezaba a hacerla temblar.

—Tal vez ni usted ni yo estamos hechos para vivir bajo las reglas de esta sociedad, sino, ¿por qué estamos aquí escondidos y no en aquel salón repleto de gente? Tal vez usted y yo buscamos algo más, y no creo que un nombre dañe a alguien. —Ella se quedó sin palabras, giró ligeramente el cuerpo y Nicholas soltó su mano, lo miró directamente a los ojos, causando un extraño cosquilleo en su vientre.

—Cassandra, ¿y usted?

—Nicholas. —Y sin previo aviso, ella salió corriendo dejándolo atónito al duque. “Cassandra”, la noche empezaba a mejorar.

Capítulo 2

Cassandra respiraba rápidamente cuando volvió al salón, arregló su vestido y respiró profundo al cruzar las puertas y no había dado ni dos pasos cuando vio a su padre completamente furioso acercándose a ella, había tardado demasiado tiempo, ahora estaba en serios problemas, solo rogaba al cielo que no armara un escándalo en medio del salón, era una suerte entonces que su padre se preocupara tanto por la imagen que daban a la sociedad y era muy cuidadoso de mantener su buen nombre.

—Me puedes explicar ¿dónde estuviste metida todo este tiempo? Llevo bastante tiempo buscándote por todo el salón y no te encontré por ningún lado, y para colmo, seguro que vienes del jardín, tienes tierra en tus zapatos. ¿Es que acaso no pagué la mejor educación para que fuera una señorita en todo el sentido de la palabra? Ni en eso eres buena. —Le dedicó una mirada despreciable a su hija y suspiró, el duque siempre se había sentido desgraciado por la vida que le tocó vivir, así que ahora que tenía la oportunidad de mejorarla por medio de sus hijos, estaba dispuesto a lo que fuera con talde conseguirlo, y Cassandra sería la primera carta que jugaría.

La joven se sentía insignificante, estúpida, sí, eso era o que lograba su padre con ese tipo de comentarios, la hacía sentir como la peor mujer del mundo, no se creía merecedora de un trato así, pero como buena señorita e hija, su deber era callar.

—Lo lamento, padre, le aseguro que no volverá a ocurrir, solo quería tomar

un poco de aire y salí a caminar y creo que se me paso el tiempo. —El duque la tomó por el brazo y la arrastró disimuladamente hasta la mesa con los refrescos, allí nadie los escucharía.

—No, claro que no volverá a pasar, de ahora en adelante no te vas a separar de mí durante todas las veladas a menos que sea completamente necesario, contigo hay que mantener una correa corta o seguro que terminas arruinado el buen nombre de la familia. —“Correa”, con esa simple palabra Cassandra se sintió aún más insignificante que un animal, así se sentía cada vez que hablaba con su padre, y era cada vez peor, era ridículo, ¿para que tuvo hijos si lo único que quería era tratarlos como animales? Habría sido más económico tener un caballo o un perro, bien podría haber dejado de tener hijos luego del nacimiento de Alfred, aunque ese era un extraño secreto para la sociedad, pero ya tenía un heredero, le habría ahorrado años de tristezas a una bella joven que por más que intentó estar a la altura, nunca lo logró.

—Como usted diga, padre. —Cassandra tomó una copa de refresco y la bebió a pequeños sorbos, tal cual le enseñaron en una de sus muchas clases, le esperaba una larga noche y solo rogaba al cielo poder soportarla.

Nicholas aún no se recuperaba de la sorpresa, su misteriosa dama había salido corriendo dejándolo completamente solo en medio de los árboles, y aunque posiblemente, habían pasado al menos diez minutos, aún seguía hechizado con su recuerdo; era tan hermosa, le provocaba una extraña sensación de calidez y tranquilidad, nunca había experimentado nada parecido con ninguna mujer aunque conocía varias, tal vez había algo especial en esta, no solo su belleza física, parecía una mujer inteligente, con corazón, sino fuera así seguro que no se habría atrevido a darle su nombre a un completo desconocido, tenía que conocerla.

Corrió hasta la entrada del salón completamente emocionado, pero sabía que solo no podría, así que en cuanto puso un pie allí buscó a su gran amigo, él debía saber quién era su misteriosa Cassandra, seguro que no habían muchas Cassandra en el salón.

—¡Enrique! —dijo emocionado en cuanto vio al marqués tomando una copa cerca de un par de caballeros.

—Lord Devonshire —dijo uno de los presentes realizando una pequeña inclinación a modo de saludo. Nicholas respondió con la debida reverencia.

—Caballeros, si me disculpan, debo tratar un asunto de suma importancia con Lord Chelmendley —dijo el duque haciendo uso de toda su elegancia y educación, tal vez sí podía aparentar, mientras fuera por poco tiempo, no creía soportarlo por más de un par de minutos—. ¿Podría acompañarme? —Se despidieron de los caballeros y caminaron hasta una alejada esquina, el marqués sentía curiosidad, veía a su amigo bastante emocionado e impaciente, sea lo que sea seguro que sí era se suma importancia.

—¿Algo de lo que deba preocuparme? —preguntó en cuanto se detuvieron cerca de una de la columnas del lugar, ambos habían tomado una copa de oportu que les ofreció un lacayo mientras llegaban a su destino, así que Nicholas se bebió todo el contenido de un solo sorbo, necesitaba valentía, era la primera vez que buscaba a una mujer en específico y tenía un extraño presentimiento de que sería mucho más importante de lo que quería aceptar.

—¿Conoces alguna Cassandra? —preguntó directamente, no estaba para rodeos o descripciones cortas, esa era su mayor pista, su nombre, de algo debía servir. Enrique frunció el ceño, no recordaba ninguna Cassandra.

—¿Por qué la pregunta? ¿De dónde conoces a la tal Cassandra? ¿Qué quieres con ella, porqué tanto interés? —preguntó el marqués confundido, a decir verdad se esperaba cualquier otra pregunta menos esa. ¿Quién iba a decir que estaría buscando una mujer? En una oportunidad había dicho que buscaba esposa, pero que se tomaría su tiempo para encontrar a la mujer indicada, seguro que un par de horas en su primera velada no era tiempo suficiente, él llevaba al menos unas veinte veladas y no daba con la dama deseada.

Nicholas suspiró exasperado, para responder una simple pregunta no necesitaba hacer mil más, no tenía tiempo para responder a ellas, sentía una

terrible necesidad de encontrarla, algo le decía que si no era ahora no sería nunca.

—Haces demasiadas preguntas y puede que no tengas todas las respuestas, solo dime, ¿conoces alguna Cassandra? —Enrique suspiró.

—Dame más características, un simple nombre no ayuda mucho, te recuerdo que aquí las personas son llamadas por su apellido o título dependiendo a quién te refieras. —Eso era lo que hacía aún más extraña la pregunta de su amigo, no era normal que las personas se llamaran o presentaran solamente con su nombre de pila, de hecho sería un escándalo, Enrique estaba cada vez más confundido, mientras que Nicholas sonrió, seguro esa era la razón por la que le dio su nombre de pila, porque sería más difícil encontrarla, una mujer inteligente sin duda alguna, era una lástima entonces que Nicholas fuera un hombre tan decidido y una vez que quería algo no descansaba hasta conseguirlo.

—Es una mujer hermosa, su piel es blanca y delicada como la porcelana, su cabello no sé si será largo o corto, pero es color dorado, sus ojos son aún más azules que el cielo, tiene una mirada profunda y pura, labios gruesos y tentadores, seguramente de un hermoso rosa aunque no estoy completamente seguro, no logré detallarlos tanto como me hubiera gustado; tiene un cuerpo perfecto, con las curvas marcadas y exquisitas, pero lo más hermoso es su sonrisa. —El marqués sonrió emocionado, un rostro apareció justo frente a él mientras su amigo hablaba, tenía que ser ella, Cassandra Lowell, una mujer terriblemente hermosa, tal cual la describía el duque, y si era ella, su amigo estaba en serios problemas, para nadie era un secreto que su padre, el duque de Windsor, no era un hombre agradable, además de ser terriblemente prejuicioso y por la forma en que Nicholas había obtenido su título, iba a ser, sin duda alguna, un encuentro desagradable.

—Sé de quién hablas, pero antes de decirte su nombre o en donde puedes encontrarla, debo advertirte que no es buena idea, su padre es despreciable con aquellos a quienes considera “no merecedores de pertenecer a la nobleza”

y tú y yo sabemos que no todos aceptan tu lugar en la sociedad. —El apuesto caballero se encogió de hombros, si tenía algún beneficio su título y fortuna debía ponerlo en funcionamiento ahora.

—Eso no me interesa, un problema a la vez, amigo mío, solo necesito saber quién es. —Suspiró derrotado y señaló ligeramente hacia el frente, Nicholas giró y entonces la vio, era aún más hermosa a la luz de las velas, pero su mirada parecía triste lo que rompió el corazón del duque; estaba junto a un hombre mayor, alto, bien conservado a pesar de la edad y su cabello blanco; él hablaba tranquilamente con un par de caballeros más mientras que la joven permanecía un paso atrás con las manos juntas y la miraba baja.

—Se llama Cassandra Lowell, hija de Eduardo Lowell, duque de Windsor, es el hombre que está a su lado. —Devonshire no pudo apartar la vista de su ángel, porque seguro que una mujer así debía ser un ángel, pero ya había tomado una decisión y no iba a echarse para atrás ahora.

—¿Tú has sido presentado ante ella? —El marqués asintió—. Quiero que me la presentes. —Puede que su petición haya sonado más a orden, pero poco le importaba, tenía un propósito y solo estaba concentrado en él, no tenía tiempo para pensar en pequeñeces, seguro que su amigo debía entenderlo y ayudarlo. Enrique no necesitaba más para saber que su amigo estaba encantado con tal belleza y no lo culpaba, hasta él habría caído si no fuera porque ese no era el estilo de mujer que buscaba, pero estaba decidido a ayudarlo.

—Ven, necesitaremos ayuda. —Ambos caminaron hasta la marquesa de Bristol, ella seguro que los iba a ayudar; según tenía entendido, su hija se había casado hacía poco, era una buena mujer.

—Lady Bristol, aparece usted en el momento indicado —dijo Enrique acercándose, Lilian lo miró curiosa, conocía al marqués hacía un par de años y era un buen hombre, pero era bien sabido que no era un hombre dado a acercarse a jovencitas o a mujeres que lo llevasen a las redes del matrimonio, y luego del feliz desenlace del compromiso de su hija, estaba decidida a ayudar a un par de jovencitas a encontrar el hombre de sus vidas.

—No creo poder adivinar la razón, así que dígame, Lord Chelmsford, ¿a qué se debe su entusiasmo por encontrarme? —El marqués se hizo a un lado dándole paso a Nicholas.

—¿Conoce usted a Nicholas Weasley, duque de Devonshire? —Lilian hizo la debida reverencia.

—No he tenido el placer —respondió la marquesa.

—Ella es Lilian Wadlow, marquesa de Bristol. —Nicholas tomó la mano de la marquesa y dejó un pequeño beso en el dorso de esta.

—Es un placer, Lady Bristol.

—¿En qué puedo colaborarles, caballeros? —preguntó la dama curiosa.

—Quiero ser presentado a Lady Lowell —respondió Nicholas quitándole las palabras a su amigo, tal vez no conocía a la mujer, pero parecía querida y si podía ayudarle con su chica entonces era una mujer perfecta.

Lilian estuvo a punto de soltar una carcajada, si no fuera porque eso llamaría la atención de muchos y luego de ser presentado a Lady Lowell se podrían levantar muchos chismes, de verdad tuvo que contenerse para no hacerlo, era la segunda vez en su vida que un hombre le pedía que le presentara a una joven, el primero Fredrick Aldridge, duque de Marlborough, aunque no le pidió exactamente que le presentara a la antigua Amberly Dunne, actual duquesa de Marlborough, valía como ejemplo, seguro que Lord Devonshire vivirá toda una aventura.

—Será un placer. —Tomó a ambos caballeros del brazo importándole poco si era correcto teniendo en cuenta que ellos no se lo ofrecieron, tenía una misión que cumplir; los llevó hasta donde se encontraba la joven y carraspeó ligeramente llamando su atención y la de su padre.

—Lady Bristol —murmuró el duque de Windsor al ver a la marquesa, miró a sus acompañantes e identificó al marqués y al duque, pero no pudo evitar hacer una mueca al ver a este último, su título era una vergüenza para la nobleza, la forma en que lo obtuvo fue todo un escándalo, no era digno de su cercanía, debía alejarse y pronto. Nicholas sintió su desprecio, pero poco le

importó, su mirada estaba fija en su ángel y el padre estaba tan preocupado en juzgar a los demás que no notaba lo que tenía justo en frente.

—Lord Windsor, permítame presentarle a Nicholas Weasley, duque de Devonshire, y a Enrique Cartler, marqués de Chelmendley. —Giró ligeramente y señaló al hombre—. Caballeros, él es Eduardo Lowell, duque de Windsor, y esta es su hija, Lady Cassandra Lowell, aunque creo recordar que milord y su hija ya conocían al marqués. —Enrique dejó un pequeño y rápido beso en el dorso de la mano de la joven, mientras que Nicholas la tomó delicadamente y demoró más de lo debido.

—Así es, milady, ya tenemos el placer —respondió educadamente Cassandra, intentando parecer tranquila, nadie debía sospechar que ya conocía al caballero, un duque, por Dios, el caballero que la tenía entre la realidad y los recuerdos resultó ser el tan comentado duque de Devonshire, un hombre importante sin duda alguna, pero seguro que encabezaba la lista de “no merecedores de pertenecer a la familia” de su padre, lo cual sería un problema teniendo en cuenta que la joven se encontraba completamente encantada entre las profundidades café en los ojos del duque, debía admitir que sentía algo extraño pero placentero desde la primera vez que lo vio, además de que, sin duda alguna, era un hombre muy apuesto, aventurero, teniendo en cuenta su primer encuentro, así como también era tenaz, la verdad es que nunca imaginó que la buscaría, aunque darle su nombre de pila no fue planeado, no pudo evitar pensarlo en cuanto volvió a la realidad, pero ya no podía cambiar lo hecho, por lo que solo le quedaba vivir y disfrutar, tal como siempre hizo, además que ya había escuchado todos los posibles discursos de su padre, solía enfurecerlo muy a menudo, qué más daba escuchar un par de regaños más si podía conocer un poco más de su misterioso caballero.

—Es un placer —murmuró Nicholas con la vista fija en la joven.

—El próximo baile está por iniciar, ¿por qué no lleva a la pista de baile a Lady Lowell, Lord Devonshire? Seguro que la dama desea disfrutar de la velada y toda mujer ama bailar —dijo la marquesa emocionada, no se molestó

en mirar al padre de la joven, seguro que estaría fulminándola con la mirada o porqué no, asesinándola con ella, pero justificando sus actos, debía completar su misión, de nada servía presentarlos, que bailaran juntos era el comienzo perfecto.

—No creo que... —empezó al duque, pero fue interrumpido por la marquesa.

—¿Tiene usted reservado el siguiente baile, Lady Lowell? —Cassandra negó con la cabeza incapaz de mentir, aún seguía aturdida por la mirada del caballero quien para colmo no dejaba de mirarla poniéndola aún más nerviosa. ¿Bailar? No era mala idea, le gustaría saber lo que se siente estar entre sus brazos aunque fuera en un simple baile—. ¡Perfecto! Entonces el siguiente afortunado que sea Lord Devonshire. ¿Está usted de acuerdo? —preguntó Lilian a Nicholas; aunque ella no necesitaba una confirmación, era la única forma de librarse del padre.

—Estaré encantado. —Viéndose entre la espada y la pared y sin posibilidades de negarse, Lord Windsor se hizo a un lado cuando Nicholas pidió su permiso para llevar a su pareja a la pista de baile, decir que estaba furioso era poco, un bastardo bailando con su hija; prefirió no mirar a la marquesa, tal vez no soportaba las ganas de ahorcarla, si le habían dicho que era una mujer insoportable y acababa de comprobarlo, así que dando media vuelta se alejó de ella, observaría a su hija desde otra posición.

—Seguro que ahora no soy su mejor opción de compañía —dijo Lilian divertida en cuanto el hombre se alejó, Enrique soltó una carcajada sin poder evitarlo, si así era la madre, es una lástima no haber conocido a la hija, seguro que debía ser una mujer tan agradable como su progenitora, ahora que estaba casada no era una opción.

—Él se lo pierde, milady, yo no hallo una mejor compañía que la suya. —Ella negó con la cabeza, vio a Lady Jacqueline Switlor cerca y sonriendo volvió a negar con la cabeza.

—Tengo una mejor idea. —Tomó del brazo al marqués y dándole una última

mirada a la pareja que empezaba a ejecutar los primeros pasos de baile sonrió complacida, parecían hechos el uno para el otro, Nicholas y Cassandra bailaban con una elegancia y una soltura que solo se consigue en brazos de la pareja indicada, además que las sonrisas y miradas entre estos eran más que suficiente para saber que ahí había magia, solo les deseaba una maravillosa historia de amor.

—Dígame, Cassandra, ¿qué pensaba cuando dijo su nombre y salió corriendo? ¿Esperaba no ser encontrada? Porque déjeme decirle que no estoy dispuesto a dejarla ir fácilmente. —Cassandra mordió ligeramente su labio inferior, no podía dejar ver sus nervios, seguro era otro conquistador empedernido, debía tener cuidado.

—¿Por qué no dejarme ir? ¿Acaso tiene alguna razón de vital importancia por la cual mantenerme a su lado? —Nicholas sonrió, este baile no podría estar mejor.

Capítulo 3

Cassandra miraba a su alrededor rogando al cielo que nadie notara nada extraño en ellos, pero lo cierto es que su cuerpo temblaba, el cosquilleo en su cintura, allí donde el duque tenía apoyada su mano, empezaba a descontrolarla, sin tener en cuenta que hacía muy poco que había empezado el baile y ellos ya estaban en medio de una conversación que si llegaba a salirse de control habría muchos problemas, pero no quería pensar en ello, no podía causar rumores y mucho menos un escándalo, su padre se pondría como loco, debía comportarse, solo rogaba al cielo que el baile terminara pronto.

—¿Una razón?, tal vez sí, muy posiblemente sí la tenga, aunque no la veo tan segura de querer saberla. ¿Qué sucede, Lady Lowell? Parece un poco afectada. ¿Algo le molestó? Jamás querría incomodarla —dijo Nicholas con una sonrisa coqueta en sus labios, si tenía una razón o no, no lo sabía, simplemente quería conocerla y no era de los que se dan por vencidos, además no se había equivocado, era una mujer que debía conocer, era maravillosa, digna de ser recordada, digna de ser conquistada.

Cassandra tuvo que concentrarse en las palabras del duque, sería terriblemente grosero dejarlo con la palabra en la boca, debía poner en práctica su autocontrol, su educación, esa que según su padre fue una mala inversión, debía comportarse como toda una dama.

—Se equivoca, milord, no tengo razón alguna para sentirme incómoda, usted se ha comportado como todo un caballero, es solo que no estoy acostumbrada

a hablar durante los bailes; en cuanto a su razón, soy una mujer terriblemente curiosa, muchos lo verán como un defecto sin duda alguna, pero es algo, al parecer, inevitable, solo que en esta oportunidad no sé si sea conveniente saciar mi curiosidad. —Nicholas sonrió y tomándola de la mano ejecutó el siguiente paso a la perfección, era una mujer directa, decía lo que quería decir, sin falsas sonrisas o comentarios vacíos, agradecía al cielo haberla encontrado en aquel jardín, haber caído a sus pies.

—Puede que no sea la pregunta correcta, milady, pero debo preguntar: ¿es bien recibida mi compañía? Como bien debe saber, no soy bien visto por muchos en la sociedad, algunos piensan que mi título y posición actual no es válida al no haber sido el legítimo hijo del anterior duque. ¿Conoce esa historia? —La joven asintió, era una historia muy comentada por todos después de que había ocupado su puesto como duque, era imposible no saberla.

—Algo sé, Lord Devonshire, pero no como debe suponer, es muy difícil conocer la historia completa cuando esta solo se escucha por medio de rumores, y muchos de ellos malintencionados, y en cuanto a su pregunta, poco me importa como obtuvo su título, si lo tiene ha de ser porque cumple con las condiciones para heredarlo, es más que suficiente para mí, yo no soy nadie para juzgar a las personas, además, según tengo entendido, son muchas las pruebas que lo adjudican a usted como el heredero legítimo del duque anterior. —Nicholas quedó fascinado, ella hablaba con tanta seguridad, con tal fuerza que era imposible no creerle, parecía una mujer muy segura de sí misma, de sus creencias y pensamientos, le encantaba.

—¿Y su curiosidad la lleva a querer saber la historia completa? No por chismes sino por el directo implicado, el protagonista. —Cassandra abrió sus ojos sorprendida y lo miró fijamente sin poder creérselo. ¿Acababa de ofrecerse a contarle la historia de su vida?

—¿Por qué habría de contarle algo tan privado a una persona que acaba de conocer? ¿No teme que lo haga público? No debería confiar en todos los que

se le acercan, milord, muchos viven del placer de dañar la reputación de los demás, un pequeño concejo que debería tomar en cuenta. —Su pareja de baile asintió conforme.

—No tengo razones para desconfiar de usted, milady, de hecho me siento muy bien compartiendo una conversación con usted, además ya son muchos los rumores que corren sobre cómo obtuve el título. ¿Qué importa uno más? Pero respóndame algo, ¿se preocupa por lo que puedan decir de usted, Lady Lowell? —Cassandra no pudo disimular la sorpresa que le causó la respuesta, ella jamás sería la causante de ese tipo de comentarios, en ella podía confiar, pero por ahora lo mejor sería dejar el tema, no era el lugar ni el momento para una conversación tan privada; pensó durante un segundo su respuesta. ¿A ella? No, a ella nunca le interesarían los rumores que puedan circular, pero el problema sería su padre, a él sin duda alguna sí le interesarían, le daba demasiada importancia a los rumores de la sociedad, y si esos rumores llegaran a ser sobre ella, seguro que le generaría mil y un problemas.

Nicholas no sabía qué pensar sobre su silencio, era muy sospechoso a decir verdad, pero rogaba al cielo que su respuesta fuera la esperada, porque una persona que estuviera demasiado cerca de él, sin duda alguna levantaría rumores, debía saber qué esperar de su hermosa compañía, porque desde que había empezado la pieza de baile, no había podido dejar de ver esos hermosos ojos y pecaminosos labios, no le gustaría verse obligado a alejarse, pero si debía hacerlo por la tranquilidad de su ángel, lo haría.

—A mí no me importaría a decir verdad —admitió ella, nunca le habían gustado las mentiras, además no tenía nada que perder, su padre nunca sabría de su conversación. ¿Qué más daba ser sincera? Su extraño acompañante le daba una seguridad y tranquilidad increíble, quería disfrutar de su compañía, se sentía increíblemente bien.

—No sabe cómo me alegra escucharlo —murmuró el duque peligrosamente cerca de su oído causando una fuerte corriente que atravesó su espalda, se había acercado demasiado, instintivamente Cassandra miró a su alrededor

asustada, pero al parecer nadie había notado tal descaro.

—No debería hacer algo así —murmuró ella nerviosa—, si alguien llegase a verlo, ambos tendríamos que lidiar con unas muy malas consecuencias. —Nicholas se encogió ligeramente de hombros de forma tal que solo ella pudiera notarlo.

—¿Le preocupa que mi comportamiento con usted no sea el correcto? —Cassandra giró el rostro y lo miró sorprendida, jamás en su vida había vivido nada parecido, pero al hacerlo, sus rostros quedaron escandalosamente cercanos el uno del otro, así que rápidamente volvió a su posición inicial rogando al cielo, una vez más, que no hayan sido vistos, no lograba concentrarse en la ejecución de los movimientos si su pareja seguía descontrolándola así, incluso podría llegar a caer, ella, una excelente bailarina. ¿Es posible que fuera un conquistador nato y ahora fuera ella su próxima víctima? No, quería creer que no.

—Sí, claro que me preocupa, puede que para usted los rumores no signifiquen problema alguno, pero aunque a mí no me importen, pueden traerme muchos problemas, así que le ruego que se comporte debidamente, milord. —Puede que sonara muy dura, pero quería evitarse problemas; Nicholas entendió su error, debía ir poco a poco, aquí la sociedad era muy diferente a la que estaba acostumbrado en aquellas tierras en las que creció, no podía presionarla demasiado o seguro terminaría asustándola, ella podría llegar a pensar que solo intentaba aprovecharse, nada más lejos de la realidad, debía ganar su confianza poco a poco y si una vez conseguida era tan bueno como seguro lo sería, la conquistaría, pero por ahora, no había necesidad de presionar.

—No tiene nada de qué preocuparse, milady, le aseguro que jamás haría algo que la perjudicara, no me lo perdonaría, puedo asegurarle que mis intenciones son las correctas, porque aunque puede que esté un poco hechizado por su belleza, su compañía saca el caballero que tengo dentro, ese que pocos tienen el placer de ver. —La joven sintió sus mejillas arder. ¿Cómo no sonrojarse

con palabras así? No era el primer hombre que alagaba su “gran” belleza, pero sí era el primero que le causaba una desconocida, hasta hoy, sensación en el vientre y una extraña sensación de felicidad.

Cuando logró recuperarse de la estupefacción causada por sus palabras, intentó responder tan educadamente como se debía, pero el baile ya había terminado y el duque estaba realizando una perfecta reverencia a la que ella respondió torpemente, se sentía como una completa estúpida.

—Milord, yo... —intentó decir mientras él la llevaba de vuelta al lado de su padre, quería responderle antes de llegar a su destino, seguro su padre la alejaría de él tan rápido como fuera posible, no cabía duda alguna, pero el apuesto duque dio un ligero toque a su mano para silenciarla después de asegurarse de que nadie lo viera.

—No se preocupe, le aseguro que no será la última vez que no veamos, tengo gran interés en conocerla, milady. —En ese preciso instante, el duque de Windsor llegó hasta su hija, en cuanto el baile terminó caminó rápidamente hasta ella, debía alejarla de ese hombre tan pronto como le fuera posible, aquel al que llamaban caballero no merecía estar cerca de su hija, ella estaba muy por encima.

Nicholas dejó a Cassandra junto a su padre y luego de una pequeña inclinación, dio media vuelta y desapareció por entre los demás invitados, necesitaba una copa.

—No te quiero volver a ver cerca de ese hombre, no le volverás a dirigir la palabra —murmuró el duque de Windsor a su hija, no iba a permitir que su excelente reputación se dañara por semejante hombre, que a su consideración, no merecía ni ser nombrado.

—Padre, tampoco puedo esquivarlo y dejarlo con la palabra en la boca siempre que se me acerque, eso sería muy grosero de mi parte, es el cuñado del príncipe, no le puedo hacer tal desplante. —Eduardo soltó un gruñido. ¿Es que su hija no era capaz de buscar la forma de cumplir sus órdenes? Todo tenía que hacerlo él, era una inservible. Mientras Cassandra buscaba la forma

de justificar sus próximos encuentros, porque esperaba que tuvieran más, pues sentía curiosidad por aquel extraño duque; la verdad es que, aunque apenas empezaba su tiempo para conseguir marido, algo le decía que jamás encontraría por sí sola el hombre que su padre deseaba, estaba considerando la idea de disfrutar de sus veladas tanto como le fuera posible antes de ser casada con quien sabe quién, y una inocente amistad con el duque de Devonshire entraba en las opciones a considerar.

—¡Te lo advierto, Cassandra, mantente alejada de ese hombre! No es digno de estar cerca de ti, la sangre que corre por tus venas es sangre noble, a saber si el bastardo ese es de verdad el hijo del anterior duque, perfectamente pudo haber sido una jugarreta de la princesa para conseguirle un título a su hermano, debieron haberse quedado en sus tierras, no tienen nada que hacer aquí. —La joven se habría preocupado por sus palabras si en algo le importara quien las dijo, bien podrían ahorcarlo por traición a la patria después de eso, era la princesa de quien hablaba, pero le daba igual, incluso que lo ahorcaran podría llegar a convertirse en una muy buena noticia si no fuera porque ella tendría que guardar luto por todo un año, además de que le parecía terriblemente grosero que se refiriera a ellos de esa forma, desde hacía mucho tiempo atrás había entendido que ese hombre al que llamaba “padre” bien podría cambiarla por un par de libras y quedaría satisfecho, si ella no le importaba. ¿Por qué habría de importarle él?

—Lo intentaré, padre, es lo único que puedo decir, no puedo faltarle al respeto a un duque que además es el cuñado del príncipe. —Ella no estaba dispuesta ceder, no hoy, tal vez mañana se enfrentaría a las consecuencias de sus actos, pero debía aprovechar que su padre jamás se atrevería a gritarle estando en medio de tantas personas, solo en momentos así conseguía hacer valer su opinión, su palabra.

Eduardo se arrepintió de nunca haberla golpeada, a esa jovencita le hacían falta un par de golpes para entender quién era el que daba las órdenes, pero se había prometido a sí mismo no hacerlo, y además no podía hacerlo, necesitaba

mostrarla en sociedad tanto como fuera posible, esperaba que su belleza atrajera un buen pretendiente para su hija y un buen negocio para el padre; no invirtió tanto dinero en escuelas, institutrices, vestidos y joyas para perderlo todo luego de verla casada.

—No tienes a la suerte —susurró amenazante el duque antes de que llegaran un par de conocidos, los saludó alegremente y les presentó a su hija, así que Cassandra tuvo que verse en la obligación de sonreír y comportarse como debía, con la esperanza de pronto tener un apuesto caballero, un agradable amigo que le alegrara los días. ¿Qué importaba si no era bien visto en la sociedad? Si todo llegaba a salir mal pues ya tendría tiempo para arrepentirse.

Nicholas estaba a un par de metros de la joven, le dio un sorbo a su copa sin despegar la mirada de ella, seguro que ni los ángeles le hacían competencia, era una mujer maravillosamente hermosa, lo dejaba sin palabras, no existía forma alguna de describirla, porque “perfecta” le quedaba corto; pero debía concentrarse, debía pensar en encontrar la forma de compartir un par de palabras más con ella, tal vez si se escabullía de nuevo por el jardín podría seguirla, pero seguro que su padre no le quitaría la mirada de encima, y ese era otro de sus más grandes problemas, su padre, ese hombre lo odiaba sin lugar a dudas, jamás sería bienvenido en su casa y muchísimo menos en su familia, debía pensar.

Estuvo a punto de soltar una carcajada al darse cuenta de lo irónicas que sonaban sus palabras, porque no hacía mucho estaba refunfuñando por no poder encontrar a una mujer que cumpliera con sus expectativas como esposa, incluso estaba tentado a iniciar una vida de placeres para los próximos dos años por lo menos, pero fue solo ver a su ángel para replantearse sus descabelladas ideas, y es que no solo era terriblemente bella, era inteligente y parecía valiente, estaba decidido a conocerla un poco más, necesitaba hacerlo, necesitaba saber qué clase de mujer era esa que acababa de robarle los pensamientos.

—Te estás metiendo en problemas, amigo mío, y no quiero que estando

recién llegado a Londres te reten a duelo por acercarte demasiado a la mujer equivocada. —El duque giró y se encontró con Enrique quien miraba a su alrededor como buscando a alguien.

—No haré nada por lo que puedan retarme a duelo, te lo aseguro, sé comportarme cuando debo hacerlo, no tienes de qué preocuparte, pero al parecer no soy el único que está interesado en alguien más. —Enrique se dio cuenta de lo que estaba haciendo y corrigiendo su actitud, enderezó su espalda y miró a su amigo, esto de estar mucho tiempo cerca de un hombre que supuestamente buscaba esposa seguro que empezaba a afectarlo.

—No estoy interesado en nadie, no por lo menos como tú lo estás; esa mujer significa problemas, no es la familia a la que quieres amarrarte de por vida, te lo aseguro, aunque dicen que su padre es el perfecto caballero, también hablan de su mal carácter y su ridícula idea sobre la pureza de la sangre noble, y tú no entras entre sus características de “caballero”, seguro que ya le tiene un esposo a su hija. —Nicholas bebió lo poco que le quedaba en su copa de un solo sorbo, necesitaba encontrar a un lacayo que se la llenara de nuevo.

—No es como si fuera a pedir su mano mañana a primera hora, es solo una inocente amistad, seguro que las normas londinenses no prohíben eso, ¿o sí?

—El marqués suspiró; sí, las normas de la sociedad eran de lo más estúpidas, él pensaba exactamente igual, pero aun así estaba obligado a vivir bajo estas, y mientras más rápido lo entendiera su amigo, mucho mejor, no solo para él sino también para la dama en cuestión.

—Solo voy a decir que tengas cuidado, Nicholas, su padre es un duque, puede que tú tengas más influencia o que tu cuñado sea el príncipe, pero él sigue siendo un duque muy influyente en muchos otros nobles, no es el único con ese tipo de ideas, no sabes los problemas que puedes llegar a tener si sigues por ese camino. ¿Por qué no otra dama? Hay muchas tan hermosas como ella, te lo aseguro, y puede que entre ellas encuentres una mujer, menos problemática, con una familia que no te reproche de dónde vienes. —¿Por qué ella? Esa era una muy buena pregunta, solo que él no tenía la respuesta, porque

sí, era toda una diosa, pero como bien dijo Enrique no era la única, seguro podía encontrar otra igual, sin embargo, desde que la vio, o la escuchó en la oscuridad del jardín, supo que había algo que lo ataría a ella, no sabía qué era, pero solo bastó con mirar esos hermosos y profundos ojos azules para sentirse perdido.

Pasó muchos años de su vida viajando de aquí a allá, cuando aún no sabía quién era, no quería volver a casa, sentía que era una mentira, porque hacía muchos años que sabía que el señor Weasley no era su padre y aun así él lo había querido y educado como tal, una de las razones por las que decidió conservar su apellido, pero hasta hacía un par de meses supo quién era su verdadero padre, decir que se sintió desilusionado fue poco, tal vez en el fondo, muy en el fondo, deseaba ser un Weasley; estaba dispuesto a rechazarlo todo y continuar viajando por el mundo sin rumbo alguno, sin obligaciones, sin preocupaciones, pero decidió hacerse cargo de algo que no era suyo, porque no sentía que ese título fuera suyo, “solo debes acostumbrarte”, dijo su padre al despedirse; pero desde hacía mucho tenía más que claro que jamás podría con las normas de aquella sociedad, y fue aun peor cuando su cuñado le dijo que debía casarse, sintió morirse, esa no era la vida con la que algún día soñó, pero entonces vio esos ojos y fue como el ancla de un barco, así se sintió el día que volvió a casa, como si un ancla lo amarrara a lo que era realmente importante, y Cassandra pudo hacerlo con una sola mirada a pesar de no conocerla, tal vez por eso necesitaba un poco más de tiempo a su lado para conocerla, sin embargo, no quería pensar demasiado en el asunto, ya tendría tiempo para ello.

—No debes preocuparte, Chelmendley, te aseguro que me andaré con cuidado, no tengo intenciones de acabar con mi vida, aún me queda mucho por disfrutar, y si el destino me tiene preparada una hermosa señorita de ojos azules, pues que así sea, no importa si debo enfrentarme a su padre o a la sociedad completa, aunque podría hacerlo sin problema alguno si ella está dispuesta a luchar a mi lado, pero no hay necesidad de correr, no por ahora al

menos, solo quiero conocerla. —El marqués asintió conforme con su respuesta, eso tendría que ser suficiente por ahora.

—Respuesta correcta. —Nicholas soltó una carcajada y puso los ojos en blanco.

—Sin embargo, tú tendrás que ayudarme, hay cosas que no puedo hacer solo, ¿me ayudarás? —Enrique suspiró derrotado; bueno, tal vez un poco de emoción le haría bien.

—¿Qué quieres que haga? —Nicholas no necesitó más, tenía una oportunidad y estaba dispuesto a aprovecharla al máximo.

Capítulo 4

Cassandra miró la nota una vez más y suspiró emocionada, debía buscar la forma de asistir a ese lugar a como dé lugar, no iba a dejar de vivir por culpa de su padre cuando por fin tenía su oportunidad; tenía mucho miedo, no podía negarlo, era la primera vez que una persona que no conocía le hacía una invitación así, por ende, era la primera vez que hacía algo así, por lo tanto no tenía ni idea de cómo debía actuar, de cómo escapársele a su padre, porque estaba casi segura que jamás la dejaría asistir por sus malditos prejuicios, y mucho menos las razones que la llevaron a hacer tal cosa, no sabía qué pensar, pero bien lo dijo en una oportunidad, la curiosidad era, posiblemente, su mayor defecto o mayor virtud, dependiendo la perspectiva desde la que se la viera, y algo le decía que en esta oportunidad no quería saber la respuesta, era demasiado para su tranquilo y calmado corazón. ¿De verdad estaba dispuesta a hacer tal cosa? Se preguntaba una y otra vez, porque esto iba mucho más allá de llevarle la contraria a su padre, incluso más allá de su deseo de vivir, era otro nivel de lo desconocido.

“Tengo el placer de invitarla a tomar el té conmigo el día de mañana en las horas de la tarde, entiendo que no es una situación común, pues no hemos sido presentadas, pero confío en que acepte mi invitación y me dé la oportunidad de conocerla, he escuchado cosas muy agradables sobre usted.

Elyse Cartler”.

Si mal no recordaba, Elyse Clartler había sido presentada en sociedad hacía muy poco, era su primera temporada, además era la hermana de Enrique Cartler, actual marqués de Chelmendley, y él, gran amigo de Nicholas Weasley, duque de Devonshire, el actual dueño de sus pensamientos, pues por alguna razón no dejaba de rememorar aquel extraño encuentro en el jardín y el baile que compartió a su lado en la velada de los duques de Beaufort; su mirada, su sonrisa, su actuar era fascinante, cómo enfrentaba cada situación, no parecía importarle todos los rumores que corrían, simplemente vivía; en momento así deseaba ser otra mujer, una con la libertad de conocer.

—¿Qué sucedió durante la velada de los Beaufort, Cassi? —preguntó su hermano entrando a su habitación; la joven dejó de mirar el techo de su habitación, se sentó sobre la cama y escondió la nota bajo su almohada por si acaso; Alfred ha pasado su vida entera intentando agradar a su padre, pagando un error que él no cometió, incluso llegaría a traicionar a su propia hermana para conseguir lo que quería, y ella lo sabía, lo mejor era ocultárselo.

—Nada fuera de lo común. ¿Por qué la pregunta? —preguntó la joven despreocupadamente, alisó la falda de su vestido intentando aparentar tranquilidad, pero su corazón no dejaba de latir fuerte y rápido.

—Padre llegó de muy mal humor, Cassandra, no me escondas nada, antes nos compartíamos todo, pero ahora simplemente respondes sí, no, o no respondes. ¿Qué nos pasó? —Alfred extrañaba aquellos tiempos; su hermana, su única hermana, era muy importante para él y siempre había intentado ser merecedor de su cariño, pero cuando crecieron todo cambió, se alejaron el uno del otro y ahora apenas si se dirigían la palabra, no le gustaba.

Cassandra lo fulminó con la mirada, era increíble que se atreviera a reprocharle tal cosa después de que fue él quien la dejó de lado con tal de agradecer a su padre, no olvidaba aquel día en que su hermano le dijo a su padre dónde escondía sus libros románticos, esos que había logrado comprar gracias a mucho ahorro y esfuerzo, que luego terminaron siendo quemados: ella lloró casi por un mes, y él logró empezar a trabajar en el despacho, junto a él y

no en la soledad de la biblioteca.

—Conocimos al duque de Devonshire, bailé con él, fue imposible evitarlo, y le dirigí un par de palabras lo que para padre fue imperdonable, seguro es por eso: ahora, será mejor que des media vuelta y salgas de mi habitación, no estoy de ánimos para discutir contigo en este momento, seguro que encuentras la forma de disminuir su rabia. —Volvió a recostarse en su cama y suspiró, cerró los ojos rogando al cielo escuchar la puerta al cerrarse para poder leer aquella nota una vez más, aún no se lo creía, pero no sucedió.

—Espero que no me estés escondiendo nada, Cassi, o de lo contrario no voy a poder salvarte, y aléjate del ese duque, sabes que no es bienvenido y nunca lo será, por primera vez en tu vida, escúchame, te conviene. —Abrió los ojos completamente furiosa y volvió a sentarse, es cierto que era misión imposible tener un solo momento de tranquilidad en casa, pero detestaba que estuvieran dándole órdenes cada hora de cada día. ¿Iba a ser así toda su vida? Porque era deprimente.

—“No es bienvenido”. ¿No es un poco hipócrita de tu parte decir algo así? ¿Acaso no comparten la misma historia? —Supo que había sido demasiado cuando los ojos de su hermano se pusieron completamente rojos, instintivamente retrocedió hasta que su espalda dio con el cabezal de la cama y deseó poder correr cuando él se acercó amenazantemente.

—No debiste decir algo así —susurró Alfred entre dientes, sentía que su sangre hervía, ese era un dato que no debía ser revelado, aunque puede que muchos se preguntasen por las razones de su situación actual, debía permanecer como secreto; Cassandra tenía la costumbre de provocarlo con aquella información, y siempre lo lograba. Cuando fue completamente consciente de lo que hacía, estaba sobre la cama y sujetaba el brazo de su hermana con demasiada fuerza, tenía la mano en el aire, lista para golpearla, pero el miedo en su mirada lo dejó sin aire, su hermana le tenía miedo, lo odiaba.

La joven solo podía esperar el golpe, tenía miedo, la rabia en su hermano

era más que visible, debió cerrar la boca, debió actuar como se supone debía hacerlo una dama: escucha y nunca opines, no es función hacerlo.

—No lo hagas, Alfred, no puedes golpearme, no lo hagas. —Él la soltó de inmediato y ella se arrastró lejos de él, estuvo a punto de golpearla; rápidamente se levantó y salió prácticamente corriendo de aquella habitación, necesitaba poner distancia.

Cassandra corrió y cerró la puerta de su habitación, se dejó caer al suelo y se abrazó a sí misma intentando reconfortarse, no estaba dispuesta a llorar, no hoy; cada día era peor que el anterior, ya no sabía cómo sobrevivir a este tipo de situaciones, porque aunque ella nunca había sido golpeada, eso no significaba que nunca llegaran a hacerlo, debía aprender a ser más prudente, lo mejor sería rechazar la invitación de Lady Cartler, pero no quería hacerlo, se sentía entre la espada y la pared.

Respiró profundo y poniéndose de pie caminó hasta su cama para volver a recostarse, sacó la nota y la leyó al menos veinte veces más esperando saber lo que debía hacer, pero nada se le ocurrió; abrazó su almohada y cerrando sus ojos eligió descansar, no acababa de empezar el día cuando ya se había puesto difícil, dormir solía ser uno de sus mejores remedios, lamentaba no tener una persona en la cual refugiarse, un poco de apoyo nunca le vendría mal; poco a poco cayó en un profundo sueño, disfrutando de sus recuerdos.

Nicholas observó a la hermosa joven que hablaba con su gran amigo y sonrió, era más que obvio que eran hermanos, compartían el color de piel y el cabello castaño, aunque el de la joven era un poco más claro pues había lugares en los que llegaba a ser de un extraño color miel, pero sin duda alguna eran bastante parecidos, además que ambos eran igual de atrevidos y alegres por lo que había notado en esos veinte minutos que llevaba en Houghton Hall, residencia del marqués; mientras que sus ojos, esos sí eran completamente diferentes, pero se estaba divirtiendo bastante viendo cómo aquella joven sacaba de sus casillas a su hermano mayor.

—Dame una sola razón por la que deba hacerlo, no es mi asunto y no tengo

porqué inmiscuirme en él, si su amigo quiere conocerla que busque otra forma porque yo no quedaré como una completa estúpida invitando a tomar el té a una mujer que ni me conoce, seguro que nunca me ha visto, así como yo a ella tampoco. —La joven se cruzó de brazos, no estaba dispuesta a ceder, no esta vez, no quería hacer el ridículo por un hombre que ni siquiera conocía.

—¿Puedo hablar con usted, Lady Cartler? —preguntó Nicholas entrando en la conversación, su amigo estaba intentando ayudarlo, pero parecía una mujer difícil de convencer, así que si quería conseguir su ayuda, debía intervenir; la joven lo miró curiosa con una de sus cejas levantadas, el duque estuvo tentado a soltar una carcajada, pues más que verse intimidante, que era lo que seguro intentaba, se veía terriblemente tierna, pero no lo hizo, tuvo que aguantarse.

—Dígame, Lord Devonshire, ¿de pronto usted tiene mejor poder de convencimiento que mi hermano? —Nicholas puso su mejor sonrisa, necesitaba calmarla primero, parecía que tenía bastante carácter, una mujer así era de admirar.

—Milady, solo soy un caballero que intenta conocer al amor de su vida, y puede que esa mujer lo sea, pero su padre me odia, seguro que si me ve cerca de ella es capaz de retarme a duelo, seguro que has escuchado sobre el duque de Windsor. —La forma en que se transformó el rostro de la joven le hizo saber que iba por muy buen camino, conocía al duque y seguramente también su actuar, podía ser un punto a su favor—. Sin embargo, su hija es una mujer maravillosa por lo poco que he podido tratar con ella y quiero seguir conociéndola, pero necesito ayuda, no puedo hacerlo solo, de lo contrario no te molestaría, tú puedes ayudarme a acercarme a ella, su padre puede verte como una amiga para ella, tu familia es de las más antiguas y respetadas, es imposible que te considere “poco digna” de su compañía, hazlo por el amor. —Supo el momento justo en que la había convencido gracias al pequeño brillo en sus ojos, sabía que iba a funcionar, a pesar de todo, la pequeña Cartler parecía una soñadora, como cualquier mujer a su edad.

—Está bien, Lord Devonshire, haré lo que me pide, pero por su bienestar y por el de ella, espero que se comporte como un perfecto caballero mientras sea yo la que organice sus encuentros, porque no estoy dispuesta a llevar en mi conciencia un matrimonio causado por un escándalo, eso sí que no, y le aseguro que si eso llega a pasar, usted se arrepentirá. —Dio media vuelta y desapareció por uno de los pasillos; Enrique masajeaba sus cienes y negaba con la cabeza. Nicholas jamás había pensado en forzar una boda con un escándalo y seguro que ahora tampoco lo haría, su dama, sea quien sea, merecía anunciar su compromiso como si fuera la mismísima reina, nada de escándalos, su esposa sería su reina, y sería tratada como tal.

—Esa mujer no tiene arreglo, juro que intenté convertirla en toda una perfecta dama, pagué las mejores institutrices que encontré, incluso contraté a una mujer que decía ser la mejor enseñando las normas de la sociedad, pero renunció a la semana. —En ese momento fue inevitable no soltar una carcajada, aunque quería parecer desesperado, tenía más que claro que a su amigo poco y nada le preocupaba el actuar de su hermana.

—Seguro que ya encontrarás una solución. —Enrique sirvió dos copas de whiskey y le dio una al duque, ambos caballeros se quedaron sumidos en sus propios pensamientos mientras daban pequeños sorbos a su bebida, pocos minutos después, la joven entró a la habitación con un sobre en su mano.

—Bien, aquí esta o su perdición o su salvación, milord, y por alguna razón me muero por saberlo; parece que pronto conoceré a esa maravillosa mujer —dijo ella, luego llamó a uno de los lacayos y ordenó enviarlo a casa del duque de Windsor y entregarlo exclusivamente a Lady Lowell, ninguno de los dos se atrevió a preguntar lo que había escrito, ella era muy inteligente y seguro que podía llevar la situación, el plan llevaba varios pasos, pues ambas damas debían conocerse primero y entablar una amistad para luego empezar con los pequeños encuentros furtivos, y de ahí, que pasara lo que tuviera que pasar.

Nicholas se quedó a cenar esa tarde, pero al terminar partió a su casa, mañana debía estar sobrio para su encuentro con Lady Lowell, pero necesitaba

desesperadamente una copa, así que se resignó a tomar una sola copa de whiskey, sin embargo, pasó casi toda la noche completamente despierto, se sentía intranquilo, incluso nervioso si quería ser sincero consigo mismo.

Había tenido muchas aventuras, tenía que aceptarlo, pero eran mujeres de una noche, una cosa era conquistar una mujer que no necesitas conocer y que posiblemente no vuelvas a ver, a conquistar la mujer con la que posiblemente despiertes cada día de tu vida, la madre de tus hijos, tu compañera de vida; tenía miedo de equivocarse, era mucho lo que estaba en juego, pues aunque puede que no sea Cassandra la mujer de su vida, sería su primer intento y aunque quería negarlo, le estaba metiendo cuerpo, alma y corazón, rogaba al cielo que fuera el primero y el último.

Al siguiente día se sentía aún más cansado que al acostarse, si había logrado dormir una hora era mucho, era como si fuera demasiado para él y no entendía porqué, lo que lo inquietaba aún más; debía aceptar que se moría por llegar a casa de su amigo y ver a su ángel.

Se preparó rápidamente y tomó el desayuno en su habitación, odiaba tener que comer en aquel enorme comedor que parecía burlarse de su soledad; organizó rápidamente su ropa y se preparó, aquella estúpida idea que tenían los ingleses de usar un ayuda de cámara no iba con él, era completamente capaz de vestirse por sí solo, lo había hecho por veintinueve años, no estaba dispuesto a cambiarlo ahora, y aunque sí debía vivir bajo ciertas normas, eso no significaba que estuviera dispuesto a dejar de ser quien era.

Tomó su caballo y salió a todo galope, pronto debía hacer un par de ajustes en su casa, como el personal, aunque no iba a despedir a nadie, debía asignarles tareas específicas que fueran de más ayuda, quería convertir ese lugar en su casa, ya no quería seguir sintiéndose como un extraño en sus propiedades.

Al llegar a casa del marqués, el mayordomo lo dejó entrar en cuanto lo vio, seguro ya había sido informado de su visita; fue directamente al despacho de Enrique y lo encontró con varios documentos en sus manos y el ceño fruncido.

—¿Algo por lo que debas preocuparte? —preguntó al entrar, se sentó frente al escritorio y miró el reloj por enésima vez en el día.

—No, no realmente, nada fuera de la común, un par de problemas con unos arrendatarios y algunos negocios que aún no dan sus frutos, ahora que Elyse fue presentada en sociedad quisiera aumentar un poco su dote. —Nicholas se imaginó por un momento haciendo lo mismo con sus hermanas, solo que ambas ya estaban casadas, Jane con el príncipe e Isabel, muy lejos de aquí, ya tenía una familia formada, la única forma de tener una mujer a su cargo sería teniendo una hija, pero eso, por ahora, no era posible.

—De hecho me gustaría que participáramos juntos en un nuevo negocio, sabes que llevo bastante tiempo con esto de traer mercancía, quiero que ahora los barcos vayan más lejos, ¿qué te parece? —Enrique aceptó sin dudar, no tenía mucho que perder y posiblemente sí mucho que ganar, además confiaba en Nicholas y por ahora su economía estaba bastante bien a pesar de las pérdidas.

Ambos caballeros necesitaban un poco de calma y distracción, así que decidieron salir a cabalgar, pues el marqués no quería pensar en ciertos sucesos que empezaban a quitarle años de vida, así como el duque no quería pensar en la muy alta posibilidad de que Cassandra no asistiera a la invitación, si había enviado respuesta, él no había sido informado, Elyse debía estar manejando la situación como creía pertinente.

Volvieron a la hora precisa del almuerzo, fue extraño para Nicholas sentarse en una mesa con dos personas más, en momentos como estos era cuando más extrañaba a su familia, ni en sus largos viajes había experimentado tanta soledad.

—¿Lady Lowell envió alguna respuesta? —preguntó distraídamente dando un último bocado a su comida; Elyse sonrió emocionada, puede que lo estaba ayudando, pero era su trabajo hacer que funcionara, y aunque sonara malvado, le gustaba ver al duque tan preocupado y nervioso.

—Sí, sí la envió —respondió ella simplemente a punto de reír por la cara de

desesperación de Nicholas.

—Elyse, ¿podrías ser un poco más específica en cuanto a tu respuesta? Estás torturándolo a propósito —dijo Enrique intentando mejorar la situación de su amigo, pero su hermana dejó su plato a un lado y se levantó de la mesa, caminó hacia la puerta y ambos suspiraron derrotados, solo les quedaba esperar a ver si la señorita en cuestión llegaba.

—Llegará a las 3 —dijo justo antes de cruzar el marco de la puerta; Nicholas miró a su amigo y sonrió, iba a venir, después de todo la joven Cartler no era tan mala, pues gracias a ella, pronto volvería a ver a su ángel.

Decir que estaba desesperado por verla era poco, era algo a lo que tenía explicación, pero que simplemente moría por vivir, es como cuando sabes que estás invirtiendo más, cuando sabes que son más las posibilidades de perder que las de ganar, pero aun así no te importa y simplemente lo haces, sin pensar en consecuencias, sin pensar en nada, disfrutas y vives del momento, y si al final termina mal, al menos te queda un lindo recuerdo del que podrás disfrutar y nadie te podrá arrebatarte, así se sentía Nicholas, pues aunque sabía que era casi imposible conseguir a esa mujer, estaba dispuesto a todo por lograrlo.

Antes de la hora pactada, Nicholas ya estaba en el despacho de su amigo, de pie frente a la ventana desde donde se podía ver claramente la entrada a la casa del marqués, y de ahí no se apartó ni aunque Enrique, miles de veces, lo invitó a acercarse a la mesa y tomarse una copa con él; el duque solo se limitaba a negar con la cabeza.

A las 3 en punto, un carruaje cruzó la entrada y solo fue ver el escudo en este para que su corazón se acelerara, era ella, su hermoso ángel.

Capítulo 5

Cassandra estaba sentada frente a su tocador pensando en lo que debía hacer, ya se había cambiado su vestido por el apropiado para tomar el té, era un lindo vestido azul claro con encaje blanco, su doncella había arreglado su cabello con un hermoso recogido adornado con dos pequeñas flores azules, ya hasta había ordenado que le prepararan el carruaje, debía salir en menos de 15 minutos si quería llegar a tiempo a su invitación, pero escaparse ya no era una opción, empezando porque su habitación estaba en el segundo piso y podría matarse si saltaba por la ventana y su padre no permitía la salida de nadie a menos que tenga su autorización, todos cumplían sus órdenes al pie de la letra, así que el cochero estaba esperando la autorización del duque para salir, entonces, ¿cómo pedirle a su padre que le permitiera ir?

Suspiró y se levantó, seguro su padre seguía furioso por lo que pasó hacía dos noches en aquella velada, sus palabras fueron demasiado, no debía haberlo dicho, jamás se le contradice o responde a su padre, eso lo aprendió años atrás, pero al parecer no lo aprendió tan claramente, bien decía su padre que tenía un alma rebelde y por más que lo intentó no logró erradicarla.

Observó por última vez su reflejo y armándose de valentía salió de su habitación y caminó hasta el despacho de su padre, todos los días estaba allí mentido junto a su hermano revisando las cuentas, muchas veces incluso hasta cenaban allí adentro y aunque ella lo odiara, se veía obligada a comer completamente sola en aquel enorme comedor, no tenía permitido tomar su

cena en otro lugar, ese tipo de cosas no lo hacen las damas, o eso decía su padre una y otra vez.

Tocó ligeramente la puerta y juntó sus manos esperando que le permitieran la entrada, pero cuando escuchó la autorización tuvo que respirar profundo varias veces antes de atreverse a entrar, todo el cuerpo le temblaba y sentía que en cualquier momento caería al suelo, nunca había tenido la valentía necesaria para enfrentarse a su padre o cualquier persona, estaba acostumbrada a permanecer entre las sombras obedeciendo las órdenes que su padre o su hermano, cuando le dirigían la palabra, le daban, para eso había sido educada o entrenada, porque se sentía más un animal que puedes manejar que una mujer con sentimientos e inteligencia.

—¿Puede permitirme unos minutos, padre? —preguntó tan educadamente como le fue posible; en cuanto abrió la puerta, entró y se posicionó frente al escritorio donde él estaba sentado con las manos entrelazadas y la cabeza gacha, si ser una mujer sumisa le ayudaba a conseguir lo que quería pues lo sería, después de todo no es como si tuviera muchas opciones.

—Habla, no tengo todo el día para perderlo contigo, tienes dos minutos —masculló el duque furioso, no sabía qué pecado estaba pagando, no solo con Alfred sino también con Cassandra, por más que lo intentaba y le invertía dinero, esa mujer nunca se comportaría como debía hacerlo una dama, era una vergüenza de hija, esa era la razón por la que ya le estaba buscando esposo, necesitaba deshacerse de ella tan pronto como le fuera posible y estaba seguro de que ella jamás podría encontrar el hombre indicado, las mujeres se dejaban llevar por tonterías como los sentimientos, tenía la fiel creencia de que la única forma de que todo saliera bien era haciéndolo él mismo; sus hijos no servían para nada, ni siquiera Alfred, él aún tenía mucho que aprender, si tan solo la historia hubiera sido diferente.

—Tengo una invitación para tomar el té en casa del marqués de Chelmdenley con Lady Elyse Cartler, hermana del marqués, me preguntaba si me daría su autorización para asistir. —Su padre la miró y frunció el ceño, no recordaba a

esa joven. ¿Cómo pudo invitar a su hija? En algún momento debieron ser presentadas, pero ahora no tenía tiempo para encargarse de ello, solo esperaba que la hermana del marqués fuera una verdadera dama o tendría que alejar a Cassandra de ella igual que como tuvo que hacerlo con Lady Dunne.

—¿Cuándo fuiste presentada a ella? Yo no creo recordarla, porque sí fueron presentadas, ¿cierto? —En ese momento la joven agradeció al cielo no estar mirándolo a los ojos, si no lo miraba no se sentiría tan intimidada, lo que facilitaba mentirle, porque si llegaba a enterarse de que nunca había sido presentada a ella seguro que la enviaría de vuelta a su habitación con un solo grito.

—Fue hace un par de días en Hyde Park, ella paseaba junto a su doncella y su hermano, así que el marqués nos presentó, pensó que podíamos ser buenas amigas ahora que ella fue presentada en sociedad, es toda una dama, según escuché su hermano pagó las mejores institutrices de todo Londres. —Eran solo un par de mentiras, pensó ella; en teoría, sí había sido presentada al marqués en uno de sus paseos por Hyde Park, lo de la institutriz, bueno, esa mentira seguro que puede atribuirse a los nervios del momento, además ni loca le diría que no ha sido presentada a Lady Elyse, seguro que enloquecería y la encerraría, jamás permitiría que se volviera a acercarse a otra mujer, eran un par de mentiras completamente necesarias.

“El dinero no puede convertir a una mujer en una dama”, pensó Eduardo, después de todo su hija de dama no tenía nada, suspiró, tenía un par de problemas con unos arrendatarios y además su barco debía llegar ayer, pero aún no aparecía, no tenía tiempo para discutir estupideces como estas.

—Puedes ir, Cassandra, solo espero que te comportes como debes y te espero para la cena, sabes que odio que me hagan esperar y la puntualidad es indispensable en una dama, ordenaré que te preparen el carruaje. —La joven mordió su labio inferior intentado evitar sonreír y saltar emocionada de un lugar a otro, si lo hacía su padre podría imaginarse mil cosas y la dejaría encerrada, pero si le restaba importancia al asunto seguro que poco le

importaría dejarla ir.

—Gracias, padre, entonces será mejor que salga inmediatamente, no quiero llegar tarde. —Eduardo sacudió su mano sacándola de su despacho, tenía mucho que hacer; la joven realizó una pequeña reverencia y salió rápidamente, llamó a su doncella y cuando salió el carruaje ya estaba esperándola, se acomodó en el asiento y sonrió emocionada, por fin algo interesante estaba por sucederle, estaba cansada de esta vida monótona y aburrida.

Hoy se sentía sorprendentemente emocionada, no había pensado en cierto caballero durante todo el día así que estaba sorprendentemente tranquila, había estado tan inmiscuida pensando en cómo asistir al té que no había tenido tiempo de preocuparse por más, sin embargo, solía preguntarse si algún día volvería a verlo.

Cuando el carruaje cruzaba la entrada, observó emocionada por la pequeña ventanilla del carruaje la hermosa edificación en piedra que tenía en frente, era un lugar hermoso, digno de ser admirado, al parecer el marqués tenía una muy buena economía.

Al bajar del carruaje se encontró con una hermosa joven de cabello castaño claro y ojos verdes, oscuros pero hermosos.

—Lady Lowell —dijo esta realizando una elegante reverencia a la que ella respondió—, entiendo que esta invitación debió ser de lo más extraño para usted, y lo entiendo, es la primera vez que la veo así como es la primera vez que me ve, pero he escuchado muy buenos comentarios sobre usted y me surgió la curiosidad y el deseo por conocerla, espero que no me tache de impertinente y grosera. —Cassandra sonrió, parecía una mujer a la que le gustaba decir lo que pensaba, eso le gustaba, no le importaban las normas de la sociedad, si quería conocerla simplemente lo hacía.

—Claro que no, Lady Cartler, aunque debo admitir que me sorprendió bastante recibir su invitación, tenía muchas ganas de conocerla, solo debo pedirle un favor, mi padre, como debe saber, es un hombre de tradiciones y no le gusta que rompa las reglas de la sociedad, tuve que decirle una pequeña

mentira para que me permitiera venir, así que si en algún momento pregunta, ¿sería mucho pedir que le dijera que fuimos presentadas en Hyde Park por su hermano? —Elyse sonrió complacida, aunque a primera vista parecía una señorita de papá, al escucharla hablar no pudo quedar más fascinada, después de todo no cualquier mujer le miente a su padre e incumple las normas.

—Será todo un placer ayudarla, mi nombre es Elyse Cartler, aunque seguro que ya debe saberlo. —La hermosa rubia sonrió y asintió.

—Así como usted ya debe saber que yo soy Cassandra Lowell. —La hermana del marqués se hizo a un lado y señaló la puerta.

—Es un placer tenerla aquí, Lady Lowell, acompáñeme adentro, el té estará listo en un par de segundos, podemos disfrutarlo en la sala de onces o en el jardín, hace un día precioso. ¿Dónde le gustaría? —Ambas mujeres empezaron a caminar hacia el interior de la casa mientras eran atentamente observadas por dos caballeros.

—Me encanta el aire libre, seguro que en el jardín estará bien.

—Grandioso. —El té fue servido en el jardín y ambas señoritas se inmiscuyeron en una agradable conversación mientras un apuesto caballero las observaba desde una de las ventanas.

—Ya la viste, Enrique, es un ángel. Vamos, quiero saludarla. —El marqués se puso de pie rápidamente y lo detuvo.

—Acaba de llegar, debes esperar a que Elyse gane su amistad, no puedes simplemente llegar y saludarla o seguro la asustarás y nunca volverá a aceptar otra de sus invitaciones. ¿Qué te parece si vamos a cabalgar un poco? Tal vez eso te ayuda a relajarte, debes actuar con la cabeza fría. —Nicholas suspiró, tenía razón, cabalgar le haría bien.

Salieron por el camino alterno para no pasar por el jardín y evitar así ser vistos, cabalgaron por al menos una hora cuando, por petición del duque, volvieron a casa; no estaba dispuesto a perder la gran oportunidad que tenía, una hora debía ser más que suficiente para que se conocieran, si todo salía bien, Elyse se convertiría en su único medio para verla.

—Creo que tú y yo seremos muy buenas amigas, Cassandra, eres una gran mujer —dijo Elyse entre risas; llevaban mucho tiempo hablando y riendo, conociéndose, sentían una gran cercanía entre ellas, hacía tiempo que habían decidido llamarse por sus nombres de pila, no hacían falta formalismos luego de tan extraña forma de ser presentadas, al parecer Cassandra estaba destinada a encuentros extraños.

—Espero que así sea, me encantaría repetir tan agradable encuentro, Elyse. —La joven sonrió y levantó la mirada encontrándose con dos caballeros cabalgando a lo lejos, uno de ellos era su hermano, reconocería su caballo en cualquier lugar y seguro que a su lado estaba el duque, qué hombres tan impacientes, ahora debía pensar en la forma de prepararla para el encuentro, según su reacción decidiría si seguir ayudando a Nicholas o no, Cassandra era una buena mujer que no merecía ser víctima de tales planes.

—Cassandra, espero que me disculpes, al parecer tendremos compañía. — La joven rubia siguió la dirección de su mirada y agudizó su vista esperando reconocer a los caballeros que se acercaban—. No pensé que llegarían tan pronto, como bien debes saber, mi hermano es gran amigo del duque de Devonshire, ¿lo conoce? Nicholas Weasley es un nombre muy conocido últimamente, su título ha sido todo un escándalo, pero mi hermano y él suelen reunirse muy seguido, esta mañana salieron a cabalgar y no los esperaba hasta la cena, ¿le molesta? —Elyse estaba a punto de felicitarse a sí misma, era muy buena actriz y aunque no es de orgullecer, era buena mintiendo, pero solo lo usaba cuando era completamente necesario.

Cassandra sintió que el aire empezaba a faltarle, el duque estaba ahí, viniendo hacia ella con esa hermosa sonrisa en sus labios, estaba tan tranquila y disfrutaba tanto del momento que por un segundo olvidó su existencia, pero ahora que lo veía tan cerca sentía el peligro de su cercanía, nunca imaginó encontrárselo allí a decir verdad.

—Señoritas, espero que nuestra presencia no sea inoportuna. —Ambos caballeros realizaron una reverencia en cuanto bajaron del caballo—. Es un

placer verla, Lady Lowell, Lady Cartler. —Elyse lo miró con una de sus cejas elevadas.

—No esperaba que volvieran tan pronto, milord.

—Será mejor que me vaya —murmuró Cassandra nerviosa—, debo volver muy pronto a casa, debo estar presente en la cena, mi padre me espera. —Intentó caminar hacia la salida, pero Nicholas la detuvo tomándola por su brazo, sin embargo, ella se soltó rápidamente y miró a su alrededor asustada, alegrándose al ver que nadie había notado aquello.

—No quiero molestarla, si así lo desea podemos irnos para que disfruten de su té, nuestra intención no es incomodarla. —Nicholas se sentía realmente mal, no debió aparecerse así; Enrique tenía razón, debió esperar un poco más.

Cassandra negó con su cabeza asustada, esa no era su intención al intentar irse, el rostro del caballero parecía realmente dolido, aún más esos hermosos ojos cafés que tanto le encantaron desde aquella primera vez que lo vio.

—No, le aseguro que no es así, su presencia no podría molestar —se apresuró a decir y la sonrisa que apareció en los labios del duque causó un extraño temblor en todo su cuerpo.

—¿Puedo pedirle entonces que me acompañe a caminar? Estaremos cerca, se lo prometo, debe recordar que la anterior velada le aseguré que tenía mucho interés en conocerla y que ese no sería nuestro último encuentro, así que quisiera aprovechar el momento, si usted está de acuerdo, claro está, le aseguro que a mi lado no le pasará nada. —Cassandra sintió que su corazón se aceleraba, estar a solas con él era una tentación muy grande y un problema aún más grande, si lo hacía y era descubierta pagaría las consecuencias.

—No puedo. —Suspiró, a él no podía mentirle, él parecía sincero y a ella nunca le gustaron las mentiras—. Mi doncella; mi padre controla muy bien su personal y no tengo autorizado un paseo con usted, si llega a enterarse se pondrá furioso. —Nicholas sonrió y Enrique sintió unas enormes ganas de ahorcar al duque de Windsor, no era justo que a un hombre que ha pasado por tanto y que obtiene lo que legalmente le pertenece se le trate como si fuera la

paria de la sociedad.

—Es una forma bastante elegante de decir que su padre le tiene prohibido acercarse a mí, y la entiendo, milady, no soy parte de su nobleza, yo apenas estoy aprendiendo. —La joven estuvo tentada a darse un golpe en la cabeza. ¿Cómo podía ser tan estúpida? Estaba siendo igual de cruel que su padre.

—No es mi intención, se lo juro, se lo dije mientras bailábamos la velada anterior, jamás lo juzgaría por la forma en que obtuvo su título y la verdad me encantaría caminar con usted, pero las consecuencias pueden ser muy malas para mí, seguro que mi doncella anda muy al pendiente de mis actos. — Nicholas miró a su alrededor y vio una mujer cerca de la puerta al jardín observándolos atentamente, si mal no recordaba esa era la mujer que había llegado con Cassandra, lo que significaba que era su doncella.

—Supongo que podremos encontrar otra forma, ahora que sé que mis invitaciones son bien recibidas estoy más decidido que antes a conocerla. — Elyse observaba la escena y escuchaba sus palabras con rabia. ¿Cómo podía existir gente así? Siempre pensó que los rumores sobre el duque de Windsor eran simples exageraciones de tan chismosa sociedad, pero ahora que conocía de primera los hechos, sabía quién debería ser considerado la paria de la sociedad; Cassandra era una mujer dulce que no merecía estar viviendo cosas así.

—Basta, no planeé todo esto para que una estúpida doncella lo arruine — dijo furioso y tarde se dio cuenta de sus palabras, pues su amiga ya la miraba con la boca y los ojos muy abiertos, había hablado de más.

—¿Planearon este encuentro? —pregunto ella ofendida; Elyse sonrió y mordió ligeramente su labio.

—Él quería conocerte, era por una buena razón, yo había pensado que después de este encuentro decidiría si seguía ayudándolos o no, pero sí quiero ser tu amiga, la mía es una completa estúpida, y es que entre ustedes hay algo especial, hasta un ciego podría verlo, se merecen una oportunidad para conocerse y ver qué pasa, sé que ambos lo quieren y como tu amiga quiero

ayudarte, así que tengo un plan; Enrique, ve con esa mujer y coquetéale, seguro que puedes distraerla un rato, si te pregunta dile que iré de paseo con Lady Lowell. —Se giró y miró a Nicholas—. Tú, toma tu caballo y cabalga hacia el sur, a 20 minutos hay una pequeña cabaña, espéranos allí. —Miró a Cassandra y le extendió su mano—. Y tú vienes conmigo. —Las tres personas presentes la miraban con la boca abierta—. ¿Alguna duda? ¡Ahora! —gritó y ambos caballeros fueron a cumplir sus labores, era increíble que una mujer fuera capaz de crear planes tan buenos.

—¿Y si no quiero ir? —preguntó Cassandra—. Me mentiste, todo esto era un plan para ayudar al duque.

—Sí quiero ser tu amiga, Cassandra, aunque no me lo creas, eres una gran mujer y mereces una oportunidad, pero no te voy a obligar a nada, si quieres ir vamos, si no pues nos quedamos a tomarnos otra rica taza de té y te aseguro que mando lejos al duque y a mi hermano. —Su amiga sonrió.

—¿Harías algo así con un duque? Podrías tener problemas —dijo divertida.

—Ya deberías saber que no soy lo que se dice una dama de sociedad, así como tú tampoco lo eres, es por eso que valemos mucho más que ese montón de mujercitas creyéndose mujeres, ahora, ¿quieres ir o no? Puedes confiar en mí y si todo sale bien, pues ya tienen quien organice sus encuentros, me encantan las historias románticas, más si soy de utilidad en ellas. —Sin dudarle dos veces, Cassandra tomó su mano, un poco de aventura le vendría bien, más si era junto a su apuesto caballero, se moría por llegar.

Capítulo 6

Nicholas llegó al lugar acordado y al bajar de su caballo lo amarró a un árbol cercano, podía ver el lugar a lo lejos, era pequeño y lleno de heno, seguro en algún momento fue usado para dar un descanso a los caballos; tenía nervios, sentía ganas de verla, de hablar con ella; entendía su reacción cuando se le acercó, así que necesitaba saber más sobre su padre, muchos hablaban sobre el duque de Windsor, pero pocas eran fuentes confiables de información, además era él su máxima amenaza, en todo sentido, pues fue él quien pasó solicitudes al rey para denegar su título y podría ser él quien provocase un levantamiento por los fuertes cambios que ha tenido la monarquía, empezando porque era su hija una de las posibilidades para princesa, teniendo en cuenta su alto rango; sin embargo, el príncipe decidió casarse con una joven que de noble no tenía nada y que además era su hermana, el heredar el ducado de Devonshire solo pudo empeorar la situación.

¿Sería muy duro con su hija? Después de todo era la única por lo poco que sabía, pero, entonces, ¿por qué ella actuaba así cuando de su padre se trataba? Ella actuaba como si le tuviera miedo, pero si se atrevía a dañarla iba a pagar, poco le importaba las consecuencias, jamás permitiría que lastimaran a una dama; tenía que averiguar sobre el tema, pero no acudiría a su hermana y mucho menos al príncipe, él aceptó el título y todo lo que conllevaba sabiendo cuál era la opinión de muchos de los nobles, ahora era hora de asumir sus responsabilidades, entre ellas el matrimonio, y Cassandra era uno de los más

importantes temas a tratar.

La casa quedaba bastante retirada de aquella vieja choza, lo que significaba que cuando llegasen sería poco el tiempo disponible, pero estaba dispuesto a aprovechar cada segundo. Pensó en ir a caballo y buscarla para traerla, pero era peligroso, eran muchas las posibilidades de ser descubiertos por su doncella y no estaba dispuesto a ponerla en peligro para cumplir sus caprichos.

Entró al lugar y se sentó en uno de los montones de heno del lugar, cerró sus ojos y suspiró, si en algún momento llegó a pensar que esto sería sencillo cuán equivocado había estado.

Quince minutos después la puerta se abrió, rápidamente se levantó y vio a su hermosa dama entrando al lugar con una tímida sonrisa en sus labios.

—No soy muy buena en esto de escuchar conversaciones románticas, así que los esperaré afuera, recuerden que no tenemos tanto tiempo, vigilaré que nadie venga —dijo Elyse entrando y saliendo del lugar.

—Si el rey tuviera hombres que se acercaran a la inteligencia y astucia de esa mujer, seguro que tendríamos los mejores espías del mundo —bromeó él, aunque había conocido muchas culturas en sus muchos viajes, jamás había conocido una mujer parecida y eso que no hacía más de 24 horas que la conocía, seguro que no dejaría de sorprenderlo nunca; el hombre que lograra enamorar aquel corazón, se llevaría un gran tesoro, pero ahora quería centrarse en su propio mapa, tal vez pronto él también consiguiera un tesoro brillante y terriblemente valioso.

—Seguramente sí, es una mujer muy inteligente —coincidió ella; Cassandra no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo hasta que ya tenía un pie dentro y la vista fija en aquel caballero, actuó por instinto, por deseo, no pensó en los peligros, en las consecuencias o en lo que podía pasar mientras estaba muy lejos de todos y encerrada con un hombre, simplemente sabía que era allí donde quería estar, no necesitaba saber más, eran muchas las razones por las que podía ganarse un problema con su padre, si aquel encuentro

llegaba a saberse, pero valdría la pena soportar lo que vengase y pase lo que pase, los recuerdos nadie podría quitárselos.

—Me alegra mucho que hayas decidido venir, la verdad es que mientras venía de camino pensé en las muchas posibilidades por las que podrías llegar a negarte y debo admitir que llegué a sentir miedo. —A la joven no le pasó desapercibido la forma tan personal y cariñosa en la que le habló, además que la estaba tuteando, nada de formalismos, lo que aumentó sus nervios, al igual que su curiosidad.

—Yo la verdad no pensé en si actuaba correctamente o no hasta que ya había llegado, pero creo que ahora es un poco tarde para arrepentirme de mis actos, así que en ningún momento llegué a pensar en no asistir, menos cuando se esforzó tanto por conseguir este encuentro, pero entonces dígame, ¿por qué sintió miedo al imaginarse que no asistiría? O mejor aún, ¿por qué quería verme? —preguntó ella directamente, si este no era un encuentro normal entre dos personas pues entonces ella estaba dispuesta a adaptarse a la situación, solo quería entender, nadie se tomaría tantas molestias porque sí o sin una razón de peso, todo acto tiene un límite y ella necesitaba saber cuál sería el suyo.

Nicholas sonrió. ¿Cómo responder a eso? No tenía ni la más mínima idea, cuando decidió ser sincero no se imaginó que estaría tan al pendiente de todas sus palabras. ¿Cómo es que no imaginó aquellas preguntas? Seguro que lo creía un completo idiota.

—Me dejas sin palabras la verdad, debo admitir que toda mi vida he sido un hombre bastante impulsivo, tal vez sea esa la razón por la que cometo tantos errores, aunque ahora que lo pienso no debí decir eso, tengo la plena confianza en que esto jamás podría ser un error. —Cassandra frunció el ceño confundida —.Perdón, estoy divagando, supongo que no soy bueno manejando los nervios, el punto es que no tengo respuesta a tus preguntas, solo puedo decir que desde que te vi en aquel oscuro jardín, supe que debía conocerte, tenía que conocerte, no cualquier mujer con la belleza que tu posees estaría en un jardín

escapando de las maravillas que podía encontrar en un salón lleno de posibles pretendientes, porque, no está comprometida, ¿verdad? —Sonrió ligeramente y por un segundo el corazón del duque se detuvo, era una ansiedad que nunca antes había experimentado, pero que no le gustaría volver a sentir.

—No, no estoy comprometida.

—Entonces dígame, ¿por qué una mujer tan hermosa, de tan buena familia, con una excelente dote y con tal inteligencia aún no está comprometida? —Ella sonrió y caminó hasta uno de los montones de heno donde tomó asiento, le dolían los pies después de una caminata tan larga, apenas si se habían detenido a tomar aire, o tal vez solo intentaba demorar su respuesta, no siempre se está listo para responder ciertas dudas.

—Creí que estábamos respondiendo mis preguntas primero —dijo intentando organizar sus ideas, no era una respuesta sencilla, no con la situación que estaba obligada a vivir. Nicholas se sentó a su lado y sonrió. ¿Qué más podía hacer? Solo hasta ahora era completamente consciente de lo diferente que se sentía hablar con aquel ángel en comparación a cualquier otra mujer.

—Ya le dije, no tengo respuesta, pero ya que esta se está convirtiendo en una conversación complicada, empecemos mejor por preguntas más simples, por ahora habrá que conocernos. —La dama asintió conforme.

—Puede ser un buen principio, y ya que fue usted quien dio la propuesta, ¿cuál es su primera pregunta? —Nicholas lo pensó por un segundo, debía ser algo sencillo, nada comprometedor, no era el momento adecuado para preguntar algo serio, aunque debía admitir que tenía al menos unas cien preguntas rondando por su cabeza y le encantaría encontrar respuestas.

—¿Debo preocuparme de que mañana amanezca comprometida? —En el momento en que vio cómo en el rostro de la joven desaparecía su hermosa sonrisa y se convertía en un rostro pálido y serio, entendió que había hecho la pregunta equivocada.

¿Cómo responder a eso? “La verdad, sí, es completamente posible”.No,

claro que no, era ridículo, seguro que saldría corriendo y no era eso lo que quería causar con sus palabras, debía pensar en algo mejor.

—Digamos que si de mí dependiera, no, no tendría que preocuparse por ello, sin embargo, como ya debe saber, las mujeres estamos sometidas al poder de un hombre, en mi caso, al de mi padre, es él quien decide mi futuro —respondió simplemente, se podía decir que era una verdad a medias, debía ser más que suficiente, por ahora era lo único que podía darle.

—¿Su padre la obligaría a casarse? ¿Por qué? ¿Con quién? —Ella sonrió incómoda y negó con la cabeza, si algo había aprendido en la horrible escuela para señoritas, era a evitar preguntas indebidas, seguro que su padre estaría orgulloso de su educación, aquel pensamiento la hizo reír.

—Pide demasiado, además respondí a su pregunta, lo justo sería que la siguiente pregunta en ser respondida sea la mía. —El caballero asintió dándole la razón, debía aprender a controlar sus palabras si quería obtener respuestas.

—¿Por qué un hombre que hasta ahora empieza a disfrutar de los beneficios que pueden traerle el título está buscando esposa? Porque eso es lo que busca, ¿o es que acaso sus intenciones no son las correctas? —Esa debía ser una pregunta sencilla, ¿no? La verdad es que los nervios no la dejaban pensar con claridad, le costaba hablar y actuar con tranquilidad, en su defensa, no estaba acostumbrada a encuentros furtivos.

—No se equivoca, mi intención es buscar una esposa con la que compartir el resto de mi vida, y bueno, en cuanto a su otra pregunta, supongo que cuando el príncipe me dijo que debía engendrar un heredero para el título, mis deseos por tener una familia salieron a flote e intento convencerme de que simplemente cumplo mi deber —respondió el duque tranquilamente, no tenía nada que esconder y nunca había tenido problema alguno contando su vida, bien podía contarle su historia completa en ese mismo instante, pero tenía el firme propósito de ir un paso a la vez.

Cassandra lo miró curiosa, parecía un hombre con sus propósitos bien

definidos, tranquilo, calculador, a decir verdad tanta seguridad junta en un solo hombre llegaba a intimidarla; sus ojos estaban fijos en ella esperando un comentario, pendiente de cuáles serían sus siguientes palabras, estaba tan acostumbrada a la compañía de caballeros dedicados a adularse o que simplemente no le prestasen atención que estar con un hombre que sí la escuchaba era fascinante, pero rogaba al cielo no equivocarse, que Dios la protegiera porque su corazón enfrentaba una guerra intentado evitar ser conquistado, pero fallando estrepitosamente.

—¿Cuál es su siguiente pregunta? —susurró ella continuando la conversación, cuando llegase a casa tendría suficiente tiempo para meditar cada una de sus palabras.

—¿Cuál es su más grande sueño? —No debía ser una pregunta complicada, es decir, no era personal pero igualmente era importante, pero la tristeza en la mirada de su acompañante empezaba a confundirlo.

—La verdad es que no lo sé, siempre supe que mi padre planearía cada segundo de mi vida hasta que me casara, y una vez dicho el sí en el altar sería mi esposo quien lo hiciera. ¿No es ese el destino de todas las mujeres? Digamos que hace mucho tiempo perdí la esperanza y ahora simplemente me dedico a disfrutar de la poca libertad que tengo. —No sabía en qué momento había empezado a hablar, pero el hecho es que ya lo había dicho y se sentía considerablemente mejor, era ese su peor tormento; era frustrante no poder soñar porque una vez que empiezas no puedes parar, pero cuando te das cuenta que jamás se cumplirá lo único que queda es el dolor y la decepción.

—¿Ni siquiera soñaste con tu enamorado? Todas las mujeres sueñan con eso, o por lo menos eso es lo que siempre había pensado. —Aunque estaba interrumpiendo su turno evitando así que ella haga su pregunta, la conversación continuó, tal vez ahora sí se podía considerar una verdadera conversación.

—Hace un año, cuando fui presentada en sociedad, soñaba con encontrar un apuesto caballero que me llevara lejos y me amara con locura, incluso había

planeado toda una lista de pasos a seguir para encontrarlo, si algo tenía claro era que solo tengo un corazón y quería reservarlo para quien lo merezca, pero luego mi padre... —Justo a tiempo calló, no podía revelar los propósitos de su padre, si llegaban a circular por los rumores entre la sociedad londinense, seguro que ahí sí sabría lo que es ser la receptora de su rabia.

—¿Por qué Cassandra, porqué siempre callas cuando empiezas a hablar de tu padre? Siempre que sucede siento como si fuera el miedo quien te callara, no es respeto lo que sientes por ese hombre, mucho menos cariño, entonces, ¿qué sientes por él? Y aunque no lo creas, siempre he pensado que las mujeres deberían tener la libertad de elegir, es ridículo pensar que les falta inteligencia, he conocido mujeres mucho más valiosas que todo un puñado de caballeros. ¿Por qué no luchas por lo que tú quieres para tu vida? —Cuando él intentó acercarse ella se levantó de golpe, no estaba lista para su cercanía, no era tan fuerte; se detuvo un par de pasos al frente incapaz de verlo a los ojos, así que juntó sus manos y bajó la mirada para luego hablar.

—No sé a dónde has viajado, pero aquí las normas son lo más importante, aún más para mi padre, está obsesionado con la idea de la pureza en la sangre noble lo cual es ridículo, seguro que muchos nobles han tenido bastardos con sus sirvientas; el punto es que él está convencido de que la mujer es solo un signo de estupidez y una terrible pérdida de dinero —era más de lo que tenía permitido decir, pero quería confiar en que aquellas palabras quedarían bien guardadas en la cabeza del duque y en aquellas cuatro paredes.

Nicholas se acercó hasta que el vestido de la joven rozaba su ropa, incluso podía sentir su aroma a flores; tenía la enorme tentación de tomarla en brazos y borrar todos los malos recuerdos que pudieran turbar su mente mientras la besaba, parecía tan frágil.

—¿Qué puedo hacer yo para aliviar la tristeza que hay en tu corazón? Una mujer tan hermosa como tú y con un corazón tan puro como el tuyo no puede tener tanta tristeza acumulada —susurró él muy cerca del oído de la joven causando un escalofrío por toda su espalda, sus ojos se abrieron como platos y

su cuerpo empezó a temblar, estaba demasiado cerca, peligrosamente cerca, debía actuar y rápido.

Cassandra se giró tan rápido que la falda de su vestido quedó torcida por el poco espacio que tenía para moverse, Nicholas rápidamente la tomó de la cintura para evitar que cayera al suelo, pero en un fallido intento de alejarlo, sus pies se enredaron y terminó tendida en sus brazos; siempre odió la forma en que esos ajustados vestidos dificultaban su movimiento.

Sus miradas se conectaron y sus rostros se acercaron, pero ninguno se atrevía a dar el último paso, era una extraña forma de esperar una pequeña señal que les autorizara a moverse; Nicholas sentía miedo de lastimarla, de confundirse, porque aunque tenía más que claro que nunca le gustaría verla triste, no estaba seguro si aquello era una simple atracción por su bello físico o un verdadero interés en ella, no quería lastimarla, nunca, pero es que con una simple mirada provocaba tantas sensaciones en él que su cuerpo se revelaba ante su control y simplemente actuaba como mejor le parecía.

Mientras, Cassandra tenía una lucha interna en la que una parte de su cuerpo le pedía a gritos aquel beso y la otra que se alejara por su propio bienestar, pero nunca había sido besada y por primera vez en mucho tiempo se permitió soñar con un beso perfecto, quería que aquel hermoso recuerdo fuera solo suyo, se sentía tan confundida que la cabeza empezaba a dolerle, seguro que pronto terminaría encerrada en Bletham.

Sin embargo, Nicholas no soportó la tentación, y luego de un suspiro empezó a acercarse lentamente.

—No —susurró ella casi sin voz—, no me beses, te lo ruego. —El duque frunció el ceño extrañado, pero se negó a soltarla.

—¿Por qué no quieres que te bese? —La joven cerró sus ojos, respiró profundo y puso sus manos sobre los hombros del duque, necesitaba sostenerse o seguro caería desmayada en cualquier momento.

—Porque temo enamorarme, te lo dije, quiero entregar mi corazón a alguien que esté dispuesto a amarlo, cuidarlo y a entregarme el suyo; puede que para ti

un beso signifique poco, seguro que has besado a muchas mujeres, pero para mí es algo muy importante, jamás me han besado, mi padre se asegura de que yo me comporte como toda una dama, así que siempre envía una carabina que no me pierda de vista como bien pudiste notar, crecí estudiando en la mejor escuela para damas, y aun cuando aprendí muy bien, tengo una institutriz que todos los días me da clases de idiomas, literatura, historia y varias más; una mujer debe estar correctamente instruida según él y toda la sociedad, aunque nunca lo entendí, se supone que no podemos opinar en los asuntos relevantes. ¿Por qué tanto empeño en las clases? —Calló en cuanto escuchó la risa de Nicholas, no había notado que empezaba a divagar, pasaba siempre que estaba nerviosa, como ahora, por un segundo olvidó que estaba tendida en los brazos del prohibido duque de Devonshire.

—Será mejor que te incorpores. —La ayudó a enderezarse, pero no se alejó, continuaba sujetando su cintura y aún percibía su olor; Cassandra deslizó sus manos por los brazos del duque e inconscientemente sus ojos viajaron hasta los labios de su acompañante. ¿De verdad no quería ser besada?

—Tal vez si es uno pequeño no sea mala idea —susurró tan bajo que Nicholas no llegó a escucharla, estaba a punto de pedirle que repitiera cuando ella se acercó hasta que sus labios se rozaron; el duque se quedó sin aire, iba a besarla.

Acercó sus rostros hasta que sus labios se tocaron, un simple toque que causó que un extraño sentimiento atravesara su cuerpo, pero justo cuando estaba a punto de mover sus labios, tocaron la puerta obligándolos a separarse de golpe.

Capítulo 7

—Oh no, llegué en un mal momento, de verdad lamento haberlos interrumpido, pero tengo una buena justificación—murmuró Elyse aparentemente avergonzada, pero evidentemente divertida por la incomodidad del duque y su nueva amiga, estaban relativamente alejados el uno del otro y mientras Cassandra estaba sonrojada, Nicholas negaba con la cabeza y sonreía divertido.

—¿Por qué me parece que no estás realmente arrepentida? —preguntó Nicholas divertido aunque lamentaba profundamente su llegada, si tan solo les hubiera dado unos 5 minutos más. Elyse sonrió ligeramente, entró rápidamente al lugar y cerró la puerta notablemente nerviosa; Cassandra no necesitó más para saber que algo malo sucedía.

—¿Qué pasa? Algo está mal, no me puedes mentir, es evidente —preguntó nerviosa a Elyse, se acercó y la miró preocupada, no quería que su día se arruinara.

—Bueno, digamos que las noticias no son tan malas, pero tu carabina viene para acá y parecía realmente furiosa. —Cassandra abrió los ojos como plato y sintió que su respiración se detenía, estaba acabada, seguro que su padre la encerraría en un convento, ahora se arrepentía de no haber besado al duque —.Pero no llegó a verme, entre justo a tiempo, el problema es que seguro que no tardará en llegar hasta acá, cuando la vi, miraba la cabaña con evidente curiosidad, no me sorprendería que estuviera a un segundo de tocar la puerta.

—La joven puso su mano sobre su frente e intentó respirar profundo. ¿Cómo se lo iba a explicar a su padre? No era buena mintiendo, estaba en serios problemas.

—Entonces será mejor que me vaya —dijo rápidamente Nicholas y se acercó a Cassandra para despedirse, sin embargo, Elyse lo detuvo antes de que diera un solo paso más.

—Ni se te ocurra salir, si lo haces será inevitable que su carabina te vea y entonces sí estaremos en serios problemas, por suerte para ustedes, y para mí, por supuesto, porque no quiero tener cargos de conciencia, tengo una idea. — Una pequeña esperanza creció en Cassandra, Elyse había demostrado ser una mujer inteligente, si alguien podía pensar con cabeza fría y sacarlos de aquel problema era ella.

—¿Qué tenemos que hacer? No nos puede descubrir, sería mi fin. — Nicholas intentó no prestar atención a sus últimas palabras y centrarse en la solución al problema actual, ya tendría tiempo para analizar la situación y hacer algo al respecto.

—Bien, Lord Devonshire, puede que todo esto llegue a sonar un poco problemático para usted teniendo en cuenta toda esa estupidez del honor, el título y no sé qué más cosas, pero puede que esa sea nuestra única opción — dijo Elyse intentando poner un poco de humor a la situación, y claro, un poco de drama, porque si debía ser sincera, se moría por ver al duque en semejante situación, aunque seguro que muchos de esos que juran ser caballeros habrán hecho cosas peores para evitar ser descubiertos en situaciones comprometedoras.

—No importa, Elyse, solo dime que es lo que tengo que hacer, haría lo que fuera necesario con tal de evitarle problemas a Cassandra. —En el corazón de Cassandra se sintió una corriente que luego iba por todo su cuerpo, qué palabras tan hermosas. Al duque poco le importó llamarla por su nombre de pila, no era el momento para formalismos y seguro que a Elyse le importaba aún menos, y estaba en lo correcto.

—Bien, por suerte tenemos bastante heno en este lugar, el plan es muy simple, húndase en ella, lo cubriremos con el heno y listo, solo tiene que quedarse muy quieto y claro, no puede hacer ruido alguno. —El duque miró la gran pila de heno e hizo una extraña mueca, tenía que escabullirse por entre la comida para caballos que por suerte no tenía olor, pero no hacía que la idea fuera un poco menos desagradable. Ambas damas soltaron una fuerte carcajada al ver el rostro de Nicholas, aunque Cassandra llegó a sentirse culpable, pero era algo que no podía evitar, debía hacerlo.

—Lo que hago por ti —susurró el caballero con la vista fija en Cassandra provocando que su corazón se acelerara y sus mejillas se tornaran rosadas, ese hombre causaba tantas cosas en su cuerpo que empezaba a temer el poder que él tenía sobre ella.

El duque le guiñó un ojo a su dama para luego lanzarse al heno causando las risas de ambas damas, empezó a moverse y poco a poco fue hundiéndose a medida que ellas lo cubrían tomando partes del heno que se encontraba al otro extremo del lugar; cuando estuvo completamente cubierto se enderezaron y sonrieron satisfechas, sin embargo, un fuerte toque en la puerta las dejó completamente heladas.

—¿Hay alguien ahí? —gritó la doncella intentando hacerse oír; rápidamente Elyse sentó a Cassandra en un pequeño bulto cercano al duque cubriendo así todas las pequeñas posibilidades de descubrir al caballero y se apresuró a abrir.

—Oh, Lady Cartler, cómo lo lamento, espero no molestarla —dijo rápidamente la doncella al ver a la hermana del marqués, para luego hacer la debida reverencia.

—No se preocupe, no me molesta, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Elyse actuando como una perfecta dama, era increíble la facilidad que tenía aquella mujer para fingir.

—Estoy buscando a Lady Lowell, me preocupa que este mucho tiempo al sol y su piel se arruine o que llegue a necesitar algo y yo no este para atenderla —

murmuró la doncella, sin embargo, la joven Cartler no pudo evitar fulminarla con la mirada, aunque no podía culparla, cumplía las órdenes de su señor.

—La joven Lowell está aquí conmigo, entre y véala con sus propios ojos, decidimos salir a caminar, pero nos retiramos mucho de la propiedad, así que paramos un poco para descansar. —La doncella entró y respiró profundo al ver a la joven Lowell; aunque una dama jamás tendría que dar explicaciones a una doncella, debía mostrarse dócil, amable y educada, tal vez así la mujer presentara un informe favorecedor a su señor y les facilitara sus encuentros.

—Milady, será mejor que volvamos a casa, debemos quitar todo el heno de su vestido antes de irnos. —Extendió su mano a la joven ayudándola a levantarse y se dispuso a limpiar su falda, sin embargo, Cassandra la detuvo.

—Será mejor que lo haga afuera, si doy un paso en este lugar seguro que la falda podría volver a llenarse de heno. —Enderezó su espalda y juntando sus manos enfrente, caminó hacia la salida como toda una señorita; la doncella rápidamente la siguió sin olvidarse de hacer una reverencia a Lady Cartler cuando pasó frente a ella.

—Asegúrese de salir únicamente cuando sea seguro —susurró Elyse antes de salir y cerrar la puerta a su espalda; el duque inevitablemente suspiró, el heno causó una picazón en su nariz y rápidamente la rascó para evitar estornudar, los próximos segundos serían eternos.

La doncella rápidamente limpió la falda de la joven y emprendieron el camino de vuelta, en cuanto llegaron se encontraron con el marqués evidentemente nervioso y curioso por lo sucedido, pues por más que lo intentó, la doncella no cayó en sus encantos.

—¡Hermanito! No sabes cómo nos divertimos con Lady Lowell, caminamos hasta la vieja cabaña, ¿la recuerdas? Donde descansaban los caballos; bueno, lo importante es que charlamos, reímos, disfrutamos del aire y el sol y volvimos. ¿Dónde se encuentra Lord Devonshire? —dijo distraídamente, ya luego tendría tiempo para relatarle lo sucedido, por ahora debía hacer de las tantas clases que su hermano le había pagado.

—Él salió a cabalgar un poco, dijo que necesitaba pensar y la soledad suele ayudar, además le gusta estar al aire libre, lo relaja, le recuerda sus viajes; ¿desea tomar algo antes de irse a casa Lady Lowell? Mientras yo ordeno que le preparen su carruaje. —Cassandra asintió.

—Muchas gracias, Lord Chelmendley, con gusto aceptaré un té. —Elyse sonrió y acercándose a su amiga, tomó su brazo y la llevó hasta la salita para tomar el té.

—Perfecto, seguro que el carruaje no tardará en estar listo —dijo Elyse con una enorme sonrisa en sus labios al ver que la doncella se quedaba sin la posibilidad de opinar.

Nicholas suspiró y levantándose intentó sacudir el heno de su ropa, pero era imposible, así que dándose por vencido, se enderezó y salió de la cabaña, las damas ya debían estar suficientemente lejos, hacía varios minutos que salieron, así que no podía haber peligro alguno. Por suerte había dejado su caballo atado a un árbol en la parte trasera de la casa, así que seguro que la doncella no llegó a verlo; al llegar hasta su caballo e intentar desatarlo, este empezó a intentar comérsele la ropa, por más que intentaba alejar la cabeza del animal para terminar de desatarlo y poder irse él seguía intentando comer el heno de sus ropas; como pudo lo desató y subió para luego salir a todo trote rumbo a su casa, no tenía el atuendo adecuado para volver a casa del marqués, para empezar porque seguro que Enrique se burlaría de su atuendo, y además la doncella podría empeorar la opinión que tenía el duque de Windsor sobre él.

Al llegar a su casa las miradas curiosas de los sirvientes y las sonrisas burlonas lo divirtieron, seguro que ver al gran duque de Devonshire completamente lleno de heno y con un caballo intentando comer su ropa era algo digno de ser visto.

—Quema esa ropa, no vale la pena intentar limpiarla —le dijo a su ayudante de cámara cuando se desvistió y este le preparó otra; jamás permitiría que otra persona lo vistiera, apenas si había logrado que el hombre únicamente le preparara su ropa.

Cuando estuvo listo, fue hasta su biblioteca y se sirvió una copa con whiskey, se detuvo frente a la ventana y sonrió ante el recuerdo, si ella aceptó besarlo solo podía significar que sentía lo mismo que él, había esperanzas, su ángel estaba conquistando cada poro de su piel, cada rincón de su corazón, cada milímetro de sus labios, pero el miedo que sentía a su padre se estaba convirtiendo en un enorme obstáculo que necesitaba superar; sino fuera porque Cassandra no estaba ya en su casa, seguro que estaría por llegar y no quería preocuparla, incomodarla o darle problemas, sino fuera por eso en ese mismo instante tomaría su caballo e iría a buscar al duque, pero debía pensarlo mejor, no era el momento ni la manera, debía pensar un plan, puede que incluso le pidiera consejos a Elyse, pero le esperaba una conversación con aquel hombre.

Cuando Cassandra llegó a casa, subió directamente a su habitación sin importarle si su padre se enfurecía, ya luego soportaría sus regaños en la cena, pero primero debía esconder la enorme sonrisa de sus labios, sería extraño que la viera así, solo debía fingir, pero por ahora quería disfrutar.

En cuanto entró a su habitación, por primera vez en su vida, se quitó su vestido sola, sin ayuda de su doncella, quedándose en camión, se colocó su bata y se recostó frente a la ventada, si lo hubiera besado los recuerdos serían diferentes, pero el solo hecho de haber rozado sus labios ya provocaba todo un sinfín de sensaciones en su cuerpo, se sentía emocionada, extasiada, a la expectativa por lo que estaba por venir, se estaba permitiendo soñar con miles de posibilidades, y todas ellas terminan siendo duquesa de Devonshire y viviendo felizmente enamorada junto a su apuesto caballero.

Cuando la hora de la cena se acercaba, tocó la campanilla y pocos minutos después su doncella la ayudó a darse un rápido baño y ponerse su vestido, esa noche estaba magníficamente elegante y hermosa, seguro que su padre lo aprobaría; al bajar al comedor, respiró profundo y quitó la sonrisa de sus labios, pero al entrar en el lugar sintió que un extraño frío recorría su cuerpo. Ocupó su lugar en la mesa y le sirvieron.

—¿Qué tal el té con Lady Cartler? —preguntó su padre tan serio como siempre, años atrás aprendió que él no preguntaba por interés o preocupación, preguntaba por educación, poco le importaba la respuesta.

—Muy bien, padre, Lady Cartler es una mujer muy agradable y educada —respondió ella en el mismo tono de su padre, evitando levantar la mirada, no podía ponerse en evidencia, nunca había sido buena mintiendo y su padre podría descubrirla.

—Muy bien, espero que así sea, debes saber Cassandra que no puedes estar cerca de mujeres de dudosa reputación, y claramente muchísimo menos de los caballeros, mientras lleves ese apellido más te vale comportarte como una dama y hacer honor a tu educación —masculló el duque justo antes de introducir un pequeño trozo de carne en su boca.

Cassandra, sin poder evitarlo, levantó su mirada y se encontró con la de su hermano y sintió como si él la juzgara, como si le hiciera una silenciosa reprimenda igual a la que su padre solía hacerle, así que rápidamente bajó la mirada de vuelta a su plato, no estaba para enfrentarse a ellos.

—Así será padre, como usted lo ordene —respondió ella educadamente y continuó comiendo, solo rogaba al cielo que la cena terminara pronto, pues la posibilidad de retirarse de la cena antes que su padre no era una opción, no lo tenía permitido.

—Una pregunta más, Cassandra, ¿tienes alguna opción de pretendiente? Tu tiempo se acaba y necesito respuestas. —Aquella pregunta la tomó por tal sorpresa que la cuchara se resbaló por entre sus dedos y cayó al plato provocando un fuerte estruendo.

—¿Te sientes bien, Cassandra? —preguntó su hermano con una falsa preocupación, pero con una evidente burla; esto debía ser su culpa, seguro que le había hecho preguntas y propuestas a su padre, estaba en serios problemas.

—Solo hemos asistido a una velada, padre, y no compartí mis bailes con varios caballeros, fueron muy pocas las veces que bailé, seguro que aún tengo algo de tiempo —dijo intentando terminar la conversación y ganar tiempo, no

se sentía lista para lidiar con aquel tema.

—Pero, Cassandra, eres de las mujeres más bellas de esta temporada, seguro que debes tener a alguien en mente, no te pueden faltar las opciones, o si necesitas ayuda solo debes decírmelo, por mi hermana haría lo que fuera, — La rabia empezó a correr por las venas de la joven, no sabía qué mal estaba pagando al tener un hermano que la odiaba, pero no se quedaría callada, no esta vez, estaba harta de sus desplantes y sus malos tratos, no había hecho nada para merecerlo.

—¿Tú me vas a ayudar? ¡Pero si ni siquiera puedes salir de esta casa! ¿Cómo me vas a ayudar? Enviarás a alguien a buscarme un hombre supongo, o lo buscarás en la noche, porque tú ni a la ventana llegas. —Cuando el rostro de su hermano se transformó quedó satisfecha; sí, su hermano odiaba el hecho de no poder salir de aquella casa por órdenes de su padre, tenía terminantemente prohibido poner un solo pie fuera.

—¡Maldita mujer! —gritó furioso Alfred poniéndose de pie causando que su silla cayera al suelo y se inclinó sobre la mesa acercándose a ella, sin embargo, Cassandra no se dejó intimidar y enderezando su espalda, enfrentó su mirada y sonrió ligeramente.

—No deberías maldecir, hermano, Dios no perdona ese tipo de actos con los demás católicos, mucho menos con tu familia, espero que entre tus planes este visitar la iglesia y confesarte, oh, pero ya que no puedes salir, yo misma me encargaré de traer al reverendo, no podría permitir que mi hermano pierda la gracia de Dios —dijo ella sarcásticamente, no podía enfrentarlo con las mismas palabras, claro, con eso solo lograría que su padre la golpeará, pero tenía sus maneras.

—¡Basta! —gritó el duque furioso, solo quería disfrutar de una tranquila comida, no oír a sus hijos pelear.

—Pero, padre, Cassandra... —Con una sola mirada, el duque consiguió silenciar a su hijo, quien rápidamente levantó su silla y volvió a tomar asiento.

—Cassandra, ¿tienes o no candidato? —preguntó su padre.

—No —respondió ella vencida, no tenía escapatoria.

—Bien, lo supuse, así que tengo dos cosas para decirte, una: en el próximo baile al que asistamos, no me interesa lo que tengas que hacer, pero no volverás a bailar con el bastardo de Devonshire, te quiero a metros de ese hombre; y dos: si no tienes opciones de pretendiente, yo sí, tengo dos duques que pueden ser merecedores de pertenecer a nuestra familia, son inversores en grandes negocios, con una historia impecable, sin escándalo alguno, te los presentaría, pero seguro que no serían de tu agrado, así que, o consigues un digno pretendiente pronto o te comprometo a uno de esos dos duques, en cuanto nuestro acuerdo termine me reuniré con ellos y haré la negociación pertinente. —Los ojos de la joven se cristalizaron y sin importar las consecuencias se levantó y salió corriendo a su habitación, apenas si había empezado el plazo que le habían dado y su padre ya le tenía pretendiente, no era justo, no le estaba dando opciones; al entrar cerró la puerta con fuerza y la trancó, no quería ver a nadie, rápidamente se arrancó el vestido con uno que otro botón, lo tiró al suelo y se lanzó a la cama, ni siquiera se molestó en cubrirse con las mantas, simplemente se abrazó a sí misma y lloró por su triste futuro, porque nunca debió suceder, porque olvidó que no tenía permitido soñar, incluso lloró por su encuentro con el duque, vivir o ser feliz, porque se alejaría de él para siempre, ese era el fin de una historia que no tuvo oportunidad de empezar.

Capítulo 8

Cassandra se sentía muerta en vida a pesar de la música, el baile y la emoción presente en los demás invitados a la velada de los duques de Sutherland; tenía puesto su vestido favorito, el más elegante y hermoso, tenía un hermoso arreglo en su cabello, incluso su padre le había dado unas hermosas joyas para que luciera durante la velada, pero las ganas de sentarse a llorar permanecían intactas, como anoche, luego de aquella desastrosa cena, lloró hasta caer dormida, incluso había desayunado y almorzado en su habitación, no tenía ánimos para ver a su padre y mucho menos a su hermano, y por suerte, nadie la obligó a salir, estuvo en bata todo el día hasta que tuvo que verse obligada a prepararse para la velada de hoy, ahora solo le quedaba rogar al cielo para no encontrarse con Nicholas.

—Cassandra, permíteme presentarte a Lord Gabriel Derricks, actual marqués de Stafford y heredero al ducado de Sutherland; milord, permítame presentarle a mi hija, Lady Cassandra Lowell —dijo su padre trayéndola de vuelta a la realidad; miró al hombre e hizo una perfecta reverencia sin llegar a levantar realmente su rostro de nuevo, no dejaba de ver el suelo, su padre debía estar bailando de la emoción, siempre quiso que se mostrara como una mujer sumisa.

—Es un placer milord —susurró ella muy educadamente. ¿Cuándo terminaría?

—El placer es mío, milady —dijo el duque tomando la mano de la dama y

dejando un pequeño beso en el dorso de esta, parecía una mujer obediente, tal cual dijo el duque, además de ser una mujer terriblemente hermosa, le gustaba la idea de tenerla por esposa, disfrutaría de su matrimonio y ella no lo limitaría en sus placeres extramatrimoniales, tal vez aceptaba la propuesta de Windsor y se casaba con su hija.

—¿Por qué no la invita a bailar, Stafford? Le aseguro que es la mejor bailarina de todo el salón —dijo el duque emocionado, podía ver que el hombre había quedado prendado de la belleza de Cassandra, además, su hija se estaba comportando convenientemente educada, después de todo, la inversión en su atuendo de hoy daría sus frutos.

—Estaría encantado, señor, su hija es una joven realmente hermosa y sería el hombre más afortunado si me permitiera el siguiente baile. —La joven cerró sus ojos y sintió rabia, su padre lo había planeado todo, por el collar, por el vestido, por eso tanta insistencia y amenazas para que se comportara como toda una dama, debía ser él el hombre que tenía pensado para ella.

—Será un placer —dijo ella tendiéndole su mano, no tenía más opciones, pero serían los minutos más largos de su vida; se posicionaron en la pista de baile y empezaron a bailar en cuanto la primera nota musical sonó, ambos se movían con elegancia, pero era evidente la incomodidad entre ellos.

—¿Es de su agrado la velada? —preguntó el duque intentando mantener una conversación con su pareja, tampoco es que quería pasar los próximos minutos completamente aburrido.

—Sí, milord, lo es, es todo muy elegante y hermoso, es un honor haber sido invitada por sus padres. —Gabriel se sintió más que conforme, si el resto de su vida tenía una esposa que siempre dijera únicamente lo que él quería escuchar sería un matrimonio más que perfecto; el duque de Windsor había educado una perfecta señorita.

—Me alegra mucho escucharlo. —El resto del baile pasó entre conversaciones sin sentido y preguntas convencionales y aburridas mientras para ella aumentaban las ganas de llorar y él se convencía de haber encontrado

una esposa.

Al terminar el baile, el duque la llevó hasta donde su padre y luego de una perfecta reverencia, dio media vuelta y se fue, aunque le interesaba la mujer, debía tener más opciones, algo había escuchado sobre una tal Lady Emily y su exótica belleza.

—Padre, iré a buscar algo para beber, tengo un poco de sed —susurró Cassandra cerca del oído del duque; el hombre sacudió su mano restándole importancia y continuó pensando en la mejor forma de conseguir que su hija se casara con Stafford.

—No te alejes demasiado, mantente donde pueda verte. —Ella asintió y dando media vuelta se retiró, caminó lentamente hasta la mesa con refrescos y tomando un vaso se lo sirvió, cerró sus ojos y se negó a llorar por sus desgracias.

Nicholas entró al salón y arreglando su saco empezó a buscar a la única razón por la que estaba allí; Elyse se había enterado de que Cassandra estaría en esa velada y tenía el propósito de verla, desde ayer no había dejado de pensar en ella, se moría por ver su sonrisa, sus hermosos ojos, su ángel lo tenía hechizado.

—Al menos disimula, parece que quisiera huir de nosotros —murmuró Elyse divertida al ver a Nicholas mirando a lado y lado; ella caminaba junto a su hermana unos pocos pasos atrás del duque—. Además, ya encontré lo que buscas. —El duque se detuvo tan de repente que a punto estuvieron de estrellarse, estuvo tentada a soltar una carcajada, pero si lo hacía llamaría la atención y daría para muchos comentarios, más si era el duque quien la causara, pero no quería que los malos comentarios arruinaran la relación que empezaba entre el duque y su nueva amiga.

—¿Dónde? —preguntó directamente, no había tiempo que perder.

—En la mesa de refrescos —murmuró ella soltándose del brazo de su hermano y pasando por su lado empezó a caminar por el salón, esperaba encontrar a alguien con quien charlar, no es que tuviera muchas ganas de

bailar.

Nicholas, sin tomarse la molestia de despedirse de su amigo, caminó directamente a la mesa de refrescos, debía recordar que estaban en un lugar público, que el padre de su ángel lo odiaba y que debía comportarse como un caballero, pero en cuanto la vio se quedó sin respiración, ese vestido verde claro se le veía malditamente bien, su cintura, su cuerpo, por Dios, estaba completamente perdido.

—Lady Lowell —susurró a varios centímetros de ella sobresaltándola y divertido, pudo ver el pequeño brinquito que pegó; la dama se giró y lo miró nerviosa.

—Lord Devonshire —susurró ella haciendo la debida reverencia; lanzó una pequeña mirada a donde se encontraba su padre quien por suerte no se había percatado de su acompañante. ¿Había decidido alejarse de él? Bien, era el momento de hacerlo, si tan solo hacerlo fuera tan sencillo como decirlo.

—¿Cómo se encuentra usted esta noche? —preguntó él comportándose como el caballero que debía ser, pero empezó a preocuparse cuando ella esquivó su mirada y bajó la cabeza, juntó sus manos y dio un paso atrás alejándose aún más de él.

—Lo lamento, milord, pero debo retirarme y espero que disfrute de la velada, si me disculpa... —Cuando estaba a punto de realizar una reverencia y así poder retirarse, él la detuvo disimuladamente. ¿Qué es lo que estaba sucediendo? Se preguntó el duque preocupado, hacía tan solo unas horas todo estaba tan bien. ¿Su padre la lastimó acaso?

—¿Qué sucede, Cassandra? ¿Por qué te comportas así? —susurró muy bajo para que solo ella pudiera escucharlo, sin embargo, ella lo único que quería era correr a su cama y llorar, tenerlo cerca solo terminaba de romper su corazón, le recordaba lo que nunca podría tener, lo que nunca podría sentir, lo que estaba condenada a vivir, debía alejarse.

—Será mejor que me vaya —susurró ella de vuelta, pero Nicholas estaba decidido a no dejarla sin recibir una explicación, el día anterior habían tenido

un gran avance, no podía perderlo ahora.

—Te espero en el jardín en dos minutos, solo sal y escóndete que yo llegaré a ti. —Los ojos de la joven se cristalizaron y el duque sintió que su corazón dejaba de latir, ese maldito hombre iba a pagar por lo que sea que le había hecho a su ángel, y pase lo que pase, no estaba dispuesto a perderla.

—Lo siento, pero no iré, perdón. —Dio media vuelta y caminó al baño tan rápido como le fue posible sin llegar a llamar la atención de los demás invitados, necesitaba un momento de soledad.

Devonshire sintió que su sangre empezaba a hervir, estaba cansado de esta situación, es cierto que su título no era lo más normal del mundo y a él poco le importaba lo que dijeran, pero ese hombre estaba lastimando a una mujer inocente que solo intentaba tener un futuro que fuera de su agrado.

Su padre siempre le dijo que debía aprender a controlarse y actuar con prudencia, según él, tenía la mala costumbre de actuar sin pensar y terminar con muchos problemas en la espalda, debía recordar eso la próxima vez que algo lo enfureciera, ahora era demasiado tarde para arrepentirse de lo que hacía, y es que el problema es que no se arrepentía, hacía mucho tiempo que había querido hacerlo, pero solo hasta ahora tenía un motivo justificable.

Caminó a toda prisa hacia el duque de Windsor y tomándolo por las solapas de su saco lo estampó contra la pared más cercana, se oyó un jadeo escandalizado en todo el lugar aunque poco le importó, no, eso lograría detenerlo.

—Pero ¡¿qué es lo que le sucede?! —gritó el hombre estupefacto, era la primera vez en su vida que pasaba por algo así, era el acto más grosero e indignante de toda su vida, pero claro, ¿qué más se podía esperar del bastardo de Devonshire? Ese hombre no sabía lo que era un caballero. ¿Cómo es que lo atacaba sin razón alguna?

—¡Es usted la peor basura de este mundo! No entiendo cómo puede ser considerado un caballero, usted, que tanto habla sobre lo importante que es la educación y el comportamiento, debería tomar un par de clases. —El joven

sentía unas terribles ganas de matarlo, sino fuera porque eran muchas las personas que tenían a su alrededor seguro que le explicaría su rabia antes de acabarlo a golpes, pero eso solo podría perjudicar a Cassandra.

—¡Explíquese, Devonshire! No hay razón alguna para que me trate con tal falta de respeto. —Nicholas levantó su brazo con el puño en alto, listo para ser lanzado al rostro del anciano, pero un grito lo detuvo.

Cassandra salió del baño y empezó a caminar devuelta junto a su padre, pero al salir solo se encontró con un público horrorizado; buscó la razón de tanto escándalo, pero se quedó sin aire al ver a Nicholas a punto de golpear a su padre.

—¡No! —gritó furiosa, tomó la falda de su vestido y alzándolo unos pocos centímetros empezó a correr, no podía permitir que eso sucediera, no por su padre, por Nicholas, eso solo podría empeorar la idea que muchos tenían sobre él.

—No te acerques, Cassandra, este hombre está completamente loco —le ordenó Windsor a su hija llevando a cabo su papel de buen padre.

—Lord Devonshire, le suplico que suelte a mi padre, no se la razón de tal comportamiento, pero espero que razone y lo suelte —dijo ella acercándose sin prestar atención a las órdenes de su padre, y aunque eran muchas las posibilidades de que sus actos causaran un completo escándalo, quería hacerlo, tal vez a su padre le hacía falta vivir la maldad del chismoso Londres.

Llegó hasta el joven duque y puso su delicada mano sobre el brazo que él tenía en alto; inmediatamente, Nicholas giró el rostro y la miró directamente a los ojos, fascinado al sentir cómo toda la rabia desaparecía con tan solo una de sus miradas, aunque empezaba a preguntarse hasta dónde llegaba el poder que ella ejercía sobre él.

—Suéltelo, se lo suplico. —Inmediatamente lo soltó, llamando la atención de todos los presentes, pero lo más escandaloso es que no retiró su mano y sus miradas continuaron conectadas.

—Discúlpeme, mi intención no era asustarla, ¿se encuentra bien? —susurró

él, pero cuando levantó su mano y estaba por tocarla, ella negó con la cabeza y se alejó de él para acercarse a su padre.

—¿Cómo se encuentra, padre? —susurró ella cumpliendo su papel de hija.

—¡No quiero que vuelva a acercarse a mi hija! Usted jamás sería merecedor de ella, no permitiré que mi hija, una verdadera dama, conviva con un bastardo, además, ella jamás mancharía la historia de mi familia —gritó el hombre tomando a la joven por el brazo y empezando a arrastrarla hacia la salida, había notado la complicidad en su mirada, algo había hecho su estúpida hija con el bastardo ese; eso pasa cuando se le da libertad a una mujer que no sabe comportarse, es conocido por el mundo que no tienen la inteligencia necesaria, es por eso que debe haber un hombre que las maneje.

Nicholas, armándose de valor, jurándose a sí mismo luchar por lo que consideraba su única oportunidad de ser feliz, gritó al mundo lo que había estado rondando su cabeza desde el encuentro de ayer, puede que incluso ya había pensado en el anillo.

—¡Inténtelo, me encantará ver como fracasa! Algo me dice que su hija fue hecha exclusivamente para mí. —El corazón de Cassandra se aceleró y mientras su padre la arrastraba fuera del salón ella miraba hacia atrás; una pequeña sonrisa apareció en sus labios y sus ojos brillaron, él se estaba enfrentando a todos por ella. ¿Cómo es que llegó a pensar en alejarse? Ese tenía que ser el hombre de su vida, tenía que serlo.

—Acabas de conseguirte el peor enemigo que se puede tener, ese hombre es muy influyente. ¿Estás seguro de querer hacer esto? —dijo su amigo acercándose y dándole una pequeña palmada en el hombro, él jamás enloquecería por una mujer hasta llegar al punto de hacer algo así, por suerte, la única mujer que atormentaba su vida y volteaba su mundo estaba lo suficientemente lejos.

—Estoy completamente seguro, es algo que siento que debo hacer, jamás podría arrepentirme, poco me importa si es influyente o no, yo también tengo mis trucos, de algo debe servir ser el cuñado del príncipe, esa mujer merece

un caballero que luche por ella y la salve de la bestia que tiene por padre, y yo ganaré un hermoso ángel. —Enrique sonrió, su amigo hablaba tan decididamente que incluso le daban un poco de celos, Nicholas tenía alguien por quien luchar, mientras que él había decidido no hacerlo.

—¿Por qué? ¿Cómo sabes que es lo correcto? Puede que te estés arruinando la vida ahora mismo, a ti y a ella, y ni cuenta te das, incluso lo estás haciendo por voluntad propia. —Nicholas sonrió; no, no estaba arruinando la vida de nadie, o tal vez sí la de aquel anciano, pero poco le importaba, Cassandra y él tenían una historia que vivir y nadie podría impedirlo, mucho menos ese anciano duque.

—Sabrás que es la mujer correcta cuando la encuentres, sentirás tantas cosas que sabrás que es la correcta, y te verás dispuesto a hacer lo que sea por esa mujer, si algo he aprendido es que una mujer puede enloquecerte con una sola mirada, solo deben ser los ojos correctos. —Sonrió a los demás presentes que miraban la escena estupefactos y salió del lugar, tenía una discusión pendiente con cierto duque y ya no podía hacerse esperar.

Windsor prácticamente tiró a su hija al interior del carruaje para luego subir en él, dio un golpe al techo de este y el carruaje empezó a moverse.

—¡Deja de sonreír como una estúpida! Ya te lo dije una vez, te queda terminantemente prohibido acercarte a él. —Cassandra simplemente amplió su sonrisa, pero no respondió, estaba demasiado feliz como para prestarle atención a los gritos de su padre, así que durante el camino a casa solo vio cómo se movían sus labios sin llegar a escuchar una sola palabra.

—¡Crié a una cualquiera! —grito él en cuanto entraron a casa trayéndola de vuelta a la realidad, ella suspiró y caminó directo a las escaleras, pero su padre la tomó del brazo deteniéndola.

—Solo quiero irme a la cama, padre, por favor, me siento cansada —susurró tranquilamente.

—¡Claro, ahora sí te comportas como una dama, aunque olvidaste hacerlo cuando el bastardo ese se nos acercó! —Cassandra se soltó de su agarre con

un fuerte tirón y lo enfrentó con la mirada, estaba cansada de escuchar la palabra “bastardo”, él era completamente merecedor al título de caballero, odiaba ese tipo de palabras que estaban destinadas a menospreciar a las personas, y sin poder contenerse respondió como nunca antes lo había hecho.

—¿No es un poco hipócrita de tu parte teniendo en cuenta que tu heredero también es un bastardo?! —gritó furiosa, no importaba si algún sirviente la escuchara, seguro que su padre encontraría la forma de acallar cualquier tipo de comentario que pudiera llegar a surgir, pero era el momento de decir lo que pensaba y sentía.

Los ojos del duque oscurecieron de rabia.

—¿Tú cómo sabes eso? —preguntó furioso, eso nadie debía saberlo. ¿Cómo pudo saberlo ella? Años atrás se había encargado de acabar con cualquier peligro que pudiera revelar tal secreto, había pagado demasiado dinero para ocultarlo, si ella lo sabía bien podía saberlo cualquiera.

—Deberías tener más cuidado de donde tratas temas tan delicados, sin embargo, lo realmente importante es que sé que Alfred no es hijo de mi madre, es un bastardo. ¿No es esa la razón por la que él no puede poner un pie fuera de casa? En ese caso, el duque no está más por debajo que tú mismo hijo. — Su padre la silenció con una cachetada que a punto estuvo de tumbarla al suelo.

Capítulo 9

10 años atrás...

Cassandra daba pequeños saltitos mientras se dirigía de vuelta a casa, había estado toda la mañana atendiendo las flores del jardín, era increíble que a pesar de ser una niña de apenas nueve años tuviera tanto talento y dedicación en el jardín, para ella era una linda forma de escapar de los gritos y los malos momentos en casa, se había convertido en su necesidad.

Muchas niñas solían jugar a mil cosas más o a muchas las obligaban a leer, e incluso estudiar a pesar de la corta edad, era increíble cómo obligaban a las niñas a educarse para ser una excelente esposa cuando apenas si sabían caminar, aunque por suerte, su padre parecía estar demasiado ocupado haciendo mil cosas más, así que ella había quedado felizmente relegada, era completamente libre de hacer lo que quisiera en cuanto permaneciera limpia y no lo interrumpiera, y aunque no llegaba a cumplir todas las reglas al pie de la letra, al menos nunca lo molestaba, estaba demasiado ocupada ocultándose de él.

Su gran problema era que aunque su padre no estaba siempre pendiente de ella y la jardinería realmente le gustaba, no era algo que la hiciera sentir completamente satisfecha, a pesar de su corta edad, sentía que había algo que le faltaba y como no tenía ni la menor idea de lo que era, se dedicaría a seguir entre semillas, tierra y agua.

El gran duque odiaba verla con el vestido sucio o arrugado, no le gustaba que se acercara a lo que fuera que pudiera arruinar su vestimenta, debía

permanecer impecable, así que plantar flores y ensuciarse con ropa no eran actos para una dama, según él, así que solía hacerlo a escondidas, y al terminar, entraba silenciosamente a casa y corría a limpiarse, ya hasta tenía una vía de escape: usaba pasillos por lo que su padre no solía caminar.

Giró a la derecha y entró a la pequeña habitación que había junto al despacho de su padre, una habitación que él nunca usaba, pero al ver la puerta que conectaba ambas habitaciones estaba abierta se detuvo de golpe, caminó de puntas para evitar ser escuchada y colocándose detrás de la puerta, miró a través de la pequeña rendija encontrándose a su padre frente a un hombre al que nunca antes había visto, era mayor, con el cabello completamente blanco y una enorme barriga que llamaba la atención de cualquiera, algo extraño porque su padre jamás se reunía con alguien no perteneciente a la nobleza, algo así como que no merecían su compañía; su cabeza le pedía a gritos que buscara la forma de correr a su habitación y que se preparase para la cena, no era buena idea permanecer allí escuchando conversaciones ajenas, su padre se pondría furioso si llegaba a ver que estaba espiando y más teniendo en cuenta que su vestido estaba, efectivamente, lleno de tierra, pero su curiosidad ganó la batalla manteniéndola allí, además, por la forma en que ambos caballeros hablaban, parecía ser un asunto realmente importante, su padre parecía desesperado.

—¡No me interesa lo que tengas que hacer! Quiero que mis órdenes se cumplan, para algo te pago, no puede ser tan difícil hacerlo, no es como si pidiera imposibles —gritó el duque furioso sobresaltando a la pequeña al igual que al hombre frente a él.

—Milord, no es tan sencillo como usted cree, es su heredero, su único hijo, ocultarlo al mundo es casi imposible. ¿Cómo puede pedirme eso? Haber conseguido que el rey lo aceptara como su heredero siendo él un bastardo no fue nada sencillo, sin embargo, acordamos decir que es su hijo legítimo, solo que al ser un niño enfermizo no podía salir libremente, le aseguro que levantaría más comentarios escondiéndolo en su casa —dijo el abogado

intentando que su señor entrara en razón; sus solicitudes estaban a punto de enloquecerlo y además, el dinero que se ganaba no justificaba tantas molestias, estaba a punto de enloquecerse y caer de cansancio, a este paso terminaría internado en Bethlem.

—¡No quiero! ¡No quiero que en todas las veladas a las que asista este acompañado de un bastardo! Sino fuera porque la inútil de mi esposa murió dejándome solo a Cassandra, la historia sería diferente, no fue capaz ni de darme un hijo, solo una inservible hija. Dios, ¿qué mal estoy pagando? — Soltó un gruñido y rellenando su copa con whiskey la tomó de un solo trago, disfrutando el ardor en su garganta, era humillante para él tener que ceder su título a su bastardo; él, que tanto se jactaba de la sangre noble y la importancia de mantenerla pura.

—Pero nadie tiene porqué saber que no es el hijo legítimo de su difunta esposa, por suerte por esas fechas su esposa estuvo embarazada, aunque lastimosamente su embarazo no llegó a feliz término, solo debe decir que el bebé sí nació. —Lo intentó una vez más rogando al cielo que funcionara, pero algo le decía que el duque no estaba dispuesto a ceder en el asunto, ahora solo le quedaba pensar en la mejor forma de cumplir sus órdenes.

—No, y es mi última palabra, no quiero que nadie sepa que tengo un hijo hasta que sea completamente necesario, y espero que cuando llegue ese momento yo ya no tenga que enfrentarme a ello. —Para el duque era humillante tener que vivir toda esta situación, pero era aún más imperdonable dejar que su título pase a un familiar lejano, quien sería un primo, el hijo del hermano menor de su padre y una mujer de baja cuna.

—¿Podría contarme cómo sucedió todo, milord? Sé que no es de mi incumbencia, pero necesito entenderlo para poder ayudarlo, debo pensar en una historia creíble y lo suficientemente alejada de la realidad. —El duque lo pensó por un momento, no es algo que le gustaba contar o simplemente recordar, pero el whiskey empezaba a afectarlo y la rabia solo terminaba confundiéndolo aún más, prácticamente las palabras brotaron por su boca sin

siquiera darse cuenta.

—Mi esposa era una mujer hermosa, muy hermosa, debo aceptarlo, de hecho Cassandra es idéntica a ella, su cabello claro, largo y hermoso, sus ojos azules como el cielo, su piel clara y hermosa, digna hija mía a decir verdad, ya decía yo que algo bueno debía sacar de ese matrimonio, aunque esperaba obtener un hombre y no una mujer, pero mi esposa nunca me inspiró nada, no había forma alguna en que fuera capaz de calentar mi cuerpo en las noches de invierno, así que únicamente visitaba su habitación para cumplir con mi deber y dejarla en embarazo, pero también tenía una amante, una sirvienta con un cuerpo apetitosamente voluptuoso, era ella quien se encargaba de mis más lujuriosos deseos, pero quedó embarazada casi al mismo tiempo que mi esposa, y estaba completamente decidido a subirla a un barco y enviarla lejos, pero entonces Lady Windsor perdió el bebé y tuve miedo de no llegar a tener un heredero, así que le compré una pequeña casa y le di todo lo que necesitaba hasta que dio a luz a Alfred; nunca más la visité, mi esposa de nuevo quedó en embarazo y nació Cassandra, pero ella murió durante el parto; yo no tenía la paciencia de buscar y cortejar a otra mujer, suficiente tenía con tener que criar a una hija que solo me representaría pérdidas, así que hablé con el rey, usé el poder que tengo sobre todos los demás caballeros que comparten mis ideas, no fue nada sencillo, pero como bien sabes logramos nombrarlo a él mi heredero, al menos tiene mi sangre, ahora quiero mantenerlo escondido, ya pensaré luego en las consecuencias. —Esa era su forma corta de explicar lo sucedido, claro, siempre omitía la parte en que se enamoraba perdidamente de una sirvienta, quien luego de morir su esposa, estuvo a punto de convertirse en la nueva duquesa de Windsor, pero por suerte había entrado en razón y reaccionó en el momento justo, antes de cometer el peor error de su vida.

La pequeña cubrió su boca con la mano acallando la sorpresa por las palabras de su padre; entonces, su hermano no era su hermano realmente, pero la noticia solo entristeció su corazón, porque aunque no solía tratar mucho con Alfred, tenía el firme propósito de acercarse a él y ganarse su cariño, ser su

hermana debía ayudar de algo, pero ahora ni eso era posible.

—Milord, le reitero, la mejor solución no es esconderlo, llamaría la atención de los demás nobles, no es normal esconder a su heredero, podría generar chismes. —Eduardo sabía que las posibilidades de que aquello sucediera eran muy altas, pero no quería pensar en ello, se negaba a hacerlo, que el mundo conociera a su hijo cuando él muriera y no haya más opciones que ocupar su lugar, antes, no quería ni tenerlo cerca, lo enviaría a la casa de campo sino fuera porque estando tan lejos no podría controlar su educación y su comportamiento, iba a erradicar de él toda naturaleza heredada por su madre y se convertiría en un gran caballero.

—¿Usted acaso sabe lo que es una orden? —preguntó el duque exasperado y el abogado asintió dándose por vencido, había perdido el intento—. ¡Entonces cumpla mis órdenes y deje de contrariarme! Ahora váyase, que no lo quiero ver más, y de salida dígame a mi mayordomo que envíe Alfred, que lo espero aquí. —El duque ocupó su lugar tras la mesa y el abogado desapareció por la puerta más que furioso, él no era uno de sus sirvientes para que lo tratara de esa forma, el duque era un hombre despreciable que no merecía el título de caballero, pero lastimosamente estaba obligado a obedecer.

Cassandra seguía sin poder creerlo, sabía que debía correr a su habitación si quería evitarse problemas, pero quería seguir escuchando, más aún después de escuchar lo que escuchó, era increíble la gran cantidad de secretos que podía esconder una persona; necesitaba escuchar la conversación entre su padre y su hermano, algo le decía que esa información le sería de mucha utilidad en un futuro, eso y que quería saciar su curiosidad, sería cuidadosa de no ser descubierta, era una forma de confirmar la información, Alfred debía saber algo y ella no le respondería preguntas.

El heredero al título cruzó la puerta con su habitual sonrisa y aunque no era algo necesario, realizó una perfecta reverencia mostrando así a su padre lo último que había aprendido durante las clases, no entendía porqué no podía asistir a la universidad como cualquier joven, pero iba a demostrarle que

podía convertirse en el mejor duque que pudiera existir, lo haría sentir orgulloso del hombre en el que se convertiría.

Eduardo puso los ojos en blanco y soltó un gruñido. ¿Qué era lo que estaban enseñándole al muchacho? No había contratado a los mejores para que lo convirtieran en un idiota.

—Padre, el mayordomo me informó que deseaba verme. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó enderezando la espalda como era debido y juntando las manos en su espalda sonrió, no importaban las razones por las que su padre lo trataba como si fuera un ser insignificante y no su heredero, aun así lo amaba e iba a demostrarle el excelente hijo que era.

—Eres un idiota, pero ya tendré tiempo de encargarme de corregir las estupideces que te enseñan, ahora quiero que escuches, solo eso, ¿entendido? —El rostro del muchacho se entristeció visiblemente; Cassandra deseó poder ayudarlo, aunque no era el hermano perfecto no quería verlo sufrir, le tenía cariño, era su familia, si pudiera le evitaría la tristeza, pero era de conocimiento público que al duque poco o nada le importaban los sentimientos de los demás, incluso se dudaba que tuviera sentimiento alguno en su corazón.

—Como usted ordene, padre —respondió él agachando su cabeza, en momentos como estos se sentía igual que un perro o un caballo, como un animal que fue entrenado para obedecer, un animal que no tiene opinión o capacidad de pensar, tal vez era eso lo que deseaba su padre, un hijo capaz únicamente de obedecer sin emitir objeción alguna.

—Seguirás estudiando acá, en casa, no se te tiene permitida la salida a ningún lugar, en caso de ser necesario irás conmigo y nadie puede verte, cualquier tipo de necesidad que tengas puedo suplírtela; para el mundo dejarás de existir hasta el día en que sea inevitable que te conozcan, ¿entendido? —masculló el hombre duramente.

—¿Puedo preguntar porqué? —susurró él dudoso. ¿Cómo podía darle una orden así y esperar que no tuviera preguntas? Estaría encerrado en su propia casa, se sentía como si hubiera hecho algo muy malo que no tiene perdón de

Dios.

—¡Claro que no puedes! Pero supongo que sí debo explicártelo, en realidad, es muy sencillo, eres un maldito bastardo que no quiero presentar al mundo, tu madre fue una simple sirvienta que se encargó de complacerme, pero que por suerte está lo suficientemente lejos, me avergüenza que seas mi heredero, pero tampoco estoy dispuesto a que mi título caiga en manos de otro, al menos mi sangre corre por tus venas. —Alfred se negó a llorar frente a ese monstruo que decía ser su padre, pero el dolor en su pecho empezaba a matarlo lentamente. ¿Qué culpa tenía él? Puede que incluso un simple animal fuera mucho más importante que él en ese lugar.

—¿Y Cassandra? —preguntó en un susurro con la voz ahogada, nunca vio que tratara así a su hermana, aunque sí era duro con ella nunca la había humillado y hasta en una oportunidad lo había escuchado hablar sobre enviarla a la mejor escuela para señoritas y darle una gran presentación en sociedad.

—Cassandra, aunque es mujer, es mi hija, mi legítima hija, ya me encargaré de educarla para que sea una dama, perfecta, digna de ser la hija del duque de Windsor, mientras que tú, con que te hagas cargo del título una vez que muera quedo complacido, por lo menos no estaré vivo para ver cómo deshonoras mi apellido. —El muchacho no lo aguantó más y salió corriendo, se encerró en su habitación y lanzó contra la pared cuanto objeto se le cruzó por el camino; su hermana, una mujer inservible, inútil, valía más que él, era humillante, en ese mismo momento se prometió a sí mismo odiarla para siempre, arruinar su vida tanto como le fuera posible y convertirla en la mujer más desgraciada de todo Londres.

Cassandra se escabulló por los pasillos hasta llegar a su habitación, rápidamente se limpió tan rápido como le fue posible y se puso su mejor vestido, peinó su cabello tal como había aprendido y corrió a la habitación de su hermano, hacía un tiempo que había aprendido a peinarse sola, era eso o llamar a su doncella para que arreglara su atuendo, entonces ella podría verla llena de tierra y terminaría contándoselo a su padre, no.

Entró sin siquiera golpear y se encontró con todo roto en el suelo, la cama hecha un desastre y su hermano en el suelo mirando el techo; su corazón se estrujó en su pecho, se acercó lentamente a pequeños pasos y puso su mano sobre su hombro.

—Alfred, ¿estás bien? Soy tu hermana, en mí puedes confiar, ¿qué sucedió con papá? No todo puede ser tan malo, yo puedo ayudarte en lo que necesites solo debes decirlo, pero no te pongas así, estamos juntos en todo esto y seguro que podemos solucionarlo —murmuró rápidamente intentando ayudar a su hermano, le dolía verlo así, derrotado, dolido, empezaba a odiar a su padre por ser el causante de tanta tristeza.

—Largo, quiero estar solo y te agradecería que nunca más entres en mi habitación, no son cosas que deben hacer las damas —masculló él en un susurro, no quería ver a nadie y muchísimo menos a ella, no podía dejar de pensar en las palabras del duque, verla solo aumentaba sus ganas de ahorcarla.

—No digas estupideces, ¿desde cuándo te importa que haga o no cosas que no son de una dama? Pensé que podíamos apoyarnos el uno al otro —susurró ella temerosa; su hermano era uno de los pocos que sabía de sus tardes en el jardín, pero él había prometido guardarle el secreto e incluso había prometido ayudarla para no ser descubierta por su padre, ese había sido el comienzo de su relación como hermano, desde ahí se dedicaban pequeñas sonrisas el uno al otro. ¿En qué momento se había arruinado todo? Ella no tenía la culpa de nada de lo que sucedía entre su padre y él.

—¿Estupideces? Esas no son palabras para una dama y mucho menos de tu edad, ¿no puedes comportarte como se debe? Al crecer no le gustarás a ningún hombre, aunque ahora que lo pienso mejor, no es que me importe. —Miró a su pequeña hermana con tanta rabia que ella sintió un pequeño escalofrío recorriendo su cuerpo—. Por mi bien pueden encerrarte en un convento o puedes quedarte como una solterona más, simplemente no me importa, ahora, largo. —Ella agachó su cabeza y tomando ligeramente la falda de su vestido dio media vuelta y salió corriendo de vuelta a su habitación.

Aquel día entendió que estaba completamente sola y que probablemente siempre lo estaría; para su padre era igual si ella existía o no, se conformaba con poder decir que tenía una hija, pero seguro que la enviaría lejos muy pronto e incluso puede que llegara a aprovecharse de su situación como mujer e hija, pues a pesar de su edad y no haber asistido a la escuela aún, ya había aprendido que nunca se replicaban las órdenes de su padre; su hermano la odiaba por el simple hecho de existir y tener los padres que tenía, algo completamente injusto teniendo en cuenta que ella no podía manejar ese tipo de cosas.

Al crecer, nunca se había detenido a pensar en qué iba a suceder cuando creciera y fuera presentada en sociedad. ¿Qué si era un completo desastre y ningún hombre se interesaba en ella? Porque puede que casándose fuera la única forma en que escapase de las garras de su padre y de su hermano. ¿Aceptaría a cualquier hombre con tal de salir de casa? Eran demasiadas preguntas y si era sincera consigo misma, tenía mucho miedo de lo que podía pasar en un par de años, no sabía cómo enfrentarse a ello, solo rogaba al cielo encontrar un hombre que de verdad la amara; hacía poco había leído un libro bastante romántico y no pudo evitar imaginarse viviendo la historia, solo que ella no tenía una mamá que la apoyara, pero tal vez sí tendría un lindo final.

Capítulo 10

Cassandra se abrazó a la almohada y suspiró, acarició su mejilla adolorida negándose a llorar y se cubrió tanto como le fue posible; luego de golpearla, su padre la había tomado del brazo y la había arrastrado hasta su habitación para luego trancar la puerta encerrándola, no podía salir aunque quisiera, así que simplemente se quitó su vestido y las horquillas de su cabello, se escabulló en la cama y solo permitió que los buenos recuerdos de la velada la llenaran, no quería pensar en su padre, sus palabras o su golpe, simplemente quería quedarse con los mejores recuerdos, pensar en su apuesto y valiente caballero que fue capaz de dejar claras sus intenciones sin importarle las consecuencias, pues se había enfrentado a su padre sin duda alguna. ¿Quién en sus cinco sentidos podría evitar caer completamente enamorada?

Suspiró y poniéndose boca arriba se cruzó de brazos, ya casi era mediodía y aún no le habían traído nada de comer, su estómago no dejaba de rugir pidiendo un poco de comida. ¿Acaso su padre quería matarla de hambre? Es cierto que sus actos no habían sido los correctos y ahora estaba pagando las consecuencias de estos, pero seguro que al menos merecía no morir de hambre.

Cansada se levantó y fue hasta su tocador, se sentó frente al espejo y tomando su cepillo empezó a peinar su cabello, siempre le había gustado la forma en que los rayos del sol se reflejaban en él aunque no tenía permitido exponerse a ellos, “arruinaran su piel”, decía una y otra vez la doncella cada

vez que lo intentaba y siempre era obligada a cubrirse. Sus ondas doradas terminaban varios centímetros abajo de su cintura, casi que llegaban a su cadera, le encantaba, en una oportunidad había escuchado que el cabello podía convertirse en un excelente arma de seducción si se usaba correctamente, esperaba algún día aprender; sus ojos, muy azules, iguales a los de su padre, le recordaban día a día al hombre del cual los había heredado; su piel blanca, labios gruesos, ¿habría heredado algo de su madre? Esperaba que sí, aunque sería difícil saberlo ya que no había un solo retrato de ella, pero quería pensar que lo único que compartía con su padre eran los ojos, que tenía el corazón de su madre.

¿Cuándo volvería a ver al duque? Aún más importante, ¿algún día lo volvería a ver al menos? Le gustaba pensar que sí, pero era muy posible que su padre ya estuviera preparando su boda con quién sabe qué caballero, sería capaz de llevarla al altar con mentiras o a rastras con tal de alejarla de Nicholas; una verdadera lástima, le hubiera gustado conocerlo un poco más, charlar, y todo el resto que hubiera podido pasar.

Un fuerte estruendo detuvo sus movimientos y la puso alerta, fue como si estrellaran algo contra la pared; rápidamente se levantó y corrió a la puerta, intentó abrirla, pero esta seguía cerrada, así que golpeándola empezó a gritar esperando ser escuchada, necesitaba saber qué era lo que sucedía.

Nicholas lanzó la copa con whiskey contra la pared completamente desesperado, al llegar a casa después de una interesante velada se sentía cansado, emocionado, tal vez asustado, a la expectativa de lo que estaba por venir, pensaba en cuál debía ser su próximo movimiento, en si era correcto o no exponerse de esa forma, eran tantas cosas, aunque lo que sí tenía claro es que no se arrepentía, y esperaba que eso fuera suficiente, pero la espera lo estaba matando.

¿Debía ir a la casa del duque, enfrentarlo, tomar a Cassandra y llevarla

lejos? Tal vez a Gretna Green, una boda fortuita no sonaba tan mal.

Se levantó y caminó hasta la ventana, había pasado la noche en vela dando vueltas y vueltas en la cama intentando dormir; fue hasta su despacho, se sirvió una copa con whiskey, que había terminado estrellándola contra la pared preso del desespero, y terminó no tomando nada de alcohol, por suerte era completamente consciente, pero ya no soportaba estar allí sentado imaginando todo lo que podría llegar a hacerle el duque a su hija después de las palabras que pronunció. ¿Sería capaz de golpearla? Esperaba que no, no le gustaría saber que algo así pudiera suceder, aunque quería pensar que Windsor no era capaz de algo tan bajo.

Cuando llegó a Londres y decidió casarse nunca imaginó que llegaría a suceder de esa forma. ¿Cómo podría llegar a pensar que caería rendido a los pies de una mujer que conoció en medio de un jardín en el que la luz apenas si les permitía verse el uno al otro? Si siempre había pensado que las jóvenes londinenses eran calladas, aburridas y hasta deprimentes, como se supone deben ser, normas de etiqueta cada una más ridícula que la anterior.

Pero ella era tan diferente, irradiaba luz, alegría, cualquiera que viera sus ojos caería hechizado, ni hablar de sus labios, y él estaba más que decidido a tenerla para sí por el resto de los días que le quedaban de vida, sin embargo, no debía ser el único interesado, y teniendo en cuenta que su padre era quien debía autorizar la boda, era muy posible que él ocupara el último puesto entre las demás opciones; su padre siempre decía que debía luchar por lo que quería, y quería a Cassandra; era el momento de arriesgarse por ella.

Corrió hasta su habitación ordenando a gritos un baño, se preparó, se puso su mejor traje y ordenó que le trajeran el caballo mientras él desayunaba algo, no podía llegar a una batalla como la que le esperaba con el estómago vacío; al terminar, montó su caballo y salió a todo trote a casa del duque, debía dejar claro hasta dónde estaba dispuesto a llegar por su dama, porque si no habían límites para sentimientos, tampoco los habría en su lucha por ellos.

En cuanto llegó golpeó fuerte la puerta y fue recibido por el mayordomo de

la casa.

—Deseo ver al duque y a Lady Cassandra —dijo en cuanto fue atendido por el hombre; él lo miró incómodo y mirando de un lado a otro se acercó.

—Señor, no es el momento, si acepta un consejo, es mejor que se retire. —Nicholas jamás había hecho uso del poder que tenía ahora que era duque, de hecho usaba odiarlo y mucho más si era con una persona que solo intentaba ayudarlo, pero era algo completamente necesario, por lo menos en esta oportunidad lo era si quería ganarse el respeto necesario para ser escuchado y tenido en cuenta.

—Lo entiendo y agradezco su consejo, pero quiero que llamen inmediatamente al duque y a su hija, no me iré sin hablar con ellos y le aseguro que lo conseguiré de una manera u otra. —El mayordomo suspiró y haciendo una pequeña mueca asintió, lo llevó hasta la sala de té, donde su señor recibía las visitas, y luego de una reverencia fue a cumplir con las órdenes recibidas.

Se acercó al despacho de su señor y tocó ligeramente la puerta.

—¿Qué? ¿No ordené que no quería molestias? ¡Largo! —masculló el duque furioso desde el interior del despacho, pero el hombre tomando aire intentó ganar un poco de valentía, aunque llevaba toda la vida trabajando allí, no dejaba de temerle.

—Milord, desean verlo, tiene visitas —susurró abriendo ligeramente la puerta y hablando lo suficientemente alto para que su señor lo escuchara aunque con un tono de voz mucho más bajo del acostumbrado, además, esperaba un fuerte grito como respuesta, pero aunque no le gustara, debía cumplir con sus deberes.

—¿Quién? —respondió Eduardo sin llegar a gritar, estaba demasiado inmiscuido en sus pensamientos como para hacerse cargo del mayordomo, tenía asuntos mucho más importantes que tratar, como su hija y la extraña razón por la que ella sabía sobre la historia de Alfred, había estado toda la mañana con las cuentas en la mano simulando revisarlas aunque su mente se negaba a pensar en ellas, era mucho que pensar.

—El duque de Devonshire, y también desea ver a Lady Cassandra. —En cuanto su mayordomo pronunció aquellas palabras levantó su rostro y miró a su mayordomo como esperando que le dijera que era mentira, no podía ser cierto, ese hombre no pudo atreverse a pisar su propiedad.

—¿Cómo que el duque de Devonshire está esperando? ¿Quién se cree que es para presentarse de esa manera? Peor aún, ¿por qué cree que tiene la libertad de visitar a mi hija? —Se levantó de su asiento y empezó a caminar de un lado a otro intentando dar una explicación a sus actos.

—No sabría cómo responderle, señor —respondió el mayordomo avergonzado, le hubiera gustado evitar todo esto, más teniendo en cuenta que Lady Cassandra seguía encerrada en su habitación.

—¿En dónde me espera?

—En la sala de té. —El duque caminó a toda prisa hasta el lugar, abrió la puerta con un fuerte estruendo y fulminó con la mirada a su visitante.

—¿En qué puedo colaborarle, Lord Devonshire? Me gustaría prescindir de su presencia tan pronto como fuera posible. —Nicholas sonrió negándose a permitirle que se sienta superior, debía entender que aquí estaban entre iguales, un duque frente a otro duque, no importaba la forma en que lo había obtenido cada uno, aquí, eran dos caballeros con dos propósitos diferentes, ahora todo se trataba de quién sería el vencedor y quién el vencido.

—Creo recordar haberle dicho a su mayordomo que no solo deseaba verlo a usted sino también a su hija, ¿tardará mucho en llegar? —El hombre mayor entró al lugar y sentándose en uno de los sofás se cruzó de brazos.

—¿Por qué cree que le permitiría verla?

—Porque quiero verla, simplemente es eso, creo que es una razón más que válida. —Nicholas se sentó en el sofá frente a él igualando su postura, divirtiéndose al ver que su rabia aumentaba y su paciencia se agotaba, no le extrañaría que de un momento a otro saltara encima de él buscando ahorcarlo, o incluso bien podía sacar un arma y acabar con él de un solo tiro, rogaba al cielo que no llevara ninguna con él.

—Pues no, no lo es, no hay razón alguna por la que usted deba ver a mi hija, es una dama respetable, que como entenderá, no debe tener encuentros con cualquier caballero, eso y que no lo creo digno de su presencia. —Un encuentro entre ellos no solo podría levantar rumores entre el personal que seguro los pasaría al resto de la sociedad, sino que también podía desatar un humillante enlace que no estaba dispuesto a permitir, se aseguraría de que Cassandra estuviera lo suficientemente lejos de ese hombre costara lo que costara.

—¿No soy digno de su presencia? ¿Y quién es el indicado para juzgar algo así, usted? Porque hasta donde recuerdo, ella es lo suficientemente inteligente como para saber distinguir entre las compañías correctas y las que no lo son. —Nicholas estaba poniendo todo su esfuerzo para guardar la calma y continuar con su extraña conversación, pero empezaba a ponérsela difícil, empezaba a cansarse de sus insultos y sus malos tratos, además parecía no estar dispuesto a permitir que vea a Cassandra, solo que él estaba aún más decidido a verla.

—Debería saber que las mujeres necesitan un hombre quien las dirija y las lleve por el camino indicado, yo soy el encargado de cuidar a mi hija y protegerla de hombres como usted. —El joven elevó una ceja curioso y negó con la cabeza.

—Si se tomara el trabajo de escuchar hablar a su hija por al menos 10 minutos se daría cuenta de la gran inteligencia que posee, además, seamos sinceros, usted no cuida a su hija, a usted poco le importa lo que suceda con ella mientras mantenga su apellido en alto, piénselo bien, mi hermana es la princesa. ¿Dónde puede llegar a encontrar una mejor opción como pretendiente? Piénselo bien, Lord Windsor, además no me daré por vencido, la quiero para mí. —El hombre mayor miró a su alrededor deseando encontrar algo que pudiera lanzárselo a la cabeza y acabar con todo esto de una vez por todas, pero no encontró nada, además que podría llegar a ser colgado, así que se vio obligado a guardar calma y a pensar en otra opción para sacarlo de sus

vidas definitivamente.

—Usted no es nadie para cuestionar mi actuar con mi hija, no es su problema, y si lo que tiene pensado es pedir su mano en matrimonio déjeme que le dé mi respuesta con anticipación: no; tiene mejores pretendientes, debería buscarse una dama que este a su altura, mi hija proviene de una familia respetable, recibió la mejor educación, una belleza envidiable por todas las demás damas, y una excelente dote que no permitiré, termine aumentando sus arcas, si continúa con sus intenciones puede que me la lleve lejos o simplemente la case con otro caballero con tal de alejarla de usted —amenazó él furioso; se enderezó acercándose ligeramente a él, una sutil forma de retarlo a responder.

—¿Arruinaría la vida de su hija con tal de alejarla de mí solo porque no me cree digno de ella? A usted lo único que le importa es el dinero y la posición, bien, me niego a recibir la dote de Cassandra e incluso le daré todo el dinero que quiera si me concede su mano, es la mejor propuesta que recibirá, eso o la tomo y la llevo a Gretna Green, le aseguro que no me costaría mucho hacerlo, pero ella será la duquesa de Davonshire le guste o no. —Nicholas intentaba convencerlo a como dé lugar por ella, no quería que su ángel tuviera que pasar por una boda fortuita cuando podía celebrársela como se lo merecía, un matrimonio así podría ser la causa de muchos rumores, ella no merecía que se pusiera en duda su virtud, pero si era esa la única forma, no dudaría en hacerlo.

—No —respondió él inmediatamente—, no hay la más mínima posibilidad de que acepte.

—Bien, déjeme verla, que sea ella quien decida, si ella me dice que no quiere ser mi esposa y que me aleje, le juro que no volverá a verme cerca, pero que sea ella quien me lo diga —dijo desesperado, era esa su última propuesta, si la rechazaba entonces no le quedaría otra opción más que cambiar de táctica. Windsor se quedó en silencio, sería una forma sencilla de acabar con todo este problema, pero eran muy altas las posibilidades de que Cassandra aceptara la unión, de hecho era casi imposible que lo negara, podía

ver en sus ojos que si no era amor lo que sentía sí era algo muy parecido, no podía arriesgarse así.

—No, no volverá a verla y no está a discusión —dijo firmemente; Nicholas perdió la paciencia y se levantó de golpe exaltando a su compañero, estaba cansado de intentar comportarse como un caballero educado, respetuoso y paciente, tenía un límite y ese hombre acababa de cruzarlo, era el momento de simplemente actuar.

A grandes zancadas salió de la pequeña sala encontrándose con el mayordomo al pasar cerca de la entrada, era una casa demasiado grande y no contaba con suficiente tiempo.

—El cuarto de Lady Cassandra, ¿dónde está? —masculló furioso con el duque de Windsor siguiendo sus pasos.

—¡Ni se le ocurra, Devonshire! Salga ya mismo de mi casa, no permitiré que moleste a mi hija. ¡Salga inmediatamente! —El mayordomo se quedó de piedra mirando la escena, no sabía si hablar y ayudar al joven o quedarse callado y obedecer a su señor, pero así como Nicholas estaba decidido a encontrarla, Eduardo estaba decidido a evitarlo, se había convertido en una lucha en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.

—¡Intente detenerme! No estoy dispuesto a permitir que usted arruine no solo mi futuro sino el de Cassandra, ya debería saber que estoy dispuesto a todo por ella. —Al ver que no obtendría respuesta por parte del mayordomo, Nicholas subió las escaleras, debía estar en una de las habitaciones principales, pero al encontrarse con una gran cantidad de puertas estuvo a punto de soltar un grito de frustración.

—¡Que se detenga! —gritó Windsor desesperado, así que justo cuando una sirvienta pasaba con una bandeja con la bajilla en sus manos, tomó lo primero que alcanzó y simplemente lo lanzó hacia el muchacho, quedándose de piedra a mitad de las escaleras al ver que el plato golpeaba la cabeza de Nicholas rompiéndose en varios pedazos, el joven cayó al suelo de repente y a unos pocos centímetros de caer por las escaleras; se acercó rápidamente y vio que

un delgado hilo de sangre corría por su cabeza, no se atrevió a acercarse más.

—¡Lo mató! —gritó la sirvienta asustada, dejó caer la bandeja rompiendo toda la vajilla a causa de la impresión por lo sucedido, empeorando la situación para el duque.

No podía llamar a un médico porque sin duda alguna haría muchas preguntas y él podría llegar a ser juzgado, tampoco sabía a quién acudir, si ya no estaba muerto, dejarlo morir empeoraría la situación, no sabía qué hacer con el cuerpo o cómo explicar lo sucedido, quería ser colgado.

—¿Alguien puede revisar si está vivo?! —gritó desesperado, necesitaba saber cuál era situación o simplemente no sabía cómo actuar; el mayordomo fue el único que se atrevió a acercarse, había escuchado que el pulso del corazón solía sentirse en el cuello, pero no sabía en qué punto exactamente, y ya que el duque había caído boca arriba, acercó su temblorosa mano al pecho.

—Al parecer tiene pulso, milord, debemos llamar al médico —susurró el mayordomo al sentir bajo su mano los suaves golpeteos del corazón del duque.

—¡No, nadie va a llamar al médico! ¿Entienden? Está totalmente prohibido divulgar lo sucedido, quien se atreva a comentarlo pagará las consecuencias. —Lanzó una mirada amenazadora a todos los presentes dejándolos helados, ninguno era tan estúpido como para enfrentar la rabia de un hombre tan poderoso.

—Pero ¿lo dejará morir? —preguntó una mujer en un susurro; Eduardo miró el cuerpo del duque; no, no podía dejarlo morir, y solo tenía una opción.

—Traigan a Cassandra. —Aunque odiara admitirlo, ella era la única que podía ayudarlo, es decir, era mujer, seguro que sabía algo de cómo se debía atender una herida, además seguro que no era tan grave, seguro que era un simple desmayo, pero prefería prevenir, no sabía cómo arreglar un problema como lo era un muerto.

Capítulo 11

Cassandra sentía que en cualquier momento se volvería loca, no sabía cuánto tiempo llevaba intentando abrir la puerta, golpeaba tan fuerte como podía y gritaba tan alto como su garganta se lo permitía esperando que alguien abriera su puerta y la sacara de su encierro; algo estaba sucediendo y ella necesitaba saber qué era; después de escuchar como algo caía y se rompía, escuchó como si un pesado cuerpo cayera como peso muerto. ¿Sería su padre o su hermano? Eran su única familia y tampoco le gustaría que los dañaran.

Se detuvo y empezó a mirar por toda su habitación esperando encontrar algo que la ayudara a abrir la puerta, aunque sabía que de nada serviría pues la madera era demasiado gruesa para llegar siquiera a moverla, pero no perdía las esperanzas.

Cuando estaba a punto de darse por vencida, un ruido la dejó completamente quieta; su doncella abrió la puerta y se quedó viéndola asustada, movía sus manos con nerviosismo y mordía ligeramente su labio, algo no estaba bien aquí.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó exigiendo respuestas, no era el momento para comportarse como una mujer tranquila y manejable, en este momento era quien daba las órdenes y ella quien obedecía.

—Milady, su padre la necesita, pero antes debe mantener la calma y no preguntar. —La joven frunció el ceño confundida, no estaba de humor para soportar a esa mujer, así que esquivándola pasó por su lado y salió de la

habitación; su padre debía estar en su despacho así que caminó directamente hacia las escaleras, pero se detuvo de golpe al ver el cuerpo de un hombre al inicio de esta, su padre estaba un par de escalones más abajo presenciando la escena con terror, así que no era él quien estaba en el suelo, su hermano no era tan grande, así que tampoco podía ser él; en ese momento un mal presentimiento nació en ella. ¿Quién podía ser?

Se acercó a lentos y cortos pasos y solo hasta que estuvo lo suficientemente cerca logró ver el rostro del duque, su corazón dejó de latir y el miedo la invadió, soltó un pequeño grito asustada y se acercó corriendo, cayó de rodillas a su lado y acercó sus manos a su rostro, de su cabeza salía sangre, esto no podía ser bueno.

—¡Dios mío, llamen al médico inmediatamente! —ordenó a gritos; Nicholas estaba pálido e inconsciente, no sabía qué hacer para ayudarlo, no entendía lo que había sucedido, pero temía por su vida, necesitaba actuar y rápido.

—No, te prohíbo que hagas tal cosa —dijo su padre fuerte y claro dejándola de piedra, lo miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza sin poder creer lo que escuchaba, rogaba al cielo haber escuchado mal.

—No puede estar hablando en serio, padre, el duque necesita atención médica de inmediato, su vida corre peligro, tiene sangre en su cabeza, por favor, padre —gritó asustada; el duque podía morir y el miedo no la dejaba actuar, no entendía cómo es que su padre podía prohibir que trajeran al médico.

—¡No puedo, Cassandra, no puedo llamar al médico! ¿No te das cuenta que si algo llega a sucederle yo sería juzgado? No te mande a llamar para que me dijeras lo que ya se, te traje para que hagas algo, eres mujer, algo debes saber sobre cómo curar una herida. ¡Haz algo! Por primera vez en tu vida se de utilidad. —La joven sintió que la rabia se apoderaba de ella y tuvo unas terribles ganas de ahorcar a su padre, pero antes de abalanzarse sobre él, un suave quejido la dejó completamente quieta, Nicholas, debía concentrarse en el duque, debía salvarlo.

—¡Necesito dos lacayos que lo lleven a una de las habitaciones! —gritó tan fuerte como pudo y pudo ver cómo una de las sirvientas corrió escaleras abajo para cumplir sus órdenes. Pocos minutos después, tres lacayos tomaron al duque con tanto cuidado como les fue posible y lo llevaron a la habitación más cercana, lo recostaron y Cassandra se sentó a su lado.

—Milady, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó su doncella, pero la joven no podía dejar de temblar de miedo, ella no tenía ni la más mínima idea sobre cómo atender una herida. ¿Y si hacía algo mal? Él podría llegar a morir; no, necesitaba concentrarse.

—Necesito agua, paños limpios y puede que un poco de láudano, aunque no sé mucho del asunto, es un golpe fuerte, necesita descansar, el láudano lo ayudará a dormir —susurró sin dejar de ver el apuesto rostro del duque, no entendía cómo es que había terminado así, pero iba a averiguarlo después de atenderlo.

Su doncella trajo todo lo que pidió y poco a poco y tan cuidadosamente como le fue posible, limpió la herida de su cabeza y luego la vendó como según ella era correcto, era todo lo que podía hacer, solo le quedaba rogarle a Dios que lo protegiera, esperaba que no fuera grave, que fuera un simple golpe que con un poco de reposo sanara. Dios debía protegerlo, no podía llevárselo y alejarlo de ella, no ahora cuando había decidido enfrentar el mundo entero por él.

Llegó a pensar en pedirle ayuda a Amberly, su mejor amiga, pero no sabría cómo explicarle la situación, ni siquiera ella entendía lo que había sucedido, solo sabía que la vida del duque estaba en riesgo y no sabía qué hacer para salvarlo, incluso temía alejarse de él. ¿Si llegaba a necesitarla y ella no estaba para atenderlo? Prefería no arriesgarse, necesitaba encontrar soluciones.

Cassandra terminó de atenderlo tan atentamente como le fue posible y suspirando, acercó una de las sillas y sentándose tomó su mano, se negaba a llorar, necesitaba encontrar la fuerza que ambos precisaban, él para levantarse de esa cama y volver a ser el mismo, y ella para soportar todo lo que fuera

necesario con tal de salvarlo.

Aunque quería quedarse a su lado, la joven sentía la necesidad de hablar con su padre, así que luego de llamar a su doncella y dejarle al duque a su cuidado, bajó hasta el despacho de su padre, tocó ligeramente la puerta y luego de un recibir un suave “adelante” lo encontró sentado frente a su escritorio con una copa de whiskey en la mano.

—¿Qué quieres, Cassandra? ¿Ya terminaste de atender a Devonshire? —Su hija entró al despacho, caminó hasta posicionarse frente a él y se cruzó de brazos.

—Sí, padre, ya entendí al duque, hice tanto como pude, usted debe saber que yo no estoy preparada para atender este tipo de situaciones, lo más indicado sería llamar al médico como bien le dije, aunque poco puedo hacer si usted no accede; sin embargo, necesito saber lo que sucedió, no entiendo cómo es que terminó con un golpe tan fuerte en la cabeza. —Su padre se levantó furioso, le dio la espalda fijando la mirada en la pequeña biblioteca de la pared, no era el momento correcto para responder las preguntas de su hija, la tranquilidad lo había abandonado desde el mismo instante en que el duque cayó inconsciente, necesitaba ver que Devonshire se levantaba y volvía a su hogar en perfectas condiciones; la preocupación por las consecuencias de sus actos estaban a punto de enloquecerlo.

—No es el momento, por favor, retírate —ordenó serio; ella sintió que la rabia se apoderaba de su cuerpo, era increíble, no solo se había atrevido a encerrarla sino que de alguna u otro manera estaba segura de que él era el culpable del estado actual del duque, se había atrevido a dañarlo, a atentar contra su vida. ¿Qué tipo de hombre tenía por padre?

—¿No cree que merezco saber lo que sucedió? Perfecto, entonces explíqueme las razones por las cuales me encerró prácticamente toda la mañana y parte de la tarde, estoy segura de que eso sí merezco saberlo. —Eduardo se giró furioso ante el atrevimiento de su hija y se acercó a ella a grandes zancadas, la tomó por el cuello y apretó ligeramente empezando a

ahogarla, estaba cansado del comportamiento que tenía con él, iba a recordarle quién era el que daba las órdenes y quién las obedecía.

—Que no se te olvide con quién estás hablando, Cassandra, estoy en todo mi derecho de darte unos buenos golpes para enseñarte a respetar, soy tu padre y yo no tengo porqué darte explicaciones de nada, mucho menos tienes la libertad de pedir las. —La joven sintió que sus pulmones empezaban a arder, tomó los brazos de su padre e intentaba alejarlos con las pocas fuerzas que le quedaban, solo hasta que el duque vio que su piel empezaba a ponerse pálida, la soltó haciéndola caer al suelo, no tenía ni la fuerza para mantenerse en pie; tosía fuertemente intentando respirar cuando su padre la tomó por el brazo y la levantó de un jalón.

—¡No estoy dispuesta a ceder ante sus agresiones!, las he soportado toda la vida, poco me importa terminar casada con el hombre más anciano de todo Londres si con eso dejo de vivir bajo su techo —dijo ella casi sin voz y con un fuerte ardor en su garganta, pero era algo que necesitaba hacer, ya no podía simplemente agachar la cabeza y volver a su habitación como siempre hacía, era el momento de demostrarle que ya no era la misma mujer.

El duque la arrastró hasta la puerta y se detuvo en el marco de esta.

—Conoces mis condiciones, si quieres casarte con el viejo más anciano pues hazlo mientras cumpla mis requerimientos, yo sería el hombre más feliz del mundo si por fin logro deshacerme de ti y entregarle el problema a otro idiota, pero te lo repito, no te acerques a Devonshire, ni por todo el oro del mundo accedería a comprometerte con ese hombre. —Haciendo uso de las pocas fuerzas que había reunido, se enderezó y levantó la barbilla mostrándose desafiante, aumentando las ganas que tenía su padre de golpearla.

—Si por alguna razón Lord Devonshire llega a hacerme alguna proposición la aceptaré sin dudar, es un gran hombre y cumple todas mis condiciones, tiene un excelente título y una gran fortuna, debería ser más que suficiente para usted, y algo me dice que él está completamente dispuesto a luchar por mí, poco importará si usted se opone, siempre podemos irnos a Gretna Green. —

Eduardo se quedó de piedra, no podía creer lo que estaba escuchando, ni siquiera Alfred, su hijo, su heredero, se había atrevido a hablarle así, a quien por cierto debía buscar, llevaba mucho tiempo desaparecido.

—Antes te encierro en un convento. ¿Mi hija huyendo para casarse en Gretna Gree? Por tu bien y el de ese hombre espero que eso nunca suceda. —Con un empujón la sacó de su despacho y cerró la puerta con fuerza, se sirvió un vaso con whiskey y lo tomó de un solo sorbo sintiendo cierta calma a medida que el líquido quemaba su garganta; hoy necesitaba emborracharse.

Cassandra tomó la falda de su vestido sin importarle si se subía más de lo debido y salió corriendo escaleras arriba, estaba en su casa, imposible que allí pudiera causar un escándalo, necesitaba ver a su duque, verificar con sus propios ojos que estaba a salvo; su duque, tal vez algún día llegaría a serlo.

Al llegar encontró a su doncella sentada cerca del duque mirándolo atenta, era ella la única que podía darle respuestas y haría lo que fuera necesario con tal de conseguirlas.

—Exijo que me digas lo que sucedió. ¿Por qué el duque terminó golpeado? —dijo exaltando a la mujer, quien inmediatamente puso su espalda recta.

—Milady, se lo ruego, no me pida eso, es mejor que hable con su padre —murmuró la doncella nerviosa, no quería tener problemas con su señor, después de lo que le hizo al duque debía admitir que le tenía miedo.

—No te estoy pidiendo consejos, te estoy exigiendo que me relates lo sucedido. —Su voz era tan dura que la mujer no tuvo cómo hacer réplica alguna, después de todo, era su deber cumplir las órdenes que provinieran de toda la familia, así que dándose por vencida, empezó a relatar todo lo sucedido, pues en cuanto escuchó los gritos, corrió hasta uno de los pasillos cercanos y oculta tras una pared, observó todo lo sucedido.

Cassandra no sabía qué pensar, aunque su doncella no había alcanzado a escuchar el inicio de la discusión y por ende la razón de la discordia, debía haber sido algo, sin duda alguna, bastante malo, teniendo en cuenta la fuerte reacción por parte de su padre, pero desde el mismo instante en que dijo que

Nicholas estaba en las escaleras porque iba a buscarla, una pequeña ilusión empezó a crecer en su corazón; el duque debía despertar.

Decidió no separarse de su lado ni por un solo segundo, seguro que mientras todos los días bajara a cenar perfectamente arreglada, su padre no tendría razón alguna para oponerse a que fuera ella quien cuidara del duque, después de todo ella había sido quien lo había curado en un principio, solo debía hacer una pequeña investigación de cómo atender ese tipo de golpes y sabía a quién pedir ayuda, así que salió corriendo de la habitación del duque hasta la suya, donde tomó un pergamino, pluma y tinta, para luego volver corriendo junto al duque.

Se sentó en el pequeño escritorio de la habitación y empezó a escribir.

“Elyse, necesito tu ayuda, es un asunto realmente importante; envíame a casa una invitación solicitando urgentemente mi presencia, es indispensable que sea lo más pronto posible y debe ser por una buena razón para que así mi padre me permita ir, eso sí, necesito que el médico esté esperándonos en tu casa, pronto te explicaré todo.

Cassandra Lowell”.

Miró una vez más al hombre que descansaba tranquilamente sobre la cama asegurándose de que estuviera perfecto antes de salir de la habitación, salió por la puerta trasera y se acercó al primer lacayo que encontró.

—Milady, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo el hombre haciendo una pequeña reverencia.

—Necesito que lleves esta nota a Lady Elyse Cartler, casa del marqués de Chelmendley, de inmediato, no hay necesidad de que avise a mi padre, ya lo hice yo. —El hombre tomó la nota y luego de una reverencia desapareció de su vista, solo esperaba que su padre no llegara a enterarse de esa pequeña nota, pues había dado la orden de informarle de todas las cartas, notas o invitaciones que llegaran o salieran de la mansión, no había asunto alguno que estuviera fuera del control del gran duque de Windsor, seguro que Cassandra

debía tener la sangre de su madre.

Volvió a la habitación del duque y revisó que no tuviera fiebre, había escuchado que algunas heridas, cuando se infectaban o eran mal tratados, tendían a provocar fiebre, empeorando la situación del paciente, pero por suerte, su piel estaba fresca y limpia.

Se sentó al borde de la cama situándose tan cerca como le fue posible y se inclinó ligeramente sobre su pecho, logrando escuchar los fuertes latidos de su corazón y sintiendo cómo su calor corporal la invadía, seguro que estar entre sus brazos debía ser algo realmente reconfortante.

Levantó la mirada encontrándose con sus labios. ¿Qué se sentiría ser besada? Lastimosamente, los caballeros que se interesaban en ella eran o muy ancianos o unos “perfectos caballeros” que temían acercarse más de lo debido, así que nunca llegaron siquiera a intentar besarla, siempre mantenían un distancia prudente y el único contacto que llegaban a tener era cuando él dejaba un beso en el dorso de su mano como saludo o al ofrecer su brazo para caminar. ¿Nicholas algún día intentaría besarla? Pero aún más importante, ¿tenía sentimientos hacia ella? Un caballero no hacía todo lo que él hizo por una simple dama cualquiera, ¿o sí?

Suspiró, al empezar la temporada social en Londres y recibir la amenaza de su padre, nunca llegó a imaginar que sería el caballero prohibido el que robaría sus pensamientos y posiblemente su corazón, no cualquier dama se atrevía a acercársele, su reputación no era la mejor y eran muy pocas las damas respetadas que intentaban conquistarlo, creyó escuchar que Lady Rosabell estaba interesada en él. ¿Qué tantas posibilidades habían de que fuera ella su elegida? No es como si tuviera algo que la hiciera especial. ¿Sería capaz de conquistar su corazón?

No sabía cuánto tiempo pasó hasta que un suave gemido la trajo de vuelta a la realidad, Nicholas empezaba a moverse incómodo e intentaba abrir los ojos; puso una mano sobre su pecho y se acercó.

—Tranquilo, por favor, no se esfuerce demasiado, debe descansar —susurró

muy bajo cerca de su oído intentando calmarlo, no debía moverse así, debía descansar, el golpe había sido fuerte, lo mejor sería darle un poco más de láudano.

Sin embargo, a pesar de sus palabras, el duque seguía moviéndose incómodo hasta que de repente abrió los ojos, parecía un poco desorientado y no dejaba de mirar a su alrededor como intentando descubrir en dónde se encontraba.

—Lord Devonshire, ¿se encuentra usted bien? —susurró muy bajo; el duque no parecía haber notado su presencia hasta que ella habló, solo hasta ese momento la observó y frunció ligeramente el ceño para luego mirar de un lado a otro como esperando ver a otra persona en la habitación, pero cuando volvió a mirarla un pequeño brillo apareció en sus ojos haciéndola sonreír, esa debía ser una buena señal.

—¿Quién es usted? —preguntó Nicholas dejándola completamente helada; no, no podía ser verdad, sintió como si su corazón cayera por un acantilado, ahora más que nunca necesitaba hablar con el médico.

Capítulo 12

Cassandra sintió que su corazón dejaba de latir, como si estuviera cayendo por un acantilado el miedo la invadió, no podía, su historia no podía terminar así, no cuando apenas se había dado la oportunidad de empezar, no cuando estaba decidida a todo; no sabía cómo enfrentar todo esto, no era tan fuerte, no estaba preparada para algo así, así que hizo lo único que se le ocurrió: correr.

Tomó la falda de su vestido entre sus manos levantándolo ligeramente y salió corriendo, en cuanto cruzó la puerta de la habitación cerró y se recostó en la pared, por suerte el pasillo estaba solitario, no se sentía lista para fingir la educación y elegancia, que se supone, debía tener la hija del duque de Windsor; era increíble, pero estaba obligada a comportarse como toda una dama incluso frente a los sirvientes, aunque seguro que en este momento lo que menos le interesaba a su padre era su comportamiento, tenía otro tipo de problemas graves. Se sentía perdida, como si estuviera en un cuerpo que no era el suyo, no sabía qué hacer, necesitaba ideas.

Su doncella apareció por el pasillo y con una carta entre sus manos.

—Milady, ¿se encuentra bien? —preguntó la mujer preocupada, la joven tenía un semblante pálido y parecía estar a punto de desmayarse, y ella no era de las que se enfermaban por cualquier cosa.

—Sí, me siento perfectamente —respondió ella duramente, nada podía hacerle olvidar que vivía entre enemigos, que incluso esa mujer que la ayudaba a vestirse todos los días y la acompañaba diariamente también era su enemigo,

aunque era agotador tener que fingir, pero llegaría el día en que todo cambiase. La mujer asintió y bajando la mirada recordó la carta.

—Llegó una carta para usted, milady. —Le tendió el papel y la joven rápidamente la notó, sintiendo cierta calma en el momento en que leyó el nombre de Elyse en esta.

“Lady Lowell, espero perdone mi imprudencia, pero requiero de su presencia en mi casa, me gustaría recibir sus consejos ya que mi hermano desea ofrecer un baile y es usted la joven con mayor elegancia y educación de todo Londres, quisiera pedir su ayuda.

Si es posible, la espero en mi casa hoy mismo.

Lady Elyse Cartler”.

La joven Lowell sintió esperanzas, el médico debía estar en casa de Elyse y entonces podría preguntarle cómo ayudar al duque; miró a la doncella.

—Tengo que salir, te queda completamente prohibido separarte de Lord Devonshire, no me interesa si la casa se te cae encima, ¿entendido? —La mujer abrió los ojos sorprendida y asustada, el comportamiento de la joven durante los últimos días no había sido a lo que estaba acostumbrada, la perfecta dama, complaciente y sumisa, había desaparecido.

—Pero, milady, ¿y si su padre demanda mi presencia? ¿Quién realizará mis funciones? No puedo, milady, pero si me permite, llamaré a otra persona para que cumpla con sus órdenes. —Estaba a punto de hacer una reverencia y retirarse, pero Cassandra la detuvo, para ser parte de la servidumbre era una mujer demasiado atrevida y estaba cansada de su comportamiento; si había decidido enfrentarse a su padre empezaría por ahí, por enseñarle a esa mujer cuál era su lugar en la casa.

—Acabo de darte una orden, ser la amante de mi padre no te servirá de nada, ya no, ciega no soy y estoy al tanto de todo lo que sucede en esta casa, aunque poco me interesa quien calienta la cama de mi padre, pero no olvide cuál es su posición en esta casa y cuál es la mía, acabo de darte una orden, y si

no quieres pagar las consecuencias por desobedecerme, será mejor que no me contradigas, además, ¿quién lo diría? El gran duque con una sirvienta, al parecer nunca aprenderá de sus errores. —La doncella sintió que se quedaba sin aire, se suponía que eso nadie debía saberlo, el duque le había advertido que nadie debía saberlo, y aunque es cierto que había personas que lo sabían y ella se había aprovechado de ello, una cosa era que lo supieran un par de sirvientes a que lo supiera la hija del señor, estaba perdida.

Ahora, después de tantos años, supo que esa información por fin le serviría; Cassandra, las noches en que solía sufrir de insomnio, caminaba silenciosamente por la casa disfrutando del silencio y la calma del lugar, pero fue durante uno de esos paseos, mientras caminaba como si de un fantasma se tratase, que durante varias noches, vio cómo su doncella entraba a la habitación de su padre, y aunque al principio no entendía la razón, durante una velada tuvo la oportunidad de escuchar a un par de mujeres hablando de sus noches de pasión, lo entendió.

—Como usted diga, milady —respondió simplemente, y luego de hacer una reverencia ingresó a la habitación donde descansaba el duque, para encontrarlo recostado en la cama mirando fijamente hacia la puerta, y aunque en cuanto entró su mirada se desenfocó y su comportamiento empezaba parecerle extraño, preferían pensar en ello, debía concentrarse en cumplir con su tarea.

Sintiéndose satisfecha, Cassandra dio media vuelta y caminó tan rápido como le fue posible sin llegar a tropezarse hasta el despacho de su padre, tocó ligeramente la puerta, pero lo único que recibió fue un gruñido, sin embargo, abrió la puerta y entró, sin sorprenderse al sentir el fuerte olor a alcohol.

—¡No quiero ver a nadie, largo! —gritó el duque furioso, no estaba de humor para escuchar a nadie, quería estar solo, no entendía cómo es que no entendían que quería estar solo; estaba dispuesto a echar a quien sea que se haya atrevido a molestarlo, pero al girar y encontrarse con su hija, se quedó de piedra, por alguna razón no pudo pronunciar palabra alguna, no entendía lo

que le sucedía, pero quería que se acabara.

—Lady Cartler me envió una carta en la que precisa mi presencia con urgencia, me gustaría ordenar que me preparen el carruaje y partir inmediatamente —dijo ella apenas entrando al lugar, no se atrevía ni a acercarse, prefería mantenerse a salvo lo suficientemente lejos de su padre, no quería correr riesgos, menos después de ver la botella de whiskey completamente vacía.

—Al parecer la decisión ya está tomada, no entiendo que haces aquí, creo que mi opinión no sería bien recibida y ya que no quiero ver a nadie, por mí puedes tomar un barco a América. —La joven tomó con fuerza el papel entre sus manos y asintió quitando su mirada del hombre que decía ser su padre, ni mirarlo era gratificante, por lo menos no tuvo que convencerlo.

—Puede que muy pronto me vaya lejos y se vea obligado a convivir con mi presencia y la solución está justo un piso más arriba, una solución rápida y sencilla —dijo ella usando la poca valentía que tenía, sabía que se estaba arriesgando demasiado, pero seguro que no había mucho más que perder y sí mucho que ganar.

—Jamás, olvídate de ello, prefiero soportarte toda una vida, ese hombre jamás será tu esposo, ¡entiéndelo! No caería tan bajo —dijo con desprecio; ella suspiró y asintió.

—Entonces será mejor que me retire. —Hizo un pequeño asentimiento con la cabeza y giró de vuelta a la puerta, estaba a punto de salir cuando el duque la detuvo.

—Esta es una guerra que no tienes posibilidades de ganar Cassandra, deberías entenderlo, y peor aún, no hay forma alguna de que todo esto termine bien para ti, no importa quién sea Nicholas Weasley, duque de Devonshire. — Se giró dándole la espalda, era lo único que tenía para decir.

Sin más que escuchar, Cassandra salió de esa habitación, no podía negarse a sí misma que estaba muriéndose de miedo y de nervios, no sabía cómo iba a terminar todo esto, pero rogaba al cielo que no fuera tan malo, no creía

merecer una vida llena de tristezas.

Rápidamente ordenó que le prepararan el carruaje y salió inmediatamente luego de pedir que le bajarán sus guantes, no se atrevía a ir por sí misma por miedo a encontrarse con Devonshire, ni siquiera se cambió el vestido por uno más apropiado para una visita; pidió a una de las sirvientas que la acompañara y subió al carruaje, tampoco era tan insensata como para ir sin acompañante.

¿Qué iba a hacer si la enfermedad del duque no tenía cura? Entonces jamás la recordaría, ni sus intenciones y puede que tampoco sus sentimientos, si es que alguna vez los tuvo, entonces ella estaría luchando en vano, porque simplemente no podría haber final, ni siquiera habría historia; en definitiva, las respuestas que pudiera darle el médico serían indispensables para su futuro, tampoco iba a arriesgarse innecesariamente, por su propio bien, debía proteger su corazón.

En cuanto llegó y bajó del carruaje, el mayordomo de la casa del marqués ya había sido informado de su visita y la llevó directamente a la habitación de su amiga, para encontrarla recostada y bien cubierta por las mantas.

—¿Te sientes enferma? No puede ser. ¡Debiste decírmelo! Tienes que preocuparte en cuidar de tu salud, que mala amiga soy, ¿ya llamaron al médico? —dijo rápidamente, se sentía preocupada, no pensó encontrarla recostada en cama, claro, no era ella la única que tenía problemas, sin embargo, se quedó sin palabras al escuchar la fuerte carcajada de la joven.

—No estoy enferma, Cassandra, cálmate, mi salud esta perfecta. —La joven rubia frunció el ceño confundida, no entendía lo que estaba sucediendo—. Tú necesitabas hablar con el médico, pues bien, la única forma que se me ocurrió para que Enrique no hiciera tantas preguntas a las que no tengo respuesta, fue hacerme pasar por enferma, y al parecer tengo buenos dotes de actriz porque aquí estoy, en cama, y seguro que el médico no tarda en llegar, no te preocupes, tengo todo un plan —explicó la joven Cartler dejando sin palabras a su reciente amiga; nunca se imaginó que llegaría a hacer algo así, no sabía si temerle o abrazarla y agradecerle, así que simplemente decidió confiar.

—Gracias, de verdad que no tengo idea de dónde sacas tantas ideas, pero te lo agradezco, sin ti no sabría qué hacer, seguro que yo no podría haber pensado en algo así. —Elyse se movió hacia un lado dejando un pequeño espacio a su lado y palmeó suavemente la cama, Cassandra asintió y juntó sus manos sobre su regazo.

—No tienes nada que agradecerme, pero ¿me contarás lo que sucede? Parece ser realmente grave, estás alterada. —Su compañera estaba a punto de responder, decidida a contarle toda la verdad, tal vez a Elyse se le podían ocurrir un par de ideas que la ayudasen, pero el toque en la puerta las interrumpió—. Adelante —dijo fuerte, y Cassandra se levantó de la cama rápidamente posicionándose cerca de esta.

—Lady Elyse, me ha dicho su hermano que se siente mal, dígame, ¿qué siente? —preguntó el médico entrando a la habitación—. Oh, Lady Lowell, si me permite, debo examinar a Lady Cartler a solas —dijo en cuanto se percató de su presencia; ella lanzó una mirada de preocupación a Elyse, si salía de la habitación no podría hacerle un par de preguntas al médico.

—Doctor, si me permite, me siento mucho más tranquila con Lady Lowell presente, la verdad es que tengo mucho miedo, me siento realmente mal, pero Lady Lowell me ha acompañado y cuidado con tanto esmero que no quiero separarme de ella. —El doctor miró con desconfianza a ambas mujeres, pero al final accedió, aunque no estaba acostumbrado a este tipo de situación lo importante era atender a la joven; su hermano había dejado más que claro que a ella no podía sucederle nada, debía recuperarse y volver a ser la misma de antes, y él no tenía ningún interés en enfrentar las consecuencias del descontento del marqués.

Cuando el doctor empezó a revisar a la joven luego de escuchar sus supuestas dolencias, hasta Cassandra se hubiera preocupado al escuchar aquello sino fuera por su revelación, pero cuando ella empezó a hacer extrañas caras señalando al médico supo que era el momento de intervenir.

—Dígame, doctor, ¿cómo se encuentra Lady Cartler? —preguntó ella

visiblemente nerviosa, aunque por suerte, el hombre atribuyó su comportamiento al miedo por la salud de su amiga.

—Todo parece ser un simple resfriado, no creo que sea algo realmente grave, con un poco de descanso y un poco de láudano para descansar el cuerpo y ayudarla a dormir será más que suficiente —dijo él tranquilamente mientras empezaba a recoger de nuevo todos sus utensilios.

—No sabe cómo me alegra saberlo, doctor, pero ¿podría hacerle una pregunta un poco salida del tema? —Él asintió distraídamente—. Si una persona sufre un fuerte golpe en la cabeza y al despertar no recuerda absolutamente nada, ¿puede considerarse una enfermedad? ¿Es de preocuparse? ¿Tiene alguna cura? —El hombre detuvo lo que estaba haciendo y miró a la joven con el ceño fruncido verdaderamente extrañado, jamás le habían preguntado nada parecido, era la pregunta más extraña que le habían hecho.

—¿Hay alguna razón en especial para que me haga esa pregunta, Lady Lowell? ¿Acaso conoce a alguien que sufrió un accidente así? Porque deberá entender que no es una pregunta que haría cualquier dama de su posición —preguntó realmente curioso por la respuesta.

—Entiendo que le parezca extraño, pero es pura curiosidad, y no, claro que no, es solo que escuché de un caso parecido y me surgió la duda, esperaba que usted tuviera respuestas a mis preguntas, me gustaría estar lista para todo tipo de situación que pueda surgir en cuanto me case. —Al médico le pareció extraño, pero terminó restándole importancia, no quería ni saber en dónde había escuchado tal cosa, pero la familia de la joven era una de las familias más respetables de Londres, seguro que no podía tener ninguna razón para preocuparse.

—Bueno, Lady Lowell, son casos difíciles de tratar, no hay muchos recursos para atender a ese tipo de situaciones, sin embargo, yo solo podría aconsejarle atención médica inmediata y mucho descanso, puede que sea un simple hinchazón, como le digo, lo mejor es revisión médica. —Cassandra tuvo

miedo de seguir preguntando, pero por Nicholas y por ella misma debía hacerlo, se debían un futuro juntos, su padre no podía separarlos, no así, no sin darles la oportunidad de luchar.

—¿Y se le pueden hacer preguntas o contarle algo acerca de su vida? —preguntó temerosa aumentando la curiosidad del médico; Elyse notó la extraña mirada del médico y decidió intervenir, ya luego su amiga tendría que darle muchas explicaciones.

—¡Cassandra! Eso mismo iba a preguntar yo, porque la verdad me gustaría ayudar a todo el que lo necesite y me gustaría estar preparada para atender todo tipo de situaciones, incluso una así. —Miró al doctor con una hermosa sonrisa dejándolo sin opciones, solo podía responder a las dudas de las jóvenes.

—Es difícil saber si algo así puede funcionar, pero puede ser una buena opción, no sabría que más decirle, milady. —La joven Lowell asintió y bajó la mirada; el doctor la miró temeroso. ¿Habría algo de qué preocuparse? Esperaba que su curiosidad fuera eso, simple curiosidad.

—¿Alguna recomendación, doctor? —preguntó Elyse intentado que la atención vuelva a ella, lo cual logró, pues el doctor empezó a darle un par de recomendaciones para recuperar su salud, pero en cuanto el hombre se retiró, Cassandra lo hizo tras él.

—Lo lamento, Elyse, pero no puedo quedarme, prometo explicarte todo, pero no es el momento. —Salió de la habitación y luego de llamar a su doncella subió rápidamente al carruaje ordenando que la llevaran a casa tan rápido como fuera posible, se recostó en la silla y cerrando sus ojos rezó, tenía una última esperanza y estaba decidida a utilizarla.

En cuanto llegó a casa, sin esperar que le abrieran la puerta, bajo rápidamente del carruaje y subió corriendo a la habitación asignada al Nicholas, no tenía la intención ni el tiempo de saludar a su padre; en cuanto subió se encontró con su doncella saliendo de su habitación.

—¿Cómo está el duque? ¿Ha tenido algún cambio? —preguntó directamente

en cuanto estuvo cerca de ella, necesitaba un poco de fuerza para hacer lo que venía a hacer, y solo esa respuesta podía ayudarla.

—No, milady, Lord Devonshire pasó casi todo el rato que usted estuvo fuera descansando en su cama, luego estuvo caminando por la habitación y tomó un poco de sopa que la cocinera preparó especialmente para él, iba a prepararle un baño si usted me lo permite. —Cassandra negó con la cabeza.

—Voy a atender su herida primero y cuanto esté listo pido el baño. —Su doncella asintió y haciendo una reverencia se retiró; la joven caminó hasta la puerta a paso lento intentando no dejarse vencer por el miedo, tocó ligeramente la puerta y solo hasta que escuchó un ligero “pase” no se atrevió a tocar la madera. Tomó una gran bocanada de aire y entró a la habitación, él estaba frente a una de las ventanas observando atentamente el paisaje, pero en cuanto ella entró, dejó la ventana y caminó hacia ella.

Cassandra entró cerrando la puerta tras de sí, él parecía estar mucho mejor, su piel tenía un tono rosa y parecía tener la fuerza suficiente para mantenerse en pie, debía ser buena señal, pero al tener en frente no supo cómo empezar el tema que debían tratar, solo quería hacerle un par de preguntas, necesitaba saber a qué se enfrentaba y solo así podía lograrlo.

Sin embargo, cuando estuvo a punto de hablar, él la interrumpió.

—Mi bello ángel, hasta que por fin estamos a solas, mi hermosa dama —dijo acercándose a ella y tomándola de la cintura dejándola sin palabras, seguro que acababa de volverse loca. ¿Acaso él no estaba enfermo?

Capítulo 13

Nicholas estaba feliz, dichoso, había esperado este momento durante todo el día, puede que incluso desde el primer momento en que la vio, pero por fin la tenía entre sus brazos, poder abrazarla, sentir la dulzura de su olor, la suavidad de su piel, tener esos tentadores labios así, cerca, seguro que estaba en el paraíso, nunca pudo tener una mejor idea.

—Espera, espera, no estoy entendiendo nada —dijo Cassandra saliendo de la estupefacción y alejándose de él, aquí tenía que haber un error, solo eso podría explicar lo que estaba sucediendo, es decir, él estaba en cama, enfermo, no recordaba nada. ¿Se estaría volviendo loca? ¿Habría sido su deseo de verlo de pie y con esa arrebatadora sonrisa lo que estaba haciéndole ver lo que no era?

—Soy yo, Cassandra, mírame, no sabes cuánto deseaba poder abrazarte, pero tenía que asegurarme de que fuera seguro hacerlo, no pueden descubrirnos o se nos dañará el plan, pero no tienes nada de qué preocuparte, amor, solo necesito que me digas que me amas tanto como yo a ti y te juro que de esta casa salimos casados, serás mi duquesa, mi mujer, la dueña de mi corazón, pero necesito que lo digas —dijo él, hacía mucho que había querido hacer tal cosa, estaba completamente loco por esa mujer y ya era hora de aceptarlo, porque de su respuesta dependía su futuro y si estaban dispuestos a seguir con toda esta locura, pero soñaba con despertar junto a su ángel por el resto de sus días y no eran de los que se daban por vencidos con facilidad.

—Pero, pero tú estabas enfermo, mi padre te golpeó en la cabeza y no recordabas nada, no me recordabas, no sabías quién era yo, no estoy entendiendo nada, por favor, explícame lo que sucede, y te lo agradecería mucho si empiezas por la discusión que tuviste con mi padre, pero necesito entender o creo que me volveré loca y tendrán que encerrarme en Bletham — respondió ella confundida; su cabeza le daba mil vueltas intentando entender lo que sucedía, pero nada, no se le ocurría absolutamente nada.

Nicholas soltó una carcajada, tomó su mano y la llevó hasta la cama, se sentaron juntos al borde de esta, pero él se giró ligeramente para tener una mejor vista de su ángel.

—De lo único que enloquecerás será de amor, sé que estás un poco confundida, pero déjame explicarte. —Suspiró, Cassandra se giró hacia él y el duque aprovechó el momento para subir su mano y acariciar su mejilla —.Estaba completamente decidido a venir a tu casa y convencer a tu padre de concederme tu mano en matrimonio, pero en cuanto llegué y escuché a tu padre entendí que no sería tan sencillo como me habría gustado, sin embargo, no estaba dispuesto a darme por vencido, así que luego de discutir con él iba subiendo las escaleras dispuesto a encontrarte y llevarte conmigo, alejarte de ese hombre y convertirte en la mujer más dichosa del mundo, pero luego sentí un fuerte golpe en mi cabeza y todo se volvió negro. —La joven asintió con la cabeza intentando simular tranquilidad, pero después de semejante confesión era casi misión imposible. ¡Acababa de decirle que la amaba, que estaba dispuesto a todo por ella! Con esas palabras, ¿qué mujer no se enloquecería de amor? Sin embargo, se vio en la obligación de respirar profundo y seguir escuchando.

—Sí, hasta esa parte lo entiendo, pero ¿qué sucedió después? ¿Cómo es que...? ¡Tú no recordabas nada! —exclamó asustada, estaba a punto de volverse loca. Nicholas sonrió ligeramente dejando atrás esa horrible sensación al ver que ella no decía nada sobre los sentimientos que acababa de confesar, pero debía entenderla, todo esto era demasiado extraño.

—Al despertar noté que estaba en tu casa, tenía que estarlo, no recordaba tener una habitación así en mi casa, y recordé que en algún momento, durante uno de mis viajes a la india, había escuchado que un hombre no recordaba absolutamente nada luego de recibir un golpe fuerte golpe en la cabeza, aunque debo admitir que no sé cómo lo atendieron, pero preferí correr el riesgo, no tienes nada de qué preocuparte, todo es parte de un plan. —Ella lo miró intentando detener las terribles ganas de acabarlo a golpes que empezaron a crecer en ella, aunque claro, seguro que no podría hacerle mayor daño, pero eso no hacía que dejara de estar furiosa. Se levantó de un salto y empezó a caminar de un lado a otro.

—Debe ser una broma. ¡Tiene que serlo! ¿Lo que me quieres decir es que casi muero de los nervios innecesariamente? ¿Sabes lo que sentí al ver que no me recordabas? ¡Me sentía morir! Y ahora solo vienes a decirme que todo esto era un plan. ¡Un plan! ¿Cómo es que no me lo dijiste? ¡Eres de lo peor! —exclamó furiosa lanzándose sobre él obligándolo a recostarse en la cama, intentó golpearlo con toda la fuerza que pudiera encontrar, pero en cuanto cayó sobre su pecho, Nicholas la abrazó tan fuerte que le fue imposible mover sus brazos, no sabía en qué momento había empezado a llorar, pero ahora estaba acurrucada entre los brazos del duque llorando amargamente mientras él acariciaba su espalda de arriba abajo.

—Cálmate, amor mío, yo sé que por mi culpa pasaste muy malos momentos, te entiendo, pero era por una buena razón, estoy perfectamente, mi ángel, todo lo que hago es por ti, por favor no llores que me partes el corazón. —Ella levantó ligeramente su cabeza mirando hacia arriba para encontrarse con los ojos del duque, sus rostros estaban considerablemente cerca, sus cuerpos completamente unidos el uno al otro, se sentía tan cómoda ahí que se juró nunca permitir que los separaran, su futuro era juntos.

—Tenía mucho miedo de que nunca me recordarás, de que por mi culpa perdieras todo por lo que tanto tuviste que luchar, si enfermabas perderías tu título, tu fortuna, todas tus inversiones, y todo por mi culpa, mi padre no debió

hacer algo así; no es justo que hicieras todo esto, estuviste a punto de matarme de los nervios, de verdad espero que valiera la pena. —Nicholas acarició sus labios silenciándola, giró sobre la cama dejándola a ella debajo él, se moría por besarla.

—Ya no pienses en ello, ya no importa, no estoy enfermo, por supuesto que te recuerdo, jamás podría olvidarme de ti y no, no perderé ni mi título ni mi fortuna ni nada, al contrario, solo ganaré, te ganaré a ti. —Cassandra sentía un extraño cosquilleo en su vientre al tenerlo tan cerca, las lágrimas habían desaparecido por completo, ahí estaba él, ya no había porqué llorar; nunca había pasado por nada parecido, jamás había estado tan cerca de un hombre, pero decidió dejarse llevar por su instinto de mujer, así que levantó su mano y tímidamente empezó a acariciar el rostro y el cuello de su caballero, dejándolo sin respiración.

—¿Y qué plan es el que tienes en mente? —preguntó emocionada, si el propósito era tener un futuro juntos pues ella pensaba poner todo de su parte para ayudarlo y lograrlo, no creía poder estar con otro hombre por el resto de su vida, además que él se atreviera a todo esto solo por ella la emocionaba aún más.

—Bueno, debo admitir que no tengo todo un plan perfectamente pensado, decidí fingir que no recordaba nada porque eso me permitiría quedarme en tu casa un par de noches mientras pensaba un poco mejor la situación, pero es lo único que tengo planeado, el resto supongo que surgirá con el tiempo. —Ella soltó una carcajada, de verdad esperaba un plan maravilloso que los ayudara, pero resulta que él apenas sí tenía una pequeña y vaga idea del comienzo, de lo que pudiera convertirse, un problema aún mayor.

—Debo decir que eso ni siquiera puede considerarse un plan, de verdad que no pensaste bien toda la situación, pero no importa. —Suspiró, tal vez sentía algo de tristeza o desilusión con su no existente plan sino fuera porque el solo hecho de saber que él estaba perfecto de salud, que la miraba con tanto amor, que sus caricias eran tan encantadoras que solo quería disfrutar del momento,

ya tendría tiempo de pensar en el resto.

—El resto no importa, Cassandra, no importa mientras exista amor entre tú y yo, pero tú no me has dicho nada, no sé si sientes lo mismo o si tengo alguna esperanza contigo, necesito oír que de tus labios salgan las palabras que quiero escuchar —dijo Nicholas tan sincero como pudo, era este el momento indicado para poner todas sus cartas sobre la mesa, esa tarde serían sinceros el uno con el otro y juntos elegirían su futuro.

Ella tomó el rostro de su caballero entre ambas manos y acarició ligeramente su mentón, si lo que necesitaba era que lo dijera pues se lo diría todos los días que le quedaban de vida.

—No te lo he dicho porque pensé que era algo más que evidente, pero si quieres oírlo no tendré ningún problema en cumplir tu deseo. —Sonrió—. Te amo, Nicholas Weasley, te amo con todo mi corazón, eres el único hombre con el que puedo pensar en un futuro, el único que existe para mí, no me interesa tu título o tu fortuna, simplemente te amo a ti —confesó ella completamente perdida en los ojos de su amado, aún no creía haberse enamorado de ese hombre, el único que estaba prohibido para ella, pero nadie podía mandar sobre los sentimientos de su corazón.

—Oh, mi bello ángel, amor mío. —Nicholas sintió unas terribles ganas de besarla, pero no se atrevió, no era el momento ni el lugar, alguien podía entrar y descubrirlos, además que una vez pusiera sus labios sobre los de ella temía no poder alejarlos, todo esto era demasiado hermoso para ser verdad, pero ya tendrían tiempo de vivir su amor, solo necesitaban un poco más de paciencia.

—Pero debo confesar que tengo miedo —dijo ella de repente—, no creo poder fingir que aún estás enfermo, no soy buena mintiendo, además, todo esto es demasiado peligroso, si mi padre se llega a enterar seguro que me envía a un convento y no te volvería a ver nunca más, a mí, este muy mal planeado plan no me parece buena idea, será mejor que simules que te recuperas y luego vuelvas a tu casa, ya podremos pensar en otra opción para poder estar juntos, pero no es esta —admitió, era algo que no podía dejar de pensar ahora que

pensaba bien la situación, porque ella sería la mujer más feliz del mundo si se casaran esa misma tarde, pero tenían que pensar bien la situación, pensar en un verdadero plan.

—¿Por qué piensas en ello? No, no tengas miedo, no tienes porqué, yo me encargaré de todo y todo saldrá bien, le vamos a enseñar a tu padre lo que es el amor, que a ti y a mí nadie nos separará. —La joven negó con la cabeza, todo esto era demasiado para un solo día.

—No, Nicholas, es que no entiendes, debemos... —El duque la silenció apoyando uno de sus dedos sobre los labios de ella, intentando no pensar en que ella por primera vez lo había llamado por su nombre de pila.

—Arriésgate, Cassandra, arriésgate conmigo, no tengas miedo, no pienses en nada más que no seamos nosotros dos, se valiente, amor mío, yo no puedo librar con esta batalla solo, eres tú quien me da la fuerza, sin ti no puedo hacer nada.

—Sí, estoy dispuesta a todo, esta guerra la ganaremos con amor —respondió ella inmediatamente sin detenerse a pensar en nada, no quería pensar en nada, no quería llenarse de miedo y de preguntas a las que no tenía respuesta, solo debía pensar en su amor, era lo único que importaba.

Devonshire no lo soportó más, necesitaba besarla o enloquecería, debía hacerlo, así que empezó a bajar lentamente sus labios sin dejar de ver los de ella, Cassandra notó su intención, pero no le importó, a pesar de los terribles nervios que sentía esperaba ansiosa aquel beso; sin embargo, cuando sus labios apenas se rosaban tocaron la puerta sobresaltándolos, Nicholas se levantó tan rápido como le fue posible y tomándola de la cintura la levantó a ella también, él se acomodó rápidamente sobre la cama cubriéndose con la sábana mientras que ella arregló su vestido y peinado, se sentó en la silla cerca de la cama dispuesta para estar pendiente del duque y juntó ligeramente sus manos volviendo a ser la perfecta dama.

—Adelante. —Su doncella apareció por la puerta lanzándole una rápida mirada al duque que parecía dormido y volvió a mirar a la joven.

—Milady, su padre desea verla, a usted y a Lord Devonshire, dice que la espera en su despacho. —Cassandra asintió haciendo uso de todo su autocontrol.

—Ya mismo bajo a ver a mi padre, pero bajaré sola, Lord Devonshire descansa; prepara un baño para el duque, seguro que le ayudará a sentirse mejor, y quédate a cuidarlo, está terminantemente prohibido alejarte de él, ¿entendido? —Cassandra se levantó de su silla en cuanto la doncella asintió y tomó su lugar.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí, se detuvo un momento para respirar profundo antes de seguir su camino, bajó las escaleras lentamente mientras ganaba valentía y tranquilidad, pero en cuanto se detuvo frente a la puerta del despacho sintió morir; no, tenía que ser valiente.

Tocó ligeramente la puerta y la respuesta no se demoró en llegar.

—Padre, ¿quería verme? —dijo entrando al despacho, aún podía sentir el leve olor a alcohol en la habitación; pero agachando su cabeza y juntando sus manos, enderezó su espalda colocando su mejor postura, no era el momento de parecer valiente, estaba demasiado nerviosa para intentar siquiera simular valentía.

—No anunciaste tu llegada de la visita a Lady Cartler, pero bueno, ¿dónde está Devonshire? Creí que ya había despertado —dijo el duque, intentando mantenerse en pie, debía admitir que el whiskey empezaba a afectarlo, pero debía enfrentar esta situación, era ahora o no sería nunca, además, puede que en un par de horas, tenga la mente completamente nublada.

—Así es, pero Lord Devonshire se encuentra descansando en este momento, y lamento no haber anunciado mi llegada, estaba cansada y deseaba estar en mi habitación. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero que me digas la verdad, ¿hay alguna esperanza de que el duque se recupere? No pienso tomarme la molestia de cargar con un hombre enfermo como lo está él, quiero que me hables con la verdad, no como una estúpida mujer enamorada. —Ella levantó su rostro asustada; no, tenía que haber oído

mal, ¿acaso su padre tenía planeado asesinar a Nicholas si él no se recuperaba? Que Dios la ayude.

—¿A qué se refiere padre? Creo que no lo estoy entendiendo, ¿podría explicarlo? —susurró temerosa; el duque soltó un gruñido y tomó asiento en la silla frente a su escritorio.

—Mujeres. —dijo con desprecio—. Es muy sencillo, Cassandra, si el duque no tiene esperanzas bien podría arreglar para subirlo a un barco disimuladamente. ¿A dónde? No me importaría, simplemente me aseguraría de que desapareciera, no pienso hacerme cargo de un hombre así. —Ella abrió sus ojos temerosa, era mentira, tenía que serlo.

—¿Cómo puede hacer algo así cuando es usted el culpable de su situación actual? ¡Fue usted quien lanzó el plato! No puede estar hablando en serio. —Su padre al escucharla se puso furioso, se levantó y en tres grandes zancadas llegó hasta ella con su mano en alto, listo para golpearla, pero en cuanto vio como ella, en vez de cubrirse o encogerse para evitar su golpe, se enderezó y elevó su mentón orgullosa, no pudo, debía admitir, que a pesar de ser mujer, su hija era su viva imagen.

—No pedí opiniones, jamás pediría la de una mujer, mucho menos la tuya, te hice una pregunta y quiero una respuesta —dijo bajando su mano, dejándola sin habla ante su comportamiento, nunca se imaginó que algo así podría suceder, su padre no era de los que dudaban; sacudió su cabeza saliendo de la estupefacción, debía concentrarse en otros temas, considerablemente más importantes.

—En ese caso debería preguntarle al médico, lo cual sería una grandiosa idea, hace mucho que debió llamar al médico para que atendiera a lord Devonshire, yo no tengo respuesta para su pregunta, ahora, si me disculpa, deseo retirarme. —Estaba a punto de hacer una reverencia y correr a su habitación cuando su padre la tomó del brazo, la llevó hasta el otro extremo del despacho y la obligó a sentarse en uno de los pocos sofás que habían en el lugar.

—Agotas mi paciencia, te hice una pregunta y quiero una respuesta, pero ten por seguro que si tú no me la das, la conseguiré por mi cuenta. —Su mirada era aterradora, intentaba intimidarla, pero ella no se dejó amedrentar, así que cansado, le dio la espalda y volvió de nuevo a su escritorio.

Cassandra se levantó rápidamente y corrió a la puerta.

—Que tenga buena noche, padre —susurró al llegar a la puerta, necesitaba volver a su habitación, pensar, y tal vez comer algo, durante el día había estado tan ocupada que había olvidado comer, pero no era el momento de volver a visitar a Nicholas, de eso estaba segura.

—En cuanto hable con él yo mismo tomaré la decisión, si no veo cambio alguno en su salud o al menos una pequeña esperanza de mejora, despídete, porque juro que no lo volverás a ver, aunque pensándolo mejor, despídete de una buena vez, nunca más lo veras, es hora de que seas la dama por la que pagué la mejor educación y consigas un buen esposo, porque tu tiempo se acaba y ya tengo el pretendiente perfecto. —Ella no se detuvo a mirarlo y mucho menos a responderle.

Salió prácticamente corriendo y se encerró en su habitación, se quitó su ropa tan pronto como le fue posible hasta quedar con un simple camisón, corrió a su cama y se acurrucó bajo las cobijas, ya inventaría una excusa creíble para no bajar a cenar y pedir que le suban la comida. ¿Qué pasaría si Nicholas siguiera fingiendo y su padre decidiese subirlo en barco rumbo a tierras desconocidas? Pero entonces, si se recuperaba, él volvería a su casa y ella a los bailes, su padre la obligaría a bailar con todos los caballeros posibles con un muy bien fingido placer mientras su destino era marcado.

¿Era este otro obstáculo que debían superar para merecer felicidad por el resto de sus días? ¿Qué debía hacer? El plan de Nicholas era demasiado peligroso al igual que el de su padre. ¡Él podía terminar en un barco! Que Dios la ayude porque no tenía ni idea de lo que debía hacer ahora.

Capítulo 14

En mitad de la noche un fuerte ruido sobresaltó a la joven, llevaba horas intentando dormir, pero lo único que había logrado era dar miles de vueltas en la cama, prácticamente había llorado hasta que no le quedaran lágrimas y ahora lo único que deseaba era descansar, pero al parecer su cuerpo tenía una idea distinta.

Abrió los ojos alarmada y tomó las cobijas con mayor fuerza subiéndolas hasta su mentón cubriendo absolutamente todo su cuerpo y apretándolas con fuerza contra sí, como intentando fundirse y ocultarse. ¿Qué si algún ladrón o maleante había entrado? Seguro que su padre ya debía estar a punto de caerse de la borrachera, hacía horas que no sabía nada de su hermano y Nicholas no podía salir de su habitación o corrían el riesgo de descubrirlo, tenía miedo, mucho miedo.

Cerró sus ojos con fuerza intentando no pensar en lo que sucedía en el exterior de su habitación, cuando de pronto, la puerta de su habitación se abrió y se cerró tan rápido que apenas si llegó a notarlo, habían entrado, fuera quien fuera había entrado a su habitación, pero no era de las que se ocultaban y huían como la mujer sensata que debería ser, así que dispuesta a enfrentar a quien sea que se había atrevido a entrar a su habitación, se giró con fuerza, pero un fuerte peso cayó sobre ella impidiendo sus movimientos.

Tomó aire dispuesta a gritar para pedir ayuda, pero la mano de su asaltante rápidamente subió y cubrió su boca, acallando no solo su única posibilidad de

ser salvada sino también sus pensamientos, porque por alguna razón, su cabeza dejó de funcionar, dejó de buscar una forma de ponerse a salvo, tal vez se había resignado a morir a manos de un maleante.

No se había atrevido a abrir los ojos hasta que su atacante se inclinó sobre ella, alcanzó su oído y le habló en susurros.

—No grites, amor mío, jamás te dañarías, mucho menos permitiría que alguien te lastime, siempre que esté cerca estarás a salvo y no me pienso alejar de ti. —Abrió sus ojos sorprendida y su cuerpo se relajó por completo, el duque liberó su cuerpo sentándose a su lado y le sonrió; Cassandra se sentó de golpe y lo fulminó con la mirada.

—¡Cómo se te ocurre hacer algo así! —gritó furiosa, pero él, alarmado, rápidamente puso un dedo sobre sus labios para silenciar sus quejas.

—No grites o alguien puede descubrirnos, y no queremos que algo así suceda. —Ella miró hacia su puerta y suspiró, él tenía razón, si llegaran a descubrirlos seguro que ahí sí terminaba en un convento.

—No debiste haber venido a mi habitación, alguien pudo haberte visto. ¿Por qué viniste? Debiste esperar a mañana, pensaba pasar a verte en la mañana —dijo, esta vez, con un tono mucho más bajo, acomodándose a su lado al recostar su espalda en la cabecera de la cama, pero él la abrazó por los hombros llevándola a recostarse sobre su pecho, y Cassandra, claramente nerviosa, puso su mano justo donde se podían sentir los fuertes latidos de su corazón.

—Perdóname, sé que no debí venir, pero es que escuché cuando una de las sirvientas le decía a tu doncella que no habías bajado a cenar, que te habías encerrado en tu habitación luego de la discusión con tu padre, así que tenía que verte, tenía miedo de que tu padre te hubiera lastimado, debía comprobar que estuvieras perfecta. —La apretó contra su cuerpo y acarició suavemente su cabello y espalda—. ¿Estás bien, mi ángel? Porque si ese hombre se atrevió a dañar te juro que soy capaz de matarlo. —Ella negó con la cabeza.

—No, no digas esas cosas, por favor, podrías terminar en la horca, además,

no me hizo nada, solo... solo me contó sus planes, no llegó a lastimarme, pero —se enderezó alejándose del pecho de su caballero y lo miró preocupada, era el momento de decírselo— mi padre me dijo que si no recuperabas tus recuerdos pronto te enviaría lejos, que no iba a cargar con un hombre por el que no había esperanza, simplemente se encargaría de desaparecerte y se acabaría el problema, Nicholas, todo el mundo pensaría que desapareciste y solo Dios sabe que te haría mi padre, te dije que todo esto era muy peligroso, es mejor terminar esta estupidez de una buena vez, vuelve a tu casa. — Nicholas se quedó en silencio por varios minutos, cuando hizo todo esto nunca pensó en las consecuencias, mucho menos al correr a su habitación, lo único que sabía era que quería estar a su lado, pero no midió sus actos, ahora debía buscar una solución a todo esto, no quería preocuparla y mucho menos asustarla.

—No, no podemos darnos por vencidos ahora que estamos cerca de lograrlo, sé que te asusta, pero todo va a estar bien, ya verás que tú y yo envejeceremos juntos. — Furiosa, Cassandra se levantó de la cama y empezó a caminar de un lado a otro sin llegar a mirarlo, aún no podía creer que estuviera escuchando eso.

—¿Es que no eres consciente del peligro que corres? No puedes estar hablando en serio, no me estoy rindiendo, quiero luchar por esto, por ser tu esposa, porque seas mi esposo, estoy dispuesta a todo desde el mismo instante en que me dijiste “arriésgate”, haría lo que fuera por ti, todo esto no significa que me rinda, lo que quiero es poder tenerte cerca y así tener oportunidades. ¿De que servirá si mi padre te envía lejos? Esto... — Nicholas se levantó rápidamente de la cama y fue hasta ella, silenciando sus palabras, la abrazó, intentando detener también los pensamientos de su dama.

—Cálmate, confía un poco más en mí. ¿Cómo puedes pensar que permitiré que me alejen de ti así de fácil? Eso no pasará. — Los ojos de Cassandra se cristalizaron empezando a humedecer sus mejillas, tenía miedo aunque no quisiera aceptarlo, se había enamorado, estaba perdida e irremediablemente

enamorada de Nicholas Weasley, y ahora no podía perderlo.

—Te amo, Nicholas, te amo con todas las fuerzas de mi corazón, no me pidas que me calme cuando la posibilidad de perderte está latente.

—Ya me encargaré yo de tu padre, eres mi ángel y te amo, te amo como a nadie, la sola idea de tener un futuro sin ti me abruma, me enloquece, no podría casarme con nadie más. —Tomó su rostro entre sus manos, secó sus mejillas delicadamente y acarició sus labios.

—Bésame —susurró tímidamente ella casi sin voz al ver en sus ojos esa pasión, ese deseo, ese amor que ella misma sentía, necesitaba sentirlo cerca, saber que él nunca se iría, que nada ni nadie podría separarlos. Aunque se suponía que no estaba bien, que ella era una dama y jamás debía pedir ese tipo de cosas o incluso hacerlas sin estar casados, hacía mucho que habían roto todas y cada una de las reglas de protocolo, poco importaba una más, hacía mucho que había dejado de pensar en lo que era correcto y lo que no, ahora lo único que importaba era su felicidad, su vida junto al hombre que amaba.

Nicholas sonrió y obedeció, aunque no estaban casados, ya podía llamarse esclavo de su mujer, no había nada que no hiciera por ella, estaba ahí para cumplir todos sus sueños y deseos, para hacerla feliz y amarla como ningún hombre había sido capaz de amar a una mujer.

Enrolló sus manos en su femenina cintura acercando sus cuerpos hasta más no poder, acarició delicadamente su rostro a medida que la besaba lenta y cariñosamente, con todo el amor que albergaba en su cuerpo, mientras ella subía sus brazos tímidamente y acariciaba el masculino cuello y el principio de su cabello, intentando imitar sus movimientos y seguir su ritmo, sin embargo, no era sencillo, pues mientras él era un hombre experimentado y apasionado, ella solo intentaba dejarse llevar por las sensaciones que atravesaban su cuerpo rogando al cielo no equivocarse ser merecedora de sus atenciones y poder devolvérselas con igual fervor.

En algún momento, el beso empezó a ser más apasionado, el duque movía sus manos a lo largo de su espalda hasta llegar a su cadera, pero sin llegar a

tocar nada más, mientras que ella, nerviosa, pegaba su cuerpo al de él y movía sus manos con movimientos tímidos a lo largo de sus musculosos brazos.

—No tenemos por qué hacerlo, puedo esperar por ti el tiempo que sea necesario, no quiero que te sientas obligada a hacer algo que no desees, no hay presiones, aún tenemos toda la vida —susurró él entre beso y beso, pero sin alejar sus manos de su cuerpo, necesitaba saber que ella también lo deseaba tanto como él.

—Estoy segura, más que segura, no necesito más tiempo para saber que eres el hombre indicado, el amor de mi vida, mi felicidad —le respondió ella, bajando lentamente sus manos por el pecho de Nicholas; él solo llevaba una camisa blanca con unos pantalones café, mientras que ella, su simple y sencillo camisón, era poca la ropa que los separaba y mucho el amor que morían por mostrar.

Sin embargo, cuando Nicholas desató el cordón de su camisón, tocaron la puerta sobresaltándolos y se separaron inmediatamente.

—Milady, milady, ¿se encuentra despierta? Es urgente, milady —gritaban al otro lado de la puerta esperando ser atendidos.

Cassandra rápidamente se alejó del duque, tomó su bata y se la puso.

—Escóndete en el armario —le susurró acercándose, pero cuando estaba por correr a la puerta, Nicholas la tomó del brazo deteniéndola y llevándola de nuevo contra su pecho, sonrió de esa forma que solo él sabía y dejó un tierno y largo beso sobre sus labios.

—Como ordene, milady. —Sonrió y corrió hasta el armario para esconderse en él, dejándola con una estúpida sonrisa en sus labios y un corazón acelerado golpeando su pecho con fuerza. Pero los golpes a la puerta no se detenían, así que sacudió su cabeza, puso su mejor cara de dormida y corrió a la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó abriendo y raspando sus ojos ligeramente.

—Milady, sucedió algo terrible. —Su corazón se detuvo, asustado, ante el nerviosismo de su doncella.

—¿Pero qué es? ¡Habla ya! —dijo desesperada.

—Es su excelencia, lord Devonshire, fui a llevarle un vaso con agua, como siempre lo hago antes de irme a dormir por si llega a darle sed, pero cuando entré en la habitación él ya no estaba, he estado buscándolo por toda la casa, pero no aparece, milady; le ruego que me disculpe, le aseguro que lo he cuidado tal como usted ordenó —dijo la doncella rápidamente explicando lo sucedido, esperando no ser juzgada por un pecado que no cometió, pues no era su culpa que el duque saliera de su habitación sin compañía.

—No se preocupe, despierte a todo el personal y que lo busquen inmediatamente —respondió la hija del duque dejándola sin aire—. Mientras, me pondré algo más decente para poder salir. —Cassandra cerró la puerta y corrió al armario—. ¿Acabas de escuchar eso? —le preguntó a Nicholas en cuanto abrió la puerta del armario.

—Sí —dijo él asintiendo con su cabeza, sin embargo, parecía terriblemente tranquilo.

—¿Es que no eres consciente de lo que sucede? ¡Te están buscando! Pueden encontrarte en mi habitación y ahí sí vamos a tener muchos problemas. ¿Qué vamos a hacer? —dijo ella tan rápido que Nicholas casi que no entendió sus palabras, sin embargo, simplemente sonrió, dejándola aún más preocupada; salió del armario, tomó su rostro entre sus manos y dejó un rápido beso en sus labios

—Volveré por ti, Cassandra, y más te vale estar lista, porque no estoy dispuesto a esperar más tiempo; cuando venga por ti será para llevarte lejos, para convertirte en mi esposa, en mi mujer, en mi duquesa, y acabaré con todo aquel que intente detenerme. —La besó una vez más y antes de darle la sola oportunidad de responder, Nicholas salió a grandes zancadas de su habitación, dejándola con miles de preguntas en la punta de la lengua. ¿Qué había significado eso? ¿Por qué se lo había dicho? ¿Qué era lo que iba a hacer? Debía seguirlo.

Tomó una de las mantas que había en el armario y se envolvió en ella, pero en cuanto llegó a la puerta no se atrevió a salir. ¿Era posible que el destino no

los quisiera juntos y por eso tenían tantos obstáculos? Quería pensar que no, que su destino sí era estar juntos, y tenía que ser valiente si de verdad quería tener a su apuesto duque, así que tomando una gran bocanada de aire, salió de su habitación.

Bajó rápidamente las escaleras encontrándose con su doncella a los pies de esta.

—¡Milady! Ya todos los demás sirvientes están buscando al duque, incluso su padre está buscándolo en el jardín por si tal vez salió de la casa, pero cuando busqué a su hermano no lo encontré en su habitación, al parecer ni siquiera ha venido al dormir, al parecer lleva fuera todo el día —dijo su doncella informándola de todo, y aunque la noticia de su hermano la preocupó, solo una parte en específico de toda la frase se le quedó en la mente.

—¿Mi padre lo está buscando en el jardín? —La mujer asintió.

—Cuando lo estaba buscando, entré en el despacho y él estaba dormido en uno de los sofás, le informé lo que sucedía y decidió salir a buscarlo él también, pero cuando le dije que todos los sirvientes lo estaban buscando en la casa dijo que lo buscaría en el patio por si tal vez había salido de la casa, que le avisaran si tal vez aparecía. —Cassandra cerró los ojos pidiendo al cielo que Nicholas no llegase a tropezarse con su padre en el camino, fuera lo que fuera que el duque tuviese planeado, no era el momento para que enfrentara a su padre.

—El jardín es muy grande, ayudaré a mi padre a buscarlo. —La doncella detuvo los pocos pasos que había podido dar.

—Milady, no está en condiciones de salir, puede ser peligroso y su atuendo no es el correcto, será mejor que ayude a los sirvientes que lo buscan en el lado sur de la mansión. —Cassandra suspiró, tenía razón, no solo era peligroso sino que también sería sospechoso.

Sin dar respuesta a su doncella, corrió a una de las habitaciones del segundo piso, desde donde tenía una vista perfecta del jardín, era una de las tantas habitaciones vacías, así que al entrar, el polvo la hizo estornudar varias veces

antes de lograr llegar a la ventana; recordaría ordenar que limpiasen, nunca se sabía cuándo pudiese llegar visita.

Se asomó, abriendo ligeramente la ventana para que el frío viento entrase al lugar, y agradeció tener la enorme y brillante luna en el cielo que iluminaba no solo la habitación sino también jardín, así que pudo ver a su padre y a Nicholas hablando entre las flores cercanas a la fuente que adornaba el lugar. ¡Estaban hablando! Sintió morir.

De repente, Nicholas levantó la mirada y la encontró en la ventana, robándole una tierna y pequeña sonrisa, le guiñó un ojo, le dijo algo más a su padre y luego desapareció entre los arbustos, pero para preocuparla aún más, su padre se giró y la miró con rabia, dejándola sin aire, algo había sucedido entre ellos.

Nicholas salió de la habitación de Cassandra sin importarle si alguien llegaba a verlo, durante su estadía en casa del duque se había enterado de todo lo que necesitaba saber, ahora estaba listo para actuar, ya no tenía la paciencia para esperar que el destino, que Dios o que alguien más actuara por él, era el momento de tomar las riendas de su vida e ir por lo que quería, por lo que era suyo, por su mujer.

Al bajar vio cuando el duque salía hacia el jardín luego de decirle a la doncella que él lo buscaría allí, así que decidió seguirlo, pero no lo alcanzó hasta estar a varios metros de la puerta y así evitar ser escuchados por oídos curiosos, lo que tenía que decirle, solo debía escucharlo él, aunque seguro que no le gustara.

—Lord Windsor, he de suponer que me busca, es una suerte porque yo también necesito hablar con usted. —El hombre se giró con el ceño fruncido al oírlo hablar a su espalda.

—Devonshire, ¿acaso me recuerda? ¿Sabe quién soy yo? —preguntó extrañado, claro, se suponía que había perdido la memoria, debía comportarse de cualquier forma, excepto como el hombre altanero y valiente que era en ese instante.

—Por supuesto que lo sé, después de tanto tiempo ya debería saber que ni usted ni nadie podrá separarme de mi ángel, mucho menos con un golpe como el que me dio, solo necesitaba hacer una pequeña averiguación y ahora que tengo respuesta a todas mis preguntas es hora de que vuelva todo a la normalidad, seguro que mi familia y mi personal de servicios estarán preguntándose dónde estoy, pero antes de irme, debo decirle que estoy más que decidido a convertir a Cassandra en mi duquesa, no me importa si usted se opone a ello. —Su mirada, como si una fuerza superior la dirigiese, se enfocó en una de las ventanas del segundo piso, encontrándose con su bello ángel, podría encontrarla en cualquier lugar incluso aunque no hubiera luz; le guiñó un ojo y sonrió encantado, “pronto, muy pronto, amor mío”, se prometió a sí mismo.

—¿Es una amenaza acaso, Devonshire? ¿Porqué no me dice de una buena vez que es lo que se propone? Porque algo me dice que Cassandra es solo un medio para llegar a ello, mas no es su verdadero propósito, hay mujeres más hermosas que llevan menos tiempo en sociedad y seguro que le darían menos problemas, así que dígame, ¿qué quiere de ella? —dijo el duque furioso; era el momento de poner las cartas sobre la mesa, era el momento de conocer toda la verdad.

Capítulo 15

“Lo quiero todo”, se repetía una y otra vez en la mente del duque de Windsor; esas habían sido las últimas palabras de Nicholas Weasley, duque de Devonshire, justo antes de dar media vuelta y salir de su propiedad luego de encontrarlo en el jardín, pero ¿qué significaba eso? A veces le gustaría saberlo y a veces no, desde un principio debió suponer que alejar a Cassandra de ese hombre no sería algo sencillo, pero tampoco estaba dispuesto a darse por vencido, estaba planteándose seriamente la opción de encerrarla hasta estar seguro de tener todo bajo control, incluyendo a su hija, él ya tenía todo un plan pensado no solo para los días que le quedaban de vida sino también para los de sus hijos, Nicholas no podía llegar y desarmar todo lo que con mucho esfuerzo había construido.

Miró hacia donde instantes atrás el duque había mirado y sintió cómo la rabia se apoderaba de él, ahí estaba Cassandra, observando la escena, asomada en una de las ventanas del segundo piso, ella debía saberlo, ahora estaba más que claro que todo eso de no recordar nada de lo sucedido eran solo mentiras, y él, sin saberlo, había terminado dándoles el nidito de amor con total libertad, era un completo idiota, su hija bien podía ya no ser pura y todo por su culpa, pero iba a corregir su error.

Volvió a la mansión hecho una furia, caminaba a grandes zancadas esquivando a los pocos sirvientes que se atrevían a interponerse en su camino, subió las escaleras de dos en dos y tan rápido como le fue posible hasta llegar

a la habitación donde estaba su hija, abrió la puerta con un solo golpe sobresaltándola y acercándose a ella respiró profundo intentando calmar la rabia que albergaba en su interior, tampoco quería llegar a cometer una locura.

—Necesito una explicación, una razón, algo que me convenza de no hacerle lo que estoy pensando, Cassandra, porque le juro que tengo unas terribles ganas de ahorcarla; usted y yo teníamos un trato y lo está incumpliendo, se lo advertí desde un principio, ese hombre jamás será bien recibido entre nosotros. — Cassandra abrió sus ojos asustada, intentó retroceder, pero sus piernas chocaron con una vieja mesa de madera que adornaba el lugar.

En cuanto vio que su padre entraba supo que vendría por ella, estaba perdida, fuera lo que fuera de lo que había hablado su padre y Nicholas, no había sido bueno, y sin duda, no tendría un final feliz para ella. ¿Era posible que le haya dicho que en realidad nunca estuvo enfermo, que su salud estaba en perfectas condiciones? Porque si así era, lo mejor sería ir buscando una ruta de escape y así poder salvar su vida.

—No entiendo a qué se refiere, padre, ¿podría ser un poco más claro? ¿Qué sucedió con el duque? En su condición no es recomendable que ande por ahí solo, podría ser peligroso, ¿no cree? —Sabía que estaba jugando con fuego, era peligroso jugar con ese tipo de argumento ahora que no conocía toda la historia, temía pronunciar la palabra incorrecta o realizar un movimiento imperdonable, por muy valiente que fuera, temía saber hasta dónde podía llegar su padre, y no tenía ningún interés en averiguarlo, a veces huir es de valientes.

—Ah, no entiendes, ¿me vas a decir que el duque de verdad no recordaba nada? No me vengas con esas mentiras, Cassandra, porque no te creo nada, el imbécil ese se metió en mi casa, con tu ayuda, sin duda alguna, simulando no recordar nada luego del golpe que le di, dime ¿acaso ya yaciste con ese hombre? Seguro que sí, de nada me sirves ahora, seguro que hasta una prostituta tiene más decencia que tú, que vergüenza que seas mi hija. —La miró de pies a cabeza con una mirada de desprecio causando un fuerte temblor

en el cuerpo de la joven, no podía ser, ¿Nicholas se lo habría dicho?

—Padre, por favor, me está ofendiendo, ¿cómo que el duque no estaba enfermo? Le aseguro que no entiendo a qué se refiere, nunca he estado con un hombre, ni siquiera me he acercado a uno más allá de lo permitido, de lo correcto, jamás haría tal cosa sin estar casada, por favor, padre, le ruego se retracte. —El duque dio un paso hacia ella y la señaló con un dedo en una clara amenaza, la joven deseó poder retroceder, pero estaba atrapada, que Dios la ayudase.

—Júrame, Cassandra, júrame que nunca has yacido ni con ese ni con ningún hombre, júrame que nunca te has acercado a él más de lo debido, júrame que nunca te ha tocado ni un solo pelo y me retracto, pero eso sí, nunca más volverás a verlo, pero júramelo mirándome a los ojos, nunca has sido buena mintiendo, así que hazlo, vamos, mírame y dílo, miénteme o dime la verdad, vamos. —La joven se quedó helada, el duque tenía razón, nunca había sido buena mintiendo y dudaba que aquella cualidad mejorara en cuestión de segundos, y aunque no habían llegado a yacer juntos, la había abrazado, acariciado, besado.

—Padre, usted debe confiar... —El hombre la calló con una fulminante mirada, solo por ser su hija quería darle una última oportunidad, de verdad quería escuchar que ese hombre nunca había llegado a tocarla, era su única opción.

—No me hables de confianza, porque no, no confío ni en ti ni en ese hombre, incluso ordenaría que te realizaran uno de esos exámenes que le hacen a las mujeres para saber si siguen siendo vírgenes, pero la voz se correría y mi apellido quedaría en vergüenza, no pareces una Lowell, no pareces la hija por la que pagué una educación. —Había una esperanza de dejar todo ese tema si manejaba bien sus palabras, su padre era un hombre al que se le podía manejar con las palabras correctas, esperaba usarlas.

—Soy una Lowell, hija del duque de Windsor, una de las mujeres más educadas de todo Londres, ¿acaso no es eso lo que dice toda la elite inglesa?

—El duque la miró achicando sus ojos, bajó lentamente su mano y sonrió ligeramente.

—La única Lowell, lástima que seas mujer, pero eres la única Lowell, tu hermano es solo un bastardo que tuvo la suerte de tener mi sangre, pero al fin, un bastardo, y como mi hija que eres, te conozco, dime, Cassandra, ¿qué ha sucedido entre el duque de Devonshire y tú? —La joven tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desviar su mirada y gritar de frustración, después de tanto años debía saber que su padre no era de lo que se dejaban engañar con facilidad, que Dios se apiadase de ella.

—Padre, le juro que Lord Devonshire no me tocó más allá de lo permitido, nunca he yacido con él ni con otro hombre, nunca permitiría tan atrevimiento de ningún hombre que no sea mi esposo, un hombre que cuente con la bendición de mi padre. —Increíblemente, su voz no falló en ningún momento, y aunque en sus ojos se podía ver claramente cómo su alma gritaba “mentira” a todo pulmón, su padre prefirió confiar, por primera vez en su vida decidió confiar en su hija, darle una última oportunidad y esperaba que la aprovechara, mientras, iría organizando su boda, porque Cassandra iba a casarse con el hombre de su elección.

—Confió en ti, Cassandra, de verdad espero que no me estés diciendo mentiras, mientras tanto, te queda completamente prohibido acercarte al duque, no puedes ni hablarle, ni responder a su simple saludo, poco me interesa si quedas como una grosera con ese hombre, es una decisión tomada, ¿entendido? —Su hija asintió rápidamente, pero cansado, la tomó del brazo y la arrastró fuera de la habitación, cerró la puerta y la llevó hasta su habitación, soltándola con un fuerte empujón.

—Gracias, padre —susurró muy bajo, temerosa.

—Entra y duérmete, mañana podrás levantarte tarde, pero mañana asistiremos al baile que ofrecen los Lancaster, así que debes descansar, debes estar perfecta para mañana, como la dama que eres, una verdadera Lowell. —Dicho aquello, dio medio vuelta y se alejó de vuelta a su despacho, no estaba

de humor para ver a alguien más, además tenía que pensar el asunto de Alfred, mientras arreglaría el matrimonio de su hija.

En cuanto el duque estuvo lo suficientemente lejos, Cassandra entró rápidamente a su habitación y cerró la puerta recostándose en ella; tuvo que respirar varias veces para evitar caer al suelo desmayada de los nervios y el miedo. ¿Cómo era que había logrado decir todo eso con tanta calma? Había mentido y seguro que no le había salido nada bien, pero al menos había ganado algo de tiempo en lo que podía hablar con Nicholas, aunque muchas veces habían hablado de su futuro, era el momento de tomar una verdadera decisión, o se casaban o se alejaban el uno del otro.

Cómo le gustaría poder enviarle una carta, escribirle y contarle todo lo sucedido, le gustaría que la tomara entre sus brazos y la abrazara como lo había hecho un par de minutos atrás, cuando él la besaba y susurraba cosas lindas a su oído, en aquellos momentos se sentía feliz, completa, valiente, tranquila, emocionada, ni las palabras podían definir lo que Nicholas le hacía sentir, y aunque de verdad quería luchar por esto, por lo que sentía, por el amor, por su futuro, empezaba a temer que fuera una batalla ya perdida, enfrentarse a su padre iba a ser un verdadero desafío y un simple “arriésgate”, no ayudaba.

Su cuerpo empezó a pesarle y sus ojos se cerraban del cansancio, así que se quitó la manta y la bata, se escabulló en su cama y cerró los ojos, mañana sería un nuevo día.

Mientras tanto, Nicholas entraba a su propiedad bajo la curiosa y preocupada mirada de todos sus sirvientes; su mayordomo lo miró de arriba abajo como si aún no creyera que de verdad era él.

—Excelencia, estábamos muy preocupados por usted, llegamos a pensar que le había sucedido algo. ¿Se encuentra bien? ¿Por qué no había vuelto? —dijo el mayordomo claramente preocupado por su amo, sin embargo, Nicholas estaba tan emocionado que no tuvo tiempo de pensar en algo más que no fuera su futura esposa, necesitaba un plan, la llevaría lejos y la haría muy feliz, pero

necesitaba un plan.

—No tienes nada de qué preocuparte, estoy perfectamente, sé que me desaparecí por un tiempo, pero eso ahora ya no importa, estoy aquí y estoy perfecto; haz que me preparen un baño y una comida caliente, quiero dormir un poco. —El hombre asintió a su amo y dando media vuelta corrió a cumplir con sus órdenes.

Debía preparar todo, estaba casi seguro de que ahora, el duque de Windsor, no le permitiría acercarse a Cassandra, la única opción que le quedaba era actuar con prudencia y claro, asistir a todas las veladas que estaban por venir, y aunque no le gustara la idea, debía empezar a reconsiderarse la idea de Gretna Green, porque posiblemente, era esa la única forma de terminar casados, solo debía convencerla y pensar en la mejor forma de sacarla de su casa y huir, aunque esperaba encontrar una mejor opción antes de llegar a tal extremo.

Tomó un baño, comió y se acostó, no era esa la forma en que había pensado pasar aquella noche, de hecho, le hubiera gustado tener a cierto ángel entre sus brazos, arrullándolo con su dulce aroma, sintiendo su suave piel, porque aunque no había planeado hacerla suya esa noche, sí había pensado dormir abrazado a ella, pero solo debía esperar un poco.

Se levantó considerablemente temprano teniendo en cuenta lo tarde que se había ido a la cama, pero tenía trabajo atrasado y debía adelantarlos si quería continuar. Se puso un traje azul oscuro con camisa y pañuelo blanco, pidió su desayuno y entró a su despacho, poco a poco fue organizando las cuentas que tenía pendiente, había sido mucho el tiempo en el que no atendió sus deberes no solo como duque sino también como dueño de varios navíos encargados de traer mercancía desde diferentes puertos; cuando terminó, ya la noche empezaba a oscurecer el día.

Había pedido a su mayordomo que mirara entre las invitaciones recibidas cuál sería la próxima velada, así que en cuanto comió algo ligero se puso uno de sus mejores trajes color negro y subió a su carruaje rumbo a casa de los

Lancaster; ¿podía un hombre ser juzgado por secuestro aunque la persona haya ido por voluntad propia?

En cuanto llegó a la mansión, saludó rápidamente a los anfitriones y corrió al interior del salón, no se estaba preocupando por disimular, así que las miradas curiosas de los demás presentes no se hicieron esperar, claro, no solo era su extraña desaparición y reaparición, sino que además, no dejaba de mirar entre las jóvenes casaderas, las matronas y las personas que ingresaban al salón, así que fue inevitable que todos notaran a quién era que buscaba, pues en cuanto la vio, sonrió, estaba hermosa con aquel vestido verde claro que se ajustaba en las zonas indicadas mientras recalcaaba otras con un lindo y delicado encaje del mismo todo; quedó hechizado, ni siquiera podía apartar su mirada, se quedó viéndola como el hombre enamorado que era y caminó en su dirección, así como notaron la tensión del duque de Windsor y su clara intención de tomar a la joven y llevarla lejos.

—Si me disculpa, Lord Devonshire, debemos partir inmediatamente —dijo Windsor cuando el joven se acercó a hablarle, pues aunque sabía que sería una completa falta de educación dejar la velada cuando apenas había llegado, tampoco podía soportar la presencia de aquel hombre, eso y que además no se quería arriesgar, es bien sabido que las mujeres son débiles, estúpidas, un par de sonrisas y palabras bonitas y caen, la inteligencia no era una de sus cualidades, prefería evitar provocaciones.

—Cómo me apena escuchar eso, pero debería reconsiderarlo, Lord Windsor, apenas si acaba de entrar al salón y me gustaría pedirle un baile a su hija, el primero, si no es mucha molestia, hace poco estuve fuera de la ciudad y nadie mejor que su hija para volver a la agitada temporada social. —Los comentarios en bajos susurros muy mal disimulados no se hicieron esperar, unos asegurando que la joven Lowell, sin duda alguna, tenía una historia con el joven duque, mientras que otros, asegurando que el duque de Windsor solo intentaba alejar a su hermosa hija de un hombre no merecedor de su cercanía.

—Seguro que puede encontrar otra pareja de baile —respondió el hombre;

Cassandra no se había atrevido a levantar la mirada ni por un solo instante, no podía dejar de ver el suelo como si se tratara de lo más hermoso jamás visto, pero aunque su corazón se había acelerado al verlo acercarse con una sonrisa tan hermosa y una mirada llena de amor, aún no lograba reunir la valentía suficiente para, frente a toda la elite inglesa, enfrentarse a su padre y correr a los brazos de su amado, temía ser quien cavara su propia tumba.

—Lamento contradecirlo, como su hija, ninguna otra dama, seguro que puede permitírmela por unos minutos, le aseguro que estará bien cuidada. —Las primeras notas del siguiente baile inundaron el lugar, pero la tensión no desapareció, y muchos aún seguían a la expectativa de lo que estaba por suceder.

—¡Aléjese, Devonshire! Esto empieza a hartarme, ¿por qué no lo entiende de una buena vez? Mi hija no es y nunca será la mujer para usted, ella está muy por encima, es toda una dama, una Lowell, además, ya está comprometida con otro hombre, el matrimonio será la otra semana. —La joven levantó su rostro de golpe y abrió los ojos claramente sorprendida, no podía ser cierto. ¿Cómo que se casaría en una semana?

—Padre... —El hombre levantó la mano silenciándola, pero eso fue más que suficiente para que Nicholas tuviera la certeza de su próximo acto.

—¿Un matrimonio del que su hija no está informada? Piénselo bien, le reitero mi intención de convertir a su hija en mi duquesa.

—Usted nunca hizo tal propuesta, y en caso de ser cierto, entienda, mi respuesta siempre será no, mi hija nunca será su esposa, y le ruego, no se vuelva a acercar a Lady Lowell. —El joven tranquilamente sonrió.

—Se lo dije luego de abandonar su casa anoche a medianoche, le dije que quería todo de su hija, y claro está, eso incluye hacerla mi mujer, es lo mínimo que puedo hacer luego de probar sus labios y caer enamorado, fue una noche interesante, tiene una casa hermosa. —El jadeo horrorizado que inundó el salón dejó sin aire a Cassandra, pero ¿qué acababa de hacer? ¿Cómo pudo haber dicho eso? Ahora, probablemente, los rumores no iban a dar espera,

ahora ella, era una mujer mancillada por haber entregado su cuerpo a un hombre que no era esposo.

—¿¿Qué se supone que hace?! —dijo furiosa al ver que su padre se quedaba sin palabras permitiéndole intervenir; Nicholas la miró con una clara disculpa en sus ojos, pero el daño estaba hecho, y el dolor que crecía en el interior de la joven no sería fácil de curar, había actuado por impulso, había hecho, lo que según él, era la única opción, pero lo único que había logrado era romper el corazón de la mujer que amaba.

—Darnos una oportunidad de vivir nuestro amor, sé que no es la forma correcta pero ya verás que todo va a estar bien, ni tu padre podrá alejarte de mi lado. —Los ojos de la joven Lowell se cristalizaron.

—¿La única forma de darnos una oportunidad de amar? ¿Acaso para poder vivir nuestro amor tenía que arruinarme haciendo ese tipo de comentarios que solo hacen trizas mi reputación? Parecía más un plan muy bien elaborado para asegurarse de que ningún otro caballero se me acerque. ¿Acaso puede ser esto una venganza hacia mi padre por su negativa a aceptarlo como parte de la elite? ¿De verdad existe ese amor que tanto dice sentir? Porque si esa es la forma que tiene de demostrar su amor, prefiero no ser su amada —dijo ella con la voz rota y con el corazón hecho trizas, de verdad quería pensar que su amor sí existía, pero el daño que acababa de causarle no podía ser amor.

Capítulo 16

Cassandra se sentía desilusionada, engañada, triste, su corazón estaba lleno de amargura y sus ojos llenos de lágrimas.

—Acepto —murmuró ella con la voz rota, respondiendo a la pregunta del reverendo que los estaba casando en ese mismo instante.

Luego de aquel escándalo, los rumores no se hicieron esperar, muchos aseguraban que ella incluso estaba embarazada y de ahí el desespero del duque por casarse, otros decían que todo fue un engaño que ella había planeado para atrapar a uno de los duques más ricos y poderosos de todo Londres, que su reacción era una mentira para ocultar sus verdaderas intenciones y quedar como la víctima de la situación. Sí, Nicholas había terminado siendo la víctima y ella la victimaria al haberlo atrapado en matrimonio.

Su padre, al final, no tuvo más opción que aceptar su unión, incluso fue él quien organizó toda la boda en menos de una semana, y aunque su padre y el duque de Devonshire se habían reunido en varias ocasiones mientras organizaban la boda, ella no había sido capaz de reunirse con él ni una sola vez, además, su padre, por rabia, la había mantenido encerrada en su habitación, aunque agradecía que no hubiera llegado a golpearla, porque sin duda alguna, le hubiera encantado.

El día que se suponía debía ser el más feliz y hermoso de su vida, se estaba convirtiendo en la mayor pesadilla, pues aunque estaba uniéndose al hombre

que amaba con todas las fuerzas de su corazón, tampoco podía fingir que sus actos no habían causado en ella una enorme rabia y desilusión, pues había sido ella la única perjudicada, porque después de lo sucedido, lo único que se escuchaba de ella era como, actuando como una cualquiera, había terminado amarrando al duque de Devonshire, mientras él, era un caballero de honor que actuaba como se debía luego de haber tenido a la dama entre sus brazos, incluso se llegó a escuchar que ella no era digna de aquel caballero.

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia —anunció el reverendo sacándola de sus pensamientos y trayéndola de vuelta a la realidad; se giró hacia el duque y lo miró con tristeza, causando que el corazón del joven se estrujara en su pecho. Se acercó a ella y dejó un pequeño y casto beso sobre sus labios que apenas si lo sintió, luego se alejó y tomó su mano, intentando infundirle valentía, al ver que, su ahora esposa, no se giraba hacia los invitados a la ceremonia.

—¿Te sientes bien? —preguntó él realmente preocupado acercándose a su oído y tomándola por la cintura; la joven estaba un poco pálida y parecía que se desmayaría en cualquier momento.

—No —susurró ella como respuesta, justo antes de perder el sentido; Nicholas, por suerte, la tomaba por la cintura, así que cuando cayó desmayada, él, rápidamente, logró tomarla en sus brazos impidiendo que cayera al suelo. Alcanzó a oír el fuerte grito de alarma que soltaron los invitados cuando la tomó en brazos, pero no tenía ni tiempo y cabeza de preocuparse por ellos, en ese momento, su corazón latía fuerte realmente preocupado por su esposa. ¿Cómo es que no había notado su mal estado? Había estado tan inmerso en sus pensamientos buscando la forma de corregir el error que había cometido que no había notado el estado en que se encontraba su esposa.

Con ella en brazos corrió hasta su carruaje y ordenó que lo llevaran a su casa tan rápido como fuera posible mientras gritaba a todo pulmón que necesitaba al médico; habían decidido hacer la ceremonia en la parroquia de sus tierras, así que no habían tardado más que un par de minutos en llegar;

Nicholas en ningún momento la soltó, solo podía acariciar su lindo y delicado rostro y rogar al cielo que abriera sus ojos y le dijera que lo perdonase. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Había actuado por impulso, sin pensar en las consecuencias de sus actos, sin pensar en el daño que podía llegar a causarle a la mujer que amaba, solo pensaba en casarse, y si por el camino el duque salía perjudicado, mucho mejor, pero no su ángel, ella no podía sufrir.

—Perdóname, amor mío, perdóname, te juro que si abres esos hermosos ojos que tienes, nunca más volveré a dañarte, lo juro, haré lo que me pidas, pero despierta, amor mío —susurró desesperado en su oído, juntó su frente con la de ella y dejó un pequeño beso en sus labios, elevando una plegaria al cielo.

En cuanto llegaron, Nicholas bajó con ella en brazos y ordenó a gritos que trajeran al médico inmediatamente, la llevó directamente a su habitación y la recostó sobre su cama cuidadosamente; su ama de llaves intentó despertarla colocando unas sales sobre su nariz, pero nada, así no pudo hacer más que sentarse a su lado para velar su sueño hasta que llegó el médico.

—Excelencia —dijo el médico entrando a la habitación y haciendo una reverencia. Nicholas se levantó inmediatamente y se hizo a un lado.

—No tengo tiempo para normas de etiqueta, mi esposa se desmayó al terminar la ceremonia, mi ama de llaves le puso sales a ver si despertaba, pero no lo logró. —El hombre miró hacia la cama y rápidamente se acercó a la joven.

—Necesito estar a solas con la duquesa —dijo el médico sin dejar de ver a la muchacha, y a regañadientes, Nicholas salió de la habitación, pero no se alejó de la puerta, terminó sentado en el suelo frente a la puerta a espera de noticias.

Los siguientes minutos, fueron, sin duda alguna, los más eternos de su vida, en más de una ocasión tuvo que contenerse para no entrar a la habitación y exigir respuestas, pero lo único que lo detenía era Cassandra, pensar que era esa la única forma en que ella estaría bien y además, seguro se pondría furiosa si molestaba al médico mientras hacía su trabajo.

Varios minutos después, el médico salió de la habitación y miró al duque con el ceño fruncido aumentando su preocupación.

—¿Cómo está mi esposa? ¿Qué es lo que tiene? ¿Por qué se desmayó? —El hombre le hizo una seña con sus manos para calmarlo y detener las preguntas, si seguía hablando así no le permitiría decir nada y puede que eso solo empeorare el estado del duque y fuera él quien terminase en cama.

—Cálmese, excelencia, sé que debe estar preocupado y con justa razón, pero eso de nada nos ayuda, debe calmarse un poco. —El duque asintió, respiró profundo tomando una gran bocanada de aire intentando calma sus nervios; “por Cassandra”, se repetía él una y otra vez para lograr contenerse—. Bien, la duquesa está muy débil aunque es un poco difícil saber la razón, sin embargo, ya está despierta, lo mejor será darle un poco de caldo, algo liviano pero nutritivo, estuve hablado con la duquesa, pero no respondió ninguna de mis preguntas así que es un poco difícil ayudarla, pero llámeme inmediatamente si algo llegase a sucederle a su esposa, debe estar muy pendiente de ella. —Las palabras del médico lograron preocuparlo aún más. ¿Por qué no había hablado con el médico? ¿Estaría sucediéndole algo malo?

—Pero ¿qué puedo hacer para ayudarla? Debe haber algo, es mi esposa, no me gusta verla así. ¿Qué si se vuelve a desmayar y termina siendo algo más grave? Necesito soluciones, si a mi esposa le llegase a suceder algo será usted el culpable y le juro que se lo haré pagar —anunció él furioso, se sintió morir con solo verla así, no lo soportaría si volviese a suceder, no soportaría volver a verla tan pálida, débil e incluso al borde de la muerte, aunque prefería no pensar en esa última parte.

—Lo entiendo, pero es muy difícil para mí descubrir la razón de su malestar —dijo rápidamente el médico, asustado luego de la amenaza del duque; no era estúpido, tener por enemigo a un hombre tan poderoso no era buena idea, y la verdad no pensaba arriesgarse, lo mejor sería averiguar a como dé lugar la razón del malestar de la duquesa—. Deme un poco de tiempo, le juro que averiguaré lo que le sucede a la duquesa, solo debo darle un par de

instrucciones a sus sirvientes. —Sin esperar la respuesta de Nicholas, el médico corrió por el pasillo escaleras abajo en busca de los sirvientes.

El apuesto caballero se quedó viendo la puerta. Temeroso, elevó al cielo una plegaria y entró a la habitación, quedándose sin respiración al ver a su esposa, igual de pálida, recostada en la cama, con su cuerpo cubierto con una manta y sus manos cruzadas sobre su vientre, hasta sus labios parecían blancos.

“Dios, protégela, no me la quites, no ahora que tengo la oportunidad de tenerla a mi lado, es la mujer de mi vida, te lo imploro, sin ella no podría vivir”, rezó con el corazón destrozado. Se acercó a ella y sentándose en la silla junto a la cama, acarició su mano; Cassandra abrió sus ojos haciendo un esfuerzo enorme y sonrió ligeramente intentando calmar a su esposa.

—Oh, amor mío, no sabes cómo lamento la estupidez que hice, perdóname, te ruego que me perdones, haré lo que me pidas, pero perdóname, tienes que recuperarte, no puedo vivir sin ti, si algo te pasara yo no podría continuar viviendo, te juro que nunca más haré una estupidez como esa, solo tienes que darme otra oportunidad. —Puso su frente sobre las manos de ella y sintió cómo sus ojos se cristalizaban, nunca antes había llorado, pero Cassandra era su todo, sin ella no podía vivir, verla así estaba rompiendo su corazón, estaba acabando con él.

—Calma, calma —susurró ella débilmente, sacando una de sus manos y acariciando el cabello de su esposo, cómo le gustaría tener la fuerza para levantarse, abrazarlo, besarlo y decirle que todo estaría bien, que era un simple desmayo sin importancia, pero ni ella sabía la razón de su malestar, solo sentía que cada aliento le arrancaba un poco más de vida, acabando con ella lenta y dolorosamente.

—No pidas que me calme, no cuando la mujer que amo esta así. Dios mío, perdóname, amor, mi ángel, no sabes lo que daría por ser yo quien ocupe tu lugar, Dios, no te quiero perder, no te puedo perder. —Ella, como pudo, impulsó la cabeza del duque hacia arriba y acarició su rostro sin dejar de ver sus hermosos ojos.

—A pesar de todo, sabes que te amo con locura, aunque me lastimaste mucho con tus actos, no podría dejar de amarte ni aunque quisiera, fuiste un completo idiota sin duda alguna —ambos sonrieron al escuchar aquella palabra de los labios de una dama, seguro que si la sociedad la escuchara, el escandalo sería aún mayor—, pero te amo, lo único que debe importar ahora es que somos marido y mujer, que tú eres mi hombre y yo tu mujer, que nada ni nadie podrá separarnos, no pienses más, ya verás como dentro de poco estaré de pie cambiando todo de lugar en esta casa, porque no me gusta la decoración. — Intentó sonreír, pero fracasó en el intento, causando que el corazón del duque se estrujara de tristeza en su pecho.

—Si lo deseas, puedes tumbar la mansión entera y volver a construirla como deseas, puedes hacer lo que quieras, pero para eso debes estar viva. ¿Por qué no respondiste a la preguntas del médico? Así él no podrá ayudarte, vamos, amor, debes ayudarnos para poder curarte —dijo él limpiando sus lágrimas de un manotazo y acariciando el rostro de su esposa con suaves toques; sus hermosos ojos azules estaban opacos, así que para darle un poco de fuerza y llenarla de amor, dejó un beso en su frente.

—No es porque no quiera responder a sus preguntas, Nicholas, sino porque no puedo, no tengo respuestas, porque no he comido nada fuera de lo normal, no he hecho nada que pueda causarme algo así, lo juro —dijo ella casi sin voz, ya le empezaba a costar el solo hecho de hablar, pero no quería demostrar su malestar, Nicholas ya estaba demasiado preocupado como para aumentar su preocupación.

—Bueno, te creo, pero quiero que me prometas que cualquier cosa, por mínima que sea, si es importante para mejorar tu salud, me lo harás saber a mí o al médico, no me importa si tengo que encerrar a ese hombre en la habitación de al lado para que pueda atenderte a la hora que lo necesites, sin excepción, me lo contarás, ¿verdad? —La joven asintió de inmediato; Cassandra tomó el rostro de su esposo entre sus manos y sonrió ligeramente, feliz de haber logrado dedicar, al menos, una pequeña sonrisa al hombre de su

vida.

—Te lo prometo, ya verás que dentro de poco estaremos disfrutando de nuestro matrimonio, ahora abrázame y bésame que necesito sentirte cerca. — Nicholas sonrió emocionado, rodeando su cama, se recostó junto a ella y la abrazó pegándola a su pecho, dejó un pequeño beso en sus labios y luego otro en su frente, para luego volver a abrazarla hasta sentir todo su cuerpo tan cerca como fuera posible del suyo—. ¿Qué pasara con los invitados y la cena que estaba organizada para después de la boda? —preguntó ella sacándolo de su ensoñación.

—No sé ni me importa, tal vez en un rato mande un mensaje con uno de los sirvientes para decirles que no llegaremos a la comida, tú debes descansar, si ellos quieren disfrutar de la comida, que lo hagan, no me interesa, pero tú y yo nos quedaremos aquí. —Se abrazó a ella tan fuerte como le fue posible sin llegar a dañarla hasta que, poco a poco, el cuerpo de su esposa fue cayendo sin fuerzas y su respiración se tranquilizó, se había quedado dormida.

El duque la recostó en la cama cuidadosamente y se levantó, salió de la habitación directamente hacia la cocina y pidió que le cocinaran algo a su esposa según las indicaciones del médico, así como también le dijeron que el hombre estaba andando por la mansión revisando todos los alientos y plantas, aunque seguro que de poco le serviría, si algo le había sucedido a Cassandra fue en casa de su padre, porque era la primera vez que estaba en la suya.

Aquella idea no abandonaba su cabeza, no podía dejar de pensar en la enorme posibilidad que existía de que fuera el duque de Windsor el causante de la mala salud de Cassandra, pues aunque fuera su padre, no era, precisamente, un hombre cariñoso, y mucho menos hacia su hija, sabía perfectamente que ese hombre era capaz de cualquier cosa con tal de lograr lo que quería, y Nicholas sabía que después de lo sucedido en la última velada, ese hombre lo único que deseaba era su muerte o la de su esposa, pero ¿cómo podría saberlo? Se sentía atado, no podía hacer absolutamente nada, lo que lo frustraba cada vez más.

Fue hasta su despacho y se sirvió una copa de whiskey, tomándosela de un solo sorbo; si ese hombre se había atrevido a dañarla, pagaría por sus actos.

Intentó pensar una y otra vez en una pista, algo pequeño que lo ayudara, que ayudara a su esposa, pero su mente estaba como bloqueada, le costaba pensar con claridad, era la imagen de su pálida esposa tendida en una cama lo único que aparecía en su cabeza, como recordándole que todo esto era culpa suya y era su ángel quien estaba pagando por sus errores, si tan solo hubiera pensado un poco más antes de actuar y enfrentar al duque diciéndole todas aquellas estupideces frente a toda la nobleza inglesa tal vez nada de esto estuviera sucediendo y él estaría abrazado a su esposa o seguramente pensando en su noche de bodas.

Sin poder soportarlo más, desesperado, empezó a caminar de un lado a otro, si ese hombre se había atrevido a dañarla mínimamente, iba a hacerlo pagar por todo el sufrimiento que estaba pasando su esposa.

—Milord, el médico salió, dijo que iba a revisar un par de libros que tenía en su casa, creo que tiene una idea de lo que le sucede a la duquesa —informó el mayordomo entrando su despacho, pero Nicholas apenas si asintió, igual debía regresar, no le había pagado sus honorarios.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, de pie en medio de su despacho, sumido en sus pensamientos, cuando un fuerte estruendo causado por su puerta al abrirse lo sacó de su ensoñación, se giró preocupado y se encontró con el rostro alarmado del médico que llevaba un enorme y pesado libro entre sus manos.

—¿Qué es esa forma de entrar a mi despacho? ¿Acaso no aprendió reglas de etiqueta? Yo soy nuevo en todo esto de las normas, pero hasta yo sé que no es correcto entrar de esa forma al despacho de un hombre, sea quien sea —dijo furioso, se había llegado a imaginar lo peor con esa forma de abrir la puerta.

—Discúlpeme, milord, sé que es muy grosero de mi parte, pero es algo realmente urgente, es sobre la duquesa. —Entró al despacho sin la autorización del duque, pero en el momento en que le dijo que estaba

relacionado con su esposa ese tipo de pequeñeces dejaron de importarle, Cassandra estaba por encima de cualquier estupidez londinense.

—¿Qué? ¿Qué fue lo que descubrió? —Fue hasta una de las mesas que había en el despacho y dejó caer el libro sobre esta, señalando una parte en la página que parecía importante.

—Aquí, los síntomas son muy parecidos, claro, estos dependen de muchas cosas, pero yo creo que aquí está la respuesta al malestar de su esposa. —Nicholas lanzó una rápida mirada al libro, pero no entendía absolutamente nada de todas las palabras que habían allí.

—Sea más claro, no entiendo nada en este libro —masculló furioso y desesperado al ver que el médico se quedaba viéndolo como a la espera de opiniones luego de descubrir lo que fuera que debía haber en ese libro.

—Discúlpeme, pero según este escrito, su esposa puede estar siendo envenenada, vea, los síntomas concuerdan, debilidad en el cuerpo, desmayos, palidez, y según su esposa, le duele el cuerpo con solo intentar moverlo, así que no tengo duda alguna, su esposa está siendo envenenada —anunció el hombre casi sin voz.

Capítulo 17

—¿Qué han investigado? —preguntó Nicholas a los detectives que había contratado cuando entraron a su despacho—. Mi esposa no ha mejorado y ustedes no me han dado respuestas, ha pasado mucho tiempo. —La paciencia había desaparecido sin dejar rastro alguno después de saber que su esposa estaba siendo envenenada, fuera quien fuera que lo estuviera haciendo, estaba lastimando a lo que más amaba en toda su vida y estaba dispuesto a hacerlo pagar, estaba desesperado por respuestas.

Los tres hombres, incómodos, se miraron entre sí, y la última vez el duque casi que los sacó a balazos de la casa por no tener resultados, no querían ni imaginarse cómo iba a reaccionar esta vez, de repente, empezaron a sentirse nerviosos.

—Excelencia, hemos hecho todo lo que ha estado a nuestro alcance, pero no tenemos pistas, sea quien sea que lo está haciendo o que lo hizo, supo cuidarse para no dejar pistas, estamos siguiendo el último camino que nos queda, pero estamos atados de manos, es muy poco lo que podemos hacer. —Nicholas, furioso, se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro con las manos cerradas en forma de puño, ya no sabía qué hacer. ¿Seguirían envenenando a su esposa? ¿Acaso era por eso que no se recuperaba? ¿Qué si llegaba a morir y él no podía ayudarla? Sentía que enloquecería en cualquier momento, ya no soportaba vivir una situación así, si no fuera por Enrique que se estaba encargando de sus negocios, seguramente ya hasta estaría en la quiebra, no era

capaz de pensar en nada más que no fuera su esposa, tenía que encontrar soluciones o terminaría muriendo junto a Cassandra.

—¿No tienen respuestas?! ¡Yo les estoy pagando para que busquen al culpable de la delicada salud de mi esposa! Nadie puede atentar contra una persona sin dejar algún cabo suelto, es ridículo, ¿acaso no son ustedes los mejores investigadores de todo Londres? ¡Bien! Pues hagan algo, si no tengo respuestas en una semana, considérense despedidos, y les aseguro que los desacreditaré frente a todos, no volverán a recibir un trabajo en su vida. — Furioso, salió del despacho y cerró con un fuerte portazo al entrar en una de las salitas de onces de la casa, si se hubiera quedado dos minutos más seguro que los mataba con sus propias manos.

Desilusionado y cansado, se dejó caer en uno de los sofás de la habitación, cerró sus ojos y susurró una plegaria al cielo, la verdad es que nunca había sido muy devoto, pero ahora necesitaba más que nunca de aquel supuesto ser que vive en los cielos, no soportaba la idea de perder a su esposa ahora que por fin la tenía durmiendo en su cama, era su mujer, la mujer de su vida, el amor de su vida, la única mujer a la que podía amar.

Un suave toque en la puerta lo sacó de sus pensamientos, pero no tenía ánimos de abrir los ojos, pudo escuchar el suave chillido de la puerta al ser abierta, pero sus ojos continuaron cerrados, no tenía ganas ni ánimos de hablar.

—Mi lord, no es mi intención molestarlo, pero quieren verlo —avisó su mayordomo; el duque negó con la cabeza mientras hacía un extraño sonido en forma de quejido.

—No quiero ver a nadie, por favor, dígame que estoy ocupado, que no puedo recibirlo, que se yo, no me interesa, pero no quiero ver a nadie. —Aunque él no pudo verlo, el mayordomo se movió incómodo y lanzó una rápida mirada al pasillo que conducía a la puerta, ese era, sin duda alguna, el día más extraño de su vida.

—Mi lord, es que en la puerta hay un joven buscándolo —tomó aire—, dice

que es su cuñado, el hermano de la duquesa, además, dice que es importante, de vida o muerte, asegura conocer al responsable del malestar de la duquesa. —En el mismo momento en que aquella extraña frase comenzó, Nicholas ya estaba enderezado y mirando a su mayordomo con los ojos abiertos a más no poder.

—¿Acaso enloqueciste? ¡Lord Windsor no tiene hijos! O por lo menos, no uno conocido, aunque no se sabe quién será el heredero de su título una vez que muera; él no tiene hijos, seguro que te están haciendo una broma, mejor sácalo de aquí —dijo furioso, no estaba de humor para ese tipo de estupideces, tenía cosas más importantes en las que pensar; según el médico, Cassandra debía mejorar en estas dos próximas semanas, sino, debían prepararse para lo peor, las esperanzas que quedaban eran pocas y el cuerpo de la duquesa ya no tenía la fuerza para luchar contra el veneno.

—Creí que diría eso, sabía que diría algo similar —dijo Alfred entrando a la habitación, había seguido al mayordomo sabiendo que no le permitirían la entrada, pero estaba decidido a hacerse conocer y ayudar a su hermana, bajo ninguna circunstancia iba a permitir que su hermana muriera—, pero no lo culpo, son muy pocos los que saben de mi existencia, pero ya que usted y yo somos familia, supongo que lo mejor es que nos llevemos bien por el bienestar de Cassandra. —Nicholas se quedó de piedra al ver al joven, ahora que podía verlo, si había cierto parecido con su esposa, pero aún no se podía creer que fuera hijo de Windsor.

Hizo una señal a su mayordomo quien se retiró, y rápidamente se puso de pie y elevó su ceja derecha.

—Hijo del duque de Windsor, ¿quién me asegura que sus palabras son verdaderas? —Se cruzó de brazos; la sonrisa del joven se ensanchó.

—Mi nombre es Alfred Lowell, heredero al ducado de Windsor —hizo una perfecta reverencia— y bueno, si lo que quiere es comprobarlo, muy sencillo, preguntémosle a Cassandra, seguro que ella no le mentiría. —Unió sus manos en su espalda, lo rodeaba un aura de seguridad y tranquilidad que dejaba a

Nicholas sin palabras, una persona que mintiera buscaría la forma de evitar que se comprueben sus palabras, y aun así, él si lo hacía, no mentía.

—Así que el duque de Windsor sí tiene heredero, qué interesante, pero ¿por qué nadie sabe de su existencia? —Él se encogió ligeramente de hombros y se sentó en uno de los sofás, cruzó la pierna y señaló la otra, así que Nicholas tomó asiento frente a él.

—Es una larga historia, y la verdad demasiado aburrida para mi gusto, tal vez algún día Cassandra se la cuente toda, yo no lo haré, pero sí se la resumiré; en realidad es muy sencillo, soy un bastardo, no soy un hijo legítimo de la duquesa de Windsor y como sabe el duque no se volvió a casar, así que sí, soy un bastardo, hijo de una sirvienta que calentaba de vez en cuando la cama de mi padre; nunca conocí a mi madre y se me prohibió salir de casa, gracias a las influencias del duque, consiguió que yo me convirtiera en su heredero, pero el mundo solo debe conocerme hasta que llegue el día de su muerte, o eso es lo que espera él. —Aunque Alfred intentaba ser fuerte y su voz no falló ni por un solo segundo, en su mirada era obvio el dolor, la tristeza, la herida aún estaba abierta, el golpe era muy reciente, el daño que le había hecho su padre era muy profundo, pero el tiempo todo lo cura.

—Y si no debería estar acá, sino en su casa, ¿por qué vino? ¿Quiere ver a Cassandra? Puedo llevarlo a su habitación de inmediato si es lo que desea. —Nicholas intentó levantarse, pero Alfred lo detuvo levantando su mano y negando ligeramente con su cabeza, así que el duque volvió a acomodarse sobre su asiento con la vista fija en el joven.

—No, a mi hermana he estado visitándola constantemente, es con usted con quien quiero hablar. —El rostro de su cuñado se transformó al escucharlo, causando que el joven soltara una fuerte carcajada—.Después de vivir escondiéndome toda una vida, desarrollé la increíble cualidad de poder moverme entre las sombras sin ser visto, y por cierto, debería mejorar su seguridad, es increíblemente sencillo entrar a su casa; en cuanto a lo que de verdad nos interesa, mi hermana sigue siendo envenenada aunque al parecer en

menor cantidad, es por eso que el antídoto que le traigo no le funciona, no quiero seguir viendo como sufre, no puedo permitir que ella muera así como así. —Nicholas dejó de pensar en lo mucho que deseaba gritarle a su equipo de seguridad, debía concentrarse en el tema, al parecer, su nuevo cuñado sabía un poco más que él y esperaba que fuera él quien tuviera la respuesta a sus preguntas y la cura para su esposa.

—¿Qué tengo que hacer? Lo he intentado todo, ya no sé qué más puedo hacer para ayudarla, lo daría todo por verla fuera de esa cama con un hermoso vestido azul con las joyas de la casa, con esa elegancia, tan hermosa como siempre, poder llevarla a todas las veladas y gritarle al mundo “¡es mi esposa!”, pero ni siquiera he logrado descubrir quién es el culpable. —Suspiró frustrado, si Cassandra llegaba a morir, él la seguiría, porque sin ella no quería ni ver el sol, ella era su sol.

—Pero será porque no lo ha pensado ni por dos segundos, ya debería saber que quien está causando todo esto es mi padre, está furioso desde que “acabaron con la buena reputación del apellido Lowell”, quiere venganza, quiere acabar con mi hermana y con su esposo, poco le importa quién es usted. —La rabia empezó a apoderarse el duque, claro, ¿cómo es que no lo pensó antes?, estaba más que claro. ¡Ese maldito se las iba a pagar!

—Acabaré con él —masculló furioso en voz baja.

—Sin embargo —dijo Alfred tranquilamente deteniendo al duque al ver que este se levantaba y prácticamente corría hasta la puerta—, es muy poco lo que puede hacer contra él, si llega a lastimarlo puede terminar en la horca y creo que mi hermana es muy joven para quedar viuda, además que aún no tienen un heredero creciendo en su vientre lo que la dejaría a la deriva, piénselo bien, Devonshire, ¿qué es lo que más le conviene? Porque según yo, es salvarle la vida a mi hermana. —Nicholas cerró sus manos convirtiéndolas en puños y respiró profundo repetidas veces, aunque le costara aceptarlo, su cuñado tenía razón, debía pensar con la cabeza fría o terminaría muerto.

—Al parecer usted ya tiene todo pensado, y es obvio que piensa con más

claridad que yo, así que dígame, ¿qué debería hacer? —dijo rendido para luego volver a su asiento, Cassandra debía ser lo único que ocupara su mente —.Pero eso sí, no espere que me quede de brazos cruzados, haré que su padre pague por todo el dolor que le ha causado a mi esposa. —Eso lo tenía más que claro, nadie dañaba a lo que más amaba y quedaba impune, iba a hacerlo pagar a como dé lugar.

—Hagamos un trato, Devonshire, yo no he sido un buen hermano, no me comporte como debía con Cassandra, fue la peor basura esperando agradar a mi padre y la hice sufrir, quiero corregir mi error, quiero merecer su cariño, su perdón, quiero que mi hermana sea feliz, así que, usted siga mis indicaciones al pie de la letra y mi hermana muy pronto estará bien, de mi padre me encargo yo, le juro que pagaré por el todo el dolor que le ha causado a Cass, pero usted no puede hacer absolutamente nada contra él, piénselo un poco, yo vivo bajo el mismo techo, yo conozco sus puntos débiles, usted solo debe hacer que Cassandra sea la mujer más feliz del mundo, hágalo por ella. ¿Qué dice? ¿Acepta? —Devonshire se quedó en silencio, sin palabras, aunque él tenía toda la razón le costaba no poder hacer nada, sin embargo, como bien decía el joven, su única prioridad debía ser su esposa, su salud, su felicidad, seguro que no le gustaría nada saber que buscaba venganza, su noble y hermoso corazón no permitiría tal cosa.

—Por su hermana soy capaz de todo, así que —extendió su mano y Alfred la tomó rápidamente— acepto, es un trato, confío en que usted lo hará pagar, así que dígame, ¿qué tengo que hacer para salvar la vida de mi esposa? —El joven sonrió complacido, ya tenía todo un plan pensado para su padre, no solo iba a pagar por el dolor que le causó a su hermana, iba a pagar por alejarlo de su madre, por esconderlo del mundo, por todo.

—Primero, la doncella, la que atiende a Cassandra, es ella quien continúa suministrándole el veneno, la última vez que vine a visitar a mi hermana yo iba saliendo de su habitación cuando escuché que alguien venía, así que me oculté, y antes de entrar, la mujer se detuvo frente a la puerta y agregó un par de gotas

a la comida, no creo que sea láudano, sin embargo, no podía mostrarme, usted no me conocía, así que vine de inmediato, eso fue esta mañana; sáquela de aquí, y todos los días, antes de cada comida, dele 10 gotas de esto. —Le entregó un pequeño frasco con un líquido color amarillo.

—¿Qué es? —Aunque Nicholas no quería ser desconfiado, era algo inevitable, había una razón porque Cassandra nunca le habló de él. ¿Quién le aseguraba que no era Alfred quien quería acabar con su esposa? En este punto, dudaba de todos, incluso de aquellos quienes intentaban, supuestamente, ayudarlo.

—Es un antídoto, no tiene de qué preocuparse, le aseguro que no le causará ningún daño, incluso puedo beber un par de gotas si así lo desea, pero debe dárselo a mi hermana, pronto, su salud se deteriora con rapidez. —El duque rogó al cielo que no se estuviera equivocando, rogo al cielo que Alfred no mintiera.

—Confiaré en usted y seguiré sus indicaciones al pie de la letra, pero si Cassandra llega a empeorar, le juro que lo acabaré con mis propias manos, no me importa si termina ahorcado, lo único que me interesa es ella, y si ella no está, no tengo nada que perder. —Sin esperar a ver su reacción o a recibir respuesta por parte de su cuñado, Nicholas se puso de pie y corrió hasta la puerta agarrando con fuerza el frasco en su mano derecha.

No se preocupó por esperar a ver si el heredero de Windsor se iba de vuelta a casa o si subía a ver a su esposa, corrió hasta la cocina, donde se encontró con la doncella de su mujer, la tomó con fuerza del brazo y en medio de gritos por parte de los demás sirvientes la arrastró fuera de la cocina hasta donde los hombres encargados de cuidar su casa estaban reunidos.

—Quiero que esta mujer sea juzgada por intentar asesinar a mi esposa, es ella la encargada de suministrarle el veneno a la duquesa de Devonshire. —Miró a la mujer—.No me interesa saber las razones, no me interesa escucharla, usted terminará en la horca. —La lanzó a sus hombres y volvió a la cocina—.Todo aquel que intente traicionarme a mí o a mi esposa pagará por

su actos, no voy a permitir que me asesinen a mí o a mi esposa bajo mi propio techo, los trato mejor de lo que muchos otros nobles tratan a sus sirvientes, tienen habitaciones decentes e incluso reciben un pago, espero que me paguen con lealtad. —Miró a la cocinera—.Prepare algo para mi esposa. —Los sirvientes hicieron una reverencia y él salió del lugar, corrió escaleras arriba y entró a su habitación.

—Nick, pensé que estabas reunido con el marqués, pero me alegra mucho que estés aquí, ya te extrañaba —susurró Cassandra con voz débil al ver que su esposo entraba en la habitación; lastimosamente, aunque le atribuía a las gotas que le había dado su hermano el continuar con vida, seguía sintiéndose cada vez peor y al parecer cada respiro le robaba un poco más de vida. Intentó enderezarse un poco para recibir a su esposo, pero sus fuerzas desaparecieron.

—No, amor, no te esfuerces más de lo necesario; acabo de conocer a tu hermano. —Los ojos de la duquesa se abrieron llenos de terror—. ¿Confías en él? —preguntó acariciando su rostro.

—Le confiaría mi vida —admitió ella.

—Bien, entonces no tienes de qué preocuparte, amor, es un gran hombre, seguro que nos llevaremos muy bien, además, nos une el amor que sentimos por ti, me dio esto. —Le mostró la pequeña botella con líquido amarillo—.Descubrió quién era quien te daba el veneno, ya está muy lejos de aquí, ahora solo debes tomar esto muy juiciosa y muy pronto estarás de pie, tomando tu lugar como duquesa de Devonshire. —Los ojos de su joven esposa se iluminaron llenos de emoción y alegría.

—Entonces, ¿todo estará bien? —preguntó temerosa en un susurro, no quería crearse falsas esperanzas, la verdad, es que empezaba a temer no sobrevivir.

—Todo estará bien, amor mío, nos quedan muchos años juntos, además, me muero por ver como tu vientre crece junto con nuestros futuros hijos, porque quiero al menos diez. —Se recostó a su lado y la tomó entre sus brazos; ella soltó una carcajada y se pegó al torso de su esposo, su brazo abrazó la cintura de su pecho.

—¿Diez?! Seguro que estás loco, son demasiados hijos —dijo ella feliz.

—No, contigo nunca será suficiente. —La tomó del mentón y elevó su rostro hasta poder besarla.

—Quiero que me cuentes tu historia, Nicholas. ¿Quién es tu familia? Nunca me has hablado de ellos, por lo menos nunca me has dicho quiénes son. —Él suspiró, acomodándose en la cama pegó a Cassandra a su pecho tanto como le fue posible.

—Tus deseos son órdenes. Mi familia vive en América, mi padre conoció a mi madre en uno de los viajes que hizo, le apasionaba conocer el mundo según me contó mamá; al verse, se enamoraron completamente así que, aunque ella ya estaba comprometida con otro hombre porque su padre le había arreglado la unión, vivieron su amor al máximo, se entregaron el uno al otro en cuerpo y alma con la promesa de un futuro, pero mi abuelo no permitió que su hijo, su heredero, se casara con una mujer sin título o fortuna, así que se lo trajo de vuelta a Londres y nunca más volvió a saber de mamá, aunque ella le escribió muchas cartas diciéndole que estaba embarazada; mi padre, el señor Weasley, estaba completamente enamorado de mi madre, así que la aceptó sin importar que ella estaba embarazada de otro hombre y se hizo cargo de mí, me lo dio todo, me amó y crió como si fuera su hijo; cuando William viajó a América, conoció a Jane, mi hermana, cuando decidieron casarse y su padre viajó, reconoció a mi madre y al parecer su hermano, antes de morir, le hizo prometerle que la encontraría, a su amada y a su hijo, y les daría el lugar que les correspondía en la nobleza, sin embargo, mi madre no quiso dejar al señor Weasley, así que se quedó, y yo solo vine porque esperaba saber un poco más de él. —Ella sonrió encantada, era una hermosa, aunque algo trágica historia de amor, además, nunca antes había escuchado una historia parecida.

—A mí me alegra que viniera, así logré conocerte, pero dime, ¿consideras al señor Weasley tu padre?

—Sí, él es y siempre será mi padre, no importa el título o el dinero, él es mi padre, aunque no siento rencor hacia el antiguo duque. —Ella elevó su rostro y

besó sus labios.

—Tienes un corazón lleno de amor, no puedes odiarlo aunque así lo quisieras, eres un gran hombre. —Él acarició su rostro, empezando en sus mejillas, luego sus labios y por último su mentón.

—Quiero ser un mejor hombre para ti, quiero hacerte feliz, quiero que el día en que nuestros hijos pregunten por nuestra unión, les digas que nos unió el amor. —Y la besó.

Capítulo 18

Cassandra se levantó lentamente de la cama y caminó a pasos pequeños hasta la ventana de su habitación, el sol entraba con fuerza especialmente en aquel lugar, hacía mucho que no sentía su calor calentando su piel y empezaba a extrañarlo, estaba cansada de estar recostada en aquella cama, quería recuperar su vida, y estaba dispuesta a empezar en ese mismo instante.

Había pasado una semana desde que su hermano había hablado con su esposo, una semana desde que su esposo le contó todo su pasado, una semana desde que la supuesta amenaza desapareció, ahora, el tónico que su hermano venía a darle cada dos días empezaba a hacer efecto, ya no se sentía débil ni con ganas de morir, ahora sentía que su cuerpo empezaba a recuperar la fuerza que algún día tuvo, al parecer, por fin podría disfrutar de su matrimonio, su unión ni siquiera había sido consumada.

Suspiró complacida al sentir como los rayos de sol traspasaban su camisón y calentaban su piel; su esposo había salido hacía un par de horas, algo escuchó sobre un problema con uno de los arrendatarios, pero gracias a eso es que ahora podía estar de pie frente a aquella ventana; Nicholas estaba más que decidido a no dejarla mover ni un solo dedo hasta Dios sabía cuándo, aunque lo amaba con todo su corazón, aprovechaba cada instante en que estaba sola para caminar por la habitación, solo que aquellos momentos solían ser muy pocos para su gusto y normalmente eran en medio de la noche cuando el duque bajaba a su despacho para encargarse de sus asuntos pendientes.

A veces solía preguntarse la razón por la que todo esto le sucedía a ella, siempre creyó haber sido una buena hija, una buena mujer de corazón puro, cariñoso y caritativo, pero solo hasta ahora empezaba a entender que hay personas malvadas que buscan dañar a los demás sin importarles nada, empezaba a entender que no todo lo que brilla es oro y que muchos pueden mentir; se giró y observó su habitación detenidamente, su esposo se había esforzado por amueblar su habitación para que estuviera muy cómoda, fue él, su amado esposo, quien le enseñó que a pesar de toda la maldad que existe en el mundo, una pequeña luz puede ser la salvación, un poco de amor puede ser la solución.

Cuando estaba dispuesta a volver a la cama antes de ser descubierta, la puerta se abrió de repente; como estaba dándole la espalda a la entrada, su cuerpo se tensó y cerró los ojos esperando el fuerte grito de su esposo.

—Algo me dice que es a mí a quien esperas y que te alegra inmensamente que no sea tu lord, el duque de Devonshire. Ay hermana, parece que nunca cambiaras, siempre metiéndote en problemas. —La duquesa sintió que un gran peso desaparecía de su espalda y que sus pulmones podían volver a respirar con tranquilidad, se giró con una enorme sonrisa en sus labios; Alfred solía venir a diario a verla, decía que como no confiaba en nadie prefería asegurarse con sus propios ojos cómo seguía de salud.

—Sí, la verdad es que sí, no estaba preparada para recibir la reprimenda de mi esposo, seguro que enloquecería si me ve fuera de la cama, es un alivio que seas tú quien me viera, ahora, creo que debo rogar para que no le cuentes. ¿Puedo confiar en ti, hermano mío? —Puso su mejor sonrisa y el rostro más inocente que pudo, ahora que su relación con Alfred había mejorado considerablemente, descubrió que su hermano tenía cierta debilidad por su sonrisa, su hermano la quería tanto como ella a él.

—Sabes que no puedo negarte nada cuando me miras con esos ojos tuyos que son tan hermosos, tal vez busque una esposa con ojos azules, es mi color favorito. —La joven soltó una carcajada y se acercó a su hermano, aún

caminaba a pequeños pasos, no quería exigirle a su cuerpo algo que no podía darle, debía actuar poco a poco, su cuerpo recuperaría su fuerza con el tiempo, estaba segura.

Alfred caminó hasta uno de los sofás que había en la habitación y Cassandra se sentó a su lado, ella se recostó sobre su pecho, su hermano pasó su brazo sobre sus hombros dándole un cariñoso abrazo y ella suspiró contenta.

—Entonces, ¿guardarás mi secreto? Si Nicholas se entera seguro que es capaz de colocar una sirvienta en mi puerta para que le avise cada vez que me mueva. —Hizo un extraño puchero que su hermano no alcanzó ver, pero no pudo evitar reír, no podía creer como es que perdió tanto tiempo lejos de su hermana, había sido un completo idiota, pero su padre pagaría por todo el daño que había causado.

—Tranquila, por supuesto que guardaré tu secreto, ahora, quiero que me perdones, Cassi —ella se movió dispuesta a callarlo, pero él no lo permitió —, te hice mucho daño y creo que nunca me lo perdonaré, fui un completo idiota, un monstruo contigo, mi pequeña hermana, tú no tenías la culpa de la forma en que padre me trataba y aun así me desquité contigo solo porque tú sí eras una hija “legítima”. Dios, los recuerdos me perseguirán por siempre. — La joven empezó a negar con su cabeza, se recostó aún más sobre el pecho de su hermano y lo abrazó con tanta fuerza como pudo.

—No pienses en ello, Alfred, no importa, eso ya hace parte del pasado y debes olvidarlo, ya te lo dije, te perdono, para mí aquellos tiempos nunca sucedieron, lo único que tengo en mi mente son todas las veces que has venido a visitarme y te quedas contándome como va tu vida en la nueva sociedad, como disfrutas del escándalo que causaste en los salones de baile y como padre está a punto de morir de un ataque al corazón; tus dedicados cuidados, toda la investigación que hiciste para encontrar una medicina, lo único que importa es lo que eres ahora, Alfred, quieres corregir todos los errores que cometiste y eres el mejor hermano que existe, eso es lo único que importa. — Elevó su rostro y dejó un pequeño beso en la mejilla perfectamente afeitada,

era increíble lo mucho que había cambiado su hermano en tan poco tiempo.

—Quiero que tú lo sepas antes que cualquier otra persona —susurró él varios minutos después, cuando por fin creyó estar listo de contarle a su hermana todo lo que sucedía en su nuevo mundo, uno lejos de las sombras y sus tan acostumbrados escondites.

—¿Lo sepas? ¿Saber qué? ¿Qué me estas ocultando, Alfred? —preguntó ella preocupada alejándose ligeramente de él, solo lo suficiente para poder ver su rostro.

—Estoy preparando todos los documentos para que mi padre deje el título y pase a ser mío, quiero hacerlo pasar por enfermo o no sé qué me voy a inventar, aún lo estoy pensando, pero es un hecho, lo haré cueste lo que me cueste, le voy a quitar todo lo que le importa, empezando por su dinero, propiedades, y finalmente, su tan anhelado título, además de que claro, ya le quite la tranquilidad y el buen nombre, ahora nuestro apellido circula de boca en boca por todo Londres, tal vez es por eso que el doctor casi que vive en nuestra casa —rio—, pero es cierto que ya no eres una Lowell, tu nombre está a salvo pequeña, jamás haría algo que te perjudique. —La boca de la duquesa se abrió sin poder creer lo que escuchaba, sí, su hermano había cambiado considerablemente, y aunque su corazón seguía siendo cariñoso y noble, no podía mentir, sentía un extraño descanso al saber que su padre estaba pagando sus pecados.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Alfred? Padre no es estúpido, sabrá moverse y puede hacerte daño, sabes que tiene muchas influencias entre la sociedad londinense, no quiero que te lastime, además, sabes que poco me importa lo que puedan decir de mí, después de como llegué al altar, un escándalo más no hace la diferencia, y Nicholas jamás permitiría que me dañaran, me preocupas tú, Alfred.

—No tienes de qué preocuparte, Cassandra, aún estas débil y debes permanecer tranquila, recuérdalo, no puedes tener fuertes emociones, no estás tan fuerte, y solo quería que lo supieras porque quiero que me digas si me

apoyarás, lo único que necesito es que me digas que estarás conmigo en cualquier momento que llegue a necesitarte, del resto me encargo yo. —Ella suspiró, su hermano era el hombre más terco que había conocido jamás, sabía que nada ni nadie lo haría cambiar su opinión, así que solo tenía una opción.

—Sí, sabes que te apoyaré en todo lo que hagas, siempre estaré ahí para ti, siempre, pero prométeme que te vas a cuidar, que si te ves en peligro acudirás a mí o a mi esposo de inmediato, prométemelo, Alfred. —Él asintió, dejó un pequeño beso en su frente y sonrió.

—Vamos, te llevaré a tu cama, no queremos que tu esposo te encuentre fuera de ella, seguro que nos mata a los dos. —Ambos rieron intentando acabar con el malestar que el momento había creado, intentó soñar con un mundo en el que todo era posible y ambos cumplirían sus propósitos sin tener que pasar por encima de otros, intentaron imaginar una vida en la que ellos tenían un padre amoroso, pero se tenían el uno al otro y eso era más que suficiente.

El joven se levantó dispuesto a tomar a su hermana en brazos para llevarla de vuelta a su cama, pero cuando estaba por levantarla, la puerta se abrió de repente y no pudo evitar maldecir en voz baja, había dado la orden a los sirvientes para que no se acercaran, así que solo podía ser una persona.

—Mi querida y adorada esposa y mi muy apreciado cuñado desobedeciendo mis órdenes, es interesante, al parecer no puedo ni controlar a mi esposa cuando está enferma. ¿Cómo será cuando recupere su salud? Algo me dice que mi amada mujer me llevará a Bletham; ahora, me gustaría saber qué hace mi duquesa fuera de la cama —dijo Nicholas al entrar en su habitación, supo que algo estaba mal desde el momento en que una de las sirvientas le dijo que el hermano de la duquesa les había dado la orden de no entrar en la habitación, ahora lo entendía, y no sabía si empezar a gritar como loco o tomar a su esposa y amarrarla a la cama, y a decir verdad, le gustaba más la segunda opción.

Alfred tomó a su hermana en brazos y la llevó hasta la cama, notando divertido cómo la duquesa intentaba evitar conectar su mirada con su esposo,

además de la clara furia muy mal disimulada del duque, la situación empezaba a divertirlo.

—Al llegar vi que mi hermana se veía un poco incómoda en esa cama, estaba cansada de estar ahí acostada, así que la ayudé a levantarse y caminó un poco, pero no tienes de qué preocuparte, querido cuñado, me aseguré de que su salud no esté en riesgo, está mucho mejor y le hace falta un poco de movimiento, movimientos delicados, aclaro. —La sonrisa en los labios de Alfred creció al ver cómo las mejillas de su hermana se teñían de rojo en el mismo instante en que sus ojos se abrían a más no poder; soltó una carcajada, pero fue el golpe en su brazo proporcionado por Cassandra el que al final lo calló.

—Juro que te ahorcaré —masculló ella en un tono muy bajo, no quería que Nicholas la escuchara, era vergonzoso, su hermano no sabía que su matrimonio no había sido consumado, lo único que sabía de aquel acto entre un hombre y una mujer era lo que le enseñaron en la escuela.

—Pues no sabes cuánto deseo volver a sentir el calor de tu hermana calentando mi piel, sentir como me recibe con tanto ardor y emoción, la forma en que abraza mi...

—¡Basta! —gritó callando a su cuñado, debía empezar a medir sus palabras. ¿Cómo es que podía especificar lo que sentía al acostarse con su hermana?

—¡Nicholas! —gritó Cassandra aún más avergonzada. ¿Qué clase de hombres tenía en la familia? ¿Cómo podían avergonzarla así? Seguro que de sus mejillas ya hasta salía humo. Él sonrió divertido, se acercó a la cama y se recostó junto a su esposa, pero fue la mirada que le dedicó a su cuñado la que normalizó el ambiente.

—Claro, querido cuñado, ya me voy —dijo rendido, dejó un beso en la frente de su hermana y salió rápidamente de la habitación, tenía planes para esa noche.

Cuando el joven Alfred salió de la habitación, Nicholas miró a su esposa con un claro reproche en su mirada, pero el tierno rostro de la duquesa lo

desarmó por completo; esa mujer sabía manejarlo y con una sola mirada podía convertirlo en un idiota.

—¿Por qué presiento que terminaré perdonándote, besándote y posiblemente, siendo yo quien te ayude a levantarte? —susurró vencido, había luchado tanto por su esposa, hizo cosas que nunca imaginó hacer, dijo cosas que nunca imaginó decir, y todo por ella, lo que su padre le dijo años atrás era cierto: “En la vida de una persona solo hace falta un poco de amor para darse cuenta de lo que es vivir, porque solo una persona puede hacerte amar, odiar, enfurecer, perdonar, pero sobre todo, solo una persona puede hacerte feliz”.

—Porque me amas tanto como yo te amo a ti y entenderás que estoy mejor y que necesito moverme, caminar, salir, no te pido un baile porque seguro que ahí si me amarras a la cama, aunque extraño bailar, pero quiero salir, sentarme en el césped cerca de las flores, sentir el calor en mi piel, pero no atrás de una ventana, quiero retomar mi vida, ya quedó claro que la amenaza desapareció y voy a estar perfectamente —hacía mucho que quería decir aquellas palabras, pero siempre tuvo miedo, no sabía cómo tomar el tema y la verdad era que entendía a su esposo, solo quería lo mejor para ella.

—Sí, al parecer, tu hermano te adora y así como fue él quien se encargó de alejar el peligro de ti, será él quien se encargue de erradicarlo, pero dime una cosa, ¿confías en él tanto como para confiarle tu vida? Perdóname que dude, apenas lo conozco. —Ella lo silenció colocando sus dedos sobre sus labios y acariciándolos delicadamente.

—No lo digas, él no sería capaz de traicionarnos, confió en él ciegamente, pero ahora quiero que me prometas que lo ayudarás en lo que sea si en algún momento viene a pedir tu ayuda. —El duque le sonrió a su esposa y asintió, acarició delicadamente su rostro, mentón y cuello y se recostó en la cama junto a ella.

—Lo prometo, ahora, abrázame y descansemos un poco, me duele la cabeza y quiero la compañía y las caricias de mi esposa si quiero sobrevivir. —Ella, obedeciendo su solicitud, se recostó sobre su pecho y dejó que su mano vagara

por el masculino pecho de su esposo mientras que él acariciaba su espalda y cintura.

Nunca imaginó que una vez casada pasaría tanto tiempo para consumir su matrimonio, seguro que si su padre lo supiera buscaría la forma de hacer que el matrimonio se disuelva, ahora tenía poco que perder y el gran apellido Lowell, al parecer, ya estaba en boca de todos los nobles, era increíble lo que hacía un hombre impulsado por la venganza, aunque seguro que Alfred se encargara de él, así que ella debía preocuparse por un asunto aún más importante

—Quiero que hablemos de algo, Nicholas, pero antes que nada quiero que seas sincero, no quiero que me tengas lástima o que me digas lo que quiero oír solo porque estuve, o estoy enferma, quiero que me respondas con nada más que la verdad. —No se atrevía a mirarlo por miedo a perder la valentía que creía tener en ese momento, de lo contrario, nunca podría decirle lo que tenía atorado en el pecho.

—Espero no tener que preocuparme por esto, pero bien, si eso te hace sentir más tranquila, así será, te lo prometo, dime que es lo que te inquieta, no quiero que nada afecte tu tranquilidad. —Aunque se sentía preocupado no lo demostraría, había hecho todo lo que creyó correcto, solo esperaba no haber cometido un error imperdonable, no soportaría perderla.

—¿No te molesta que no hayamos consumado el matrimonio, que no hayan posibilidades de tener un heredero pronto? No soy estúpida, sé que los hombres tienen necesidades y por eso suelen buscar amantes, pero quiero que tengas un poco de paciencia, pronto estaré perfecta y entonces podremos vivir como los esposos que somos, te amo y sé que me amas, pero tampoco soy nadie para pedirte que nunca tengas una amante, solo quiero que nos des una oportunidad, a ti y a mí, una oportunidad de futuro...—Nicholas la interrumpió tomándola de su mentón y elevando su rostro, la silenció con una delicada caricia y una pequeña sonrisa.

—¿De verdad crees que me importa eso? Lo único que me importa eres tú, tu

salud, puedo esperarte mil años si es necesario, no me importaría terminar en una vida de castidad si con ello te tengo a mi lado el resto de la vida, haremos el amor cuando sea indicado, tendremos hijos cuando el destino así lo quiera, entiende algo, al amor que siento por ti va mucho más allá de un momento de un par de noches de pasión, el amor que siento por ti es tan grande que una mirada, una pequeña sonrisa de tus labios me lleva directo al paraíso. —Su corazón se aceleró. ¿Podía ser un hombre tan especial?

—¿Qué hice para merecer tanto amor?

—Ser tú, tener un corazón tan hermoso y puro, tu nobleza, tu pureza, tu amor, ser tú. —Y la besó, sellando una silenciosa promesa, una promesa de amor, de presente y futuro, de un para siempre, una promesa de amor.

A los pocos días, la joven Cassandra había recuperado su salud, ya podía levantarse, usar sus hermosos vestidos, caminar por la casa, cabalgar y hasta salir a Hyde Park con su esposo, estaba decidida a recuperar su vida y empezaría desde ya.

Se puso su mejor vestido, uno color verde claro, sus mejores joyas y salió en el carruaje; durante el camino dudó estar haciendo lo correcto, pero poco importó, estaba decidida a enfrentar su pasado, solo así podría vivir su futuro.

Al llegar a su destino bajó del carruaje, enderezó su espalda e hizo uso de todas las normas de protocolo y elegancia que en algún momento le enseñaron; tocó la puerta ligeramente y la recibió aquel mayordomo que conocía de toda una vida.

—Lady Lowell —susurró sin poder creer lo que veían sus ojos—, perdón, Lady Devonshire. —Hizo una reverencia a la dama sin llegar a salir de su sorpresa.

—Buen día, me gustaría ver a mi padre.

Capítulo 19

—Lady Devonshire, ¿está usted segura de querer verlo? Su hermano no está y por lo que veo no viene con su esposo, sé que no es correcto realizar este tipo de comentarios, pero debería hablar con él en compañía de uno de ellos, no es seguro para usted —dijo el mayordomo preocupado, aún recordaba la terrible forma en el que duque trataba a sus hijos, aunque miles de veces estuvo tentado a intervenir, siempre logró controlarse; por más que deseaba ayudarlos, para una persona en su posición, era imposible.

—Entiendo tu preocupación, de verdad, pero para decirle a mi padre lo que tengo que decirle, no necesito ni a mi hermano ni a mi esposo, no estaré en peligro, ya no soy la misma joven a la que él podía maltratar. —En un gesto cariñoso, puso su mano enguantada sobre el antebrazo del hombre y le sonrió cariñosamente intentando tranquilizarlo; esquivando al mayordomo, entró y se quitó sus guantes.

—Su padre está en su despacho, como cada tarde desde que usted se casó, y su hermano salió en su caballo hace poco, solo dejó dicho que no llegaría a la cena —informó el hombre haciéndose a un lado, recibió los guantes de la dama y cerró la puerta.

—Bien, iré a verlo, si mi esposo llega a venir por alguna razón o mi hermano llega antes de lo esperado, no permitas que nos interrumpa, bajo ninguna razón pueden molestarnos. —Él asintió obedientemente ante las órdenes de la joven y la vio desaparecer por el pasillo rumbo al despacho, tal

vez no era correcto dejarla entrar así como así sin ser anunciada, pero era hora de que su señor enfrentara las consecuencias de sus actos.

Cassandra avanzó a paso lento por aquel pasillo que tantas veces había recorrido, muchas de ellas huyendo de su padre, nunca imaginó volver luego de casada, pero ahora entendía que si quería empezar de cero, sin recuerdos, sin tristezas, sin remordimientos, debía hacer esto, debía enfrentar su pasado, debía enfrentar a su padre.

Cuando llegó frente a la puerta, tomó una profunda respiración y tocó ligeramente la puerta, era la hora de la verdad.

—Adelante —autorizó su padre desde el interior del despacho—. Espero que esta vez la comida este como yo la pedí, no quiero otro error como el de hace unos minutos —masculló el duque con furia antes de levantar la mirada, suponiendo que era la sirvienta con su comida.

—Lo lamento, pero la cocina no es mi fuerte —respondió ella luego de entrar al despacho y cerrar la puerta tras de sí; el duque, asustado, elevó su rostro y miró a su hija con los ojos muy abiertos—, lastimosamente, no traigo tu comida, supongo que la cocinera no ha terminado de prepararla. —La joven juntó sus manos intentando calmar sus nervios.

—Lady Cassandra Weasley, duquesa de Devonshire, ¿a qué debo el honor de su visita? Esperé no volver a verte a menos que fuera estrictamente necesario. —Bajó su rostro de nuevo centrándose en los documentos que tenía entre sus manos—. Si no te molesta, habla rápido, estoy muy ocupado y tengo una discusión pendiente con el personal de la casa, al parecer ahora dejan entrar a cualquiera sin siquiera anunciarlo —escupió con furia en un claro intento por amedrentarla, por recordarle quién estaba sobre quién y quién debía obedecer.

—El personal no tiene la culpa, entré aun cuando el mayordomo me pidió que esperara mientras era anunciada, sin embargo, no quería correr el riesgo de no ser recibida, todos intentaron detenerme, incluso la sirvienta que me encontré en el camino —mintió ella, no quería que los sirvientes paguen por sus arrebatos, no si ella podía evitarlo, ahora que su padre no podía descargar

su furia en ella, Cassandra no quería razones para que lo hiciera con alguien más.

—Al parecer nunca aprenderás cuál es el lugar de los sirvientes y cuál es el lugar de los nobles, desde pequeña intenté enseñarte cuál debía ser el comportamiento de mi hija, una legítima Lowell, la única, quería que fueras toda una dama, mi orgullo, una mujer por la que todos los nobles se pelearan, quería lo mejor para ti —dijo sin llegar a quitar su mirada de los documentos en sus manos, era como hablar con cualquier otra persona, no parecía estar hablando con su hija, no parecía estar diciendo aquellas palabras.

Cassandra no se atrevió a acercarse a él, dijeran lo que dijeran nunca se confiaría y lo único que podía hacer era esperar el momento en que de golpe se levantase de su silla y se acercara a ella con el fijo propósito de dañarla, después de vivir junto a él durante toda una vida, lo único que podía esperar del hombre que decía ser su padre era desprecio.

—No te creo, si de verdad me hubieras querido aunque sea un poco, si de verdad quisieras lo mejor para mí no me habrías hecho vivir en un infierno como este, un hombre como tú en lo único que piensa es en sí mismo, en una ridiculez llamada sociedad, en mantener el apellido en alto, y aun así hiciste hasta lo imposible para tener un bastardo como heredero del título, yo no sabes lo que es querer a alguien de verdad, padre, y aun así aquí estoy, dándote la oportunidad de una familia. —De repente, el duque levantó su rostro y la fulminó con la mirada, sus manos se cerraron en dos fuertes puños y se levantó de golpe, pero no se movió, no intentó acercarse a ella. Cassandra, tan disimuladamente como le fue posible, respiró profundo y enderezó su espalda, no iba a dejarse amedrentar.

—¿Una familia? —Soltó una carcajada—. Además, ¿acaso no te di los mejores vestidos, las mejores institutrices, joyas, educación, todo? Yo lo único que quería era a alguien que estuviera a la altura de tu familia, de tu posición, tenías uno de los mejores dotes de todas las jóvenes en sociedad, permití que disfrutaras de tu primera temporada a pesar de que ya desde ese

entonces recibí varias propuestas de matrimonio bastante agradables, tuviste todo lo que cualquier jovencita de tu edad deseaba tener —dijo él con rabia, porque a su manera, había querido lo mejor para su hija, así le enseñaron a vivir en una sociedad como en la que vivían.

—¡Lo único que quería era un padre! Perdí a mi madre cuando apenas era una bebé, ni siquiera la recuerdo, no recuerdo su rostro, su sonrisa, sus ojos, lo único que sé es que tenemos el mismo cabello y los mismos ojos, y ni hablar de Alfred, durante años desee no tener hermano, me odiaba, me hacía la vida imposible porque tú se lo ordenabas y él vivía para complacerte. ¡Estaba sola! Lo único que quería era un padre que me mostrara lo que es amor de familia. ¡Quería una familia! No creía pedir mucho. —La voz de la joven empezaba a quebrarse, por más que intentaba ser fuerte y soportar la situación, todo esto la superaba, aunque en un principio vino con la clara intención de enfrentarlo, de sincerarse, de sacar todo lo que tenía enterrado en el pecho, de cerrar aquella época de su vida, ahora empezaba a preguntarse si había hecho bien al venir.

—¡Por Dios, Cassandra, pero qué sentimental! No seas ridícula, en una época como esta no puedes pedir amor ni nada parecido, lo único que importa es un título, mucho dinero y amigos importantes, ahora que eres duquesa deberías saberlo, cuando tengas hijos entenderás el porqué de mis actos, verás que tu esposo será igual. —Ella negó rápidamente con la cabeza, y llenándose de valentía, dio un paso hacia él.

—No, el mundo puede cambiarse, Nicholas es diferente, yo soy diferente, sé que si algo me llegase a suceder a mí, Nicholas nunca abandonaría a nuestros hijos como lo hizo usted, él nunca se desquitaría contra una niña inocente por haber nacido mujer. —Sin poder soportarlo por más tiempo, el hombre se acercó a ella con paso firme y una de sus manos lista para golpearla, pero no se atrevió, sabía que si llegaba a dañarla, Devonshire lo mataría.

—¿Por ser mujer? ¿Sabes acaso lo desilusionante que es haber hecho hasta lo imposible para tener un hijo que me costó la vida de mi esposa y que al

final fue mujer? Lo que es no tener herederos, tuve que humillarme y aceptar que un bastardo sea mi heredero porque al menos ese hombre tiene mi sangre en sus venas, hay muchas cosas que no sabes, Cassandra, es mejor que te vayas, Devonshire se preguntara dónde estás. —Dio media vuelta dispuesto a caminar de vuelta a su escritorio, pero rápidamente, su hija lo tomó por el brazo deteniéndolo.

—¡Explicame! No puede ser tan difícil —Él suspiró, por suerte, antes de que su hija llegara había tomado un par de copas de whiskey, su cerebro no funcionaba igual, o no sabía que hubiera podido suceder ante la grosería que estaba cometiendo la joven.

—Quería a tu madre, no la amaba ni nada de esas estupideces, claro que no, pero sí le tenía mucho cariño, era una gran amiga, solíamos sentarnos frente al fuego con una copa de whiskey y hablábamos por horas, pero después de 5 años de matrimonio, ella no lograba embarazarse, estaba preocupado por su salud, pensé que era muy brusco con ella, así que me desahogaba con otras mujeres, entre ellas la madre de Alfred; luego el niño nació y yo no sabía qué hacer, así que a medida que el embarazo avanzaba ella se debilitaba y cuando naciste ella apenas si tenía fuerza para hablar, un día te sostuvo entre sus brazos y murió, te odié por ello; ella rogaba por un varón, pero en cuanto te vio sus ojos se llenaron de amor y antes de morir me pidió perdón, no soportaba verte, te quería lejos de mí, te quiero lejos de mí. —De un tirón se soltó del agarre de su hija y fue hasta su reserva especial, se sirvió un whiskey doble y lo bebió de un solo trago.

—Tú no la querías, la golpeabas por no poder embarazarse, Alfred me contó muchas cosas de ti, me odiaste por ser mujer, el único embarazo legítimo y es una mujer, me odiaste por tener que reconocer a Alfred como tu hijo, por tener que luchar para que tu bastardo sea tu heredero, no me vengas con historias como esas, no te creo, tú siempre has pensado solo en tu título, en ti, nosotros tuvimos la desgracia de pertenecer a tu familia. —Él se encogió de hombros.

—Poco me importa lo que pienses de mí, mi reputación no puede estar peor

gracias a tu hermano, el escándalo de su aparición me ha tenido encerrado entre estas cuatro paredes, ha hecho hasta lo imposible por dejarme en ridículo y lo ha logrado, supongo que tu esposo te conto todo ya que tú estabas en cama. —La maliciosa mirada que le dedicó su padre la dejó sin respiración, entonces todo fue verdad.

—Quisiste asesinarme —susurró ella con un nudo en la garganta, y la sonrisa en los labios del duque solo se lo confirmó—, pero ¿por qué?, aunque Alfred me lo dijo y Nicholas me lo insinuó, quise pensar que era mentira, quise creer que no serías capaz de hacer algo tan vil como envenenar a tu propia hija, pero veo que me equivoqué, debí suponer que a un hombre como tú no le importa terminar con la vida de su propia hija. —Él se encogió ligeramente de hombros y volvió a su escritorio, sin embargo, en esta oportunidad, se apoyó en el borde del escritorio sin dejar de ver a Cassandra.

—Porque nunca mereciste ser mi hija —respondió él tranquilamente—, porque tu matrimonio no es más que una vergüenza para mí, porque prefiero mil veces que mueras trágicamente a manos de tu primer aniversario de bodas a que me vean cercano a ese hombre que dice ser duque, porque eres el peor castigo de mi vida, porque no mereces más que la muerte.

—Estás loco —murmuró ella nerviosa a medida que retrocedía—, deberías estar internado en Bletham, ese es el lugar para personas como tú, padre; vine en un principio porque quería enfrentarte, demostrarte que ya no soy la misma jovencita a la que podías manipular, pero ahora veo que nunca debí venir, debo empezar a entender que así como yo soy lo peor que le pasó en su vida, tener un padre como usted es lo peor que me pudo pasar en la mía, pero es algo que ya no podemos cambiar, lastimosamente, el pasado ya no se puede cambiar, sin embargo, quiero que le quede algo muy claro, nunca más podrá acercarse a mí o a mi familia, no lo permitiré. —Él sonrió, dejó la copa a un lado y sin previo aviso, se acercó a ella a grandes zancadas y la tomó por el cuello, poco a poco fue arrastrándola hasta que la pegó contra una pared, su agarre era fuerte y el aire poco a poco iba abandonando los pulmones de la

dama.

—No es como que quiera acercarme a ti, querida hija, o al bastardo de tu esposo, y si te lo preguntas, el sentimiento es mutuo, espero no tener la desdicha de volver a verte, pero cuídate, que de mí no te libras tan fácilmente, bien podría acabar contigo en este mismo instante. —Su agarre era cada vez más fuerte y los pulmones de Cassandra empezaban a arder, sentía que en cualquier momento perdería la razón, pero aunque le costara entenderlo, era esto lo que necesitaba para entender que su padre jamás cambiaría, porque muy en el fondo esperaba una reconciliación, un final feliz junto al hombre que la vio crecer, pero él siempre sería el mismo, por fin empezaba a entenderlo.

Cassandra estaba a solo un momento de desmayarse cuando la puerta se abrió de repente y el agarre de repente desapareció, la joven duquesa cayó al suelo, sus piernas no tenían la fuerza para sostenerla, ella empezó a toser con fuerza intentado llenar sus pulmones de aire, no era consciente de quién era su salvador, lo único que quería era lograr respirar con normalidad de nuevo.

—Oh, eres muy estúpida o muy valiente —susurró Alfred acercándose a ella, tomándola en brazos y sacándola de allí, en cuanto su mayordomo le informó que su hermana estaba reunida con su padre no dudó ni por un segundo en correr a sacarla de allí; después de todo lo que él mismo había provocado, el gran duque de Windsor lo único que quería y buscaba era el final de ambos de sus hijos, seguro que hasta deseaba no tener heredero, y como pensó, se iba a desquitar con ella, no se equivocó.

—Supongo que una extraña combinación de ambas.

Capítulo 20

Alfred rápidamente la sacó de allí y la llevó hasta la que antiguamente era su habitación, la recostó en la cama y le pidió a la sirvienta que los seguía un vaso con agua.

—¿Tu esposo sabe que estás acá? ¿Cómo pudiste ser tan insensata y venir sola? —dijo furioso mientras revisaba las marcas que ya empezaban a ponerse moradas en el cuello de la duquesa—. Devonshire enloquecerá en cuanto vea esto —aseguró él claramente preocupado.

—Debía hacerlo, necesitaba hacerlo, necesitaba escucharlo decir aquellas palabras, necesitaba sentir su odio para por fin entender que nunca será el padre que siempre soñé, ahora sé que él nunca cambiará ni será parte de mi familia. —Los ojos de Cassandra se cristalizaron, rápidamente se abrazó a su hermano y lloró en silencio.

—Oh, Cass, tu corazón es muy noble y dulce, siempre supe que le darías mil oportunidades a padre si era necesario con tal de tenerlo a tu lado, en el fondo lo quieres, pero es un hombre peligroso, más ahora con todo lo que he hecho, debes olvidar que algún día existió y disfrutar de tu matrimonio, de tu esposo, olvida lo que viviste en esta casa, ¿entendido? —Ella, escondida en su pecho, asintió lentamente, no volvería a esa casa mientras su padre siguiera viviendo en ella.

—Ya comprendí mi error, ahora, llévame a casa, quiero dejar todo esto atrás, quiero ver a mi esposo. —Su hermano rio divertido, negó con la cabeza

a la sirvienta que había traído el agua y volvió a tomar a su hermana en brazos.

—Ordena que traigan el carruaje de la duquesa frente a la puerta. —La mujer asintió y salió corriendo—. Es hora de volver a casa. —Empezó a caminar lentamente hacia la salida, por suerte había tenido que volver a casa para hablar de un asunto con su padre y en cuanto llegó el mayordomo le informó de lo que sucedida, había llegado justo a tiempo, él conocía de primera mano lo que era enfrentar la furia de su padre, su hermana jamás pasaría por eso si podía evitarlo.

Muy cuidadosamente subió al carruaje y la acomodó sobre sus piernas esperando que así ella estuviera más cómoda, aunque por suerte, su llanto ya se había detenido y por fin había entendido que el duque de Windsor nunca cambiaría, aunque le costó un par de moratones en su delicado cuello.

—¡Búsquenla! —gritó el duque de Devonshire completamente fuera de sí, estaba más que furioso—. ¡Pero ¿cómo es posible que saliera y nadie notara su ausencia?! —Tuvo que salir de urgencia para arreglar un problema con uno de sus negocios, pero volvió tan pronto como le fue posible dispuesto a invitar a su esposa a dar un paseo en Hyde Park, sin embargo, al regresar, su esposa no lo esperaba en casa a pesar de que había dado la orden de no permitir que saliera sola.

—Lo lamento, excelencia, pero solo notamos el momento en que se fue porque escuchamos el carruaje al salir, la duquesa es una mujer imposible de cuestionar —dijo el mayordomo del duque claramente avergonzado.

—¡No me interesa, se cómo es mi esposa, sé que aunque lo intentaran no habrían podido detenerla! Pero lo único que quiero es saber en dónde está. ¡Encuéntrenla! —Los sirvientes realizaron una rápida reverencia y salieron prácticamente corriendo a buscar a su señora, aunque no tenían ni la más mínima idea de por dónde empezar.

Sin embargo, cuando Nicholas ya estaba a un paso de volverse loco y perder la cabeza, el ruido provocado por un carruaje al entrar en la propiedad lo alertó; corrió a la puerta y abrió rápidamente; al ver que el carruaje que

entraba tenía su escudo una agradable tranquilidad lo envolvió, aunque poco le duró al ver cómo su cuñado bajaba con su esposa en brazos.

—¡Cassandra! —gritó preocupado, se acercó corriendo hasta ellos y tomó a su esposa de los brazos de Alfred, corrió al interior de la casa y la recostó en uno de los sofás de la sala más cercana—. Amor mío, Cass, ¿cómo estas preciosa? ¿Qué te paso? ¿Te duele algo? —preguntó preocupado mientras la revisaba de pies a cabeza; ella negó con la cabeza y se abrazó a su esposo.

—Estoy bien, Nick, no me pasó nada, cálmate, por favor —susurró ella muy bajo escondiéndose en el pecho de su esposo, no quería que le viera las marcas que seguro tenía en su cuello, por lo menos no aún.

—Pero ¿en dónde estabas?

—Será mejor que me vaya, y no te preocupes, Nicholas, ella está bien —dijo Alfred, y tras un rápido vistazo a su hermana salió, caminaría a su casa, no quería molestarlos pidiendo un carruaje o un caballo, además, tenía mucho en que pensar.

—Será mejor que hablemos en nuestra habitación. —Volvió a tomarla en brazos y la llevó hasta la habitación, donde luego de cerrar la puerta, la observó de lejos y pudo notar las oscuras marcas en su cuello—. Espero que tengas una buena explicación para eso —masculló furioso sin dejar de verla—. ¿Para eso fue que saliste, para que te lastimaran? ¿Por qué no puedes obedecerme y quedarte en casa? —Estaba furioso y no controlaba sus palabras.

Su esposa lo fulminó con la mirada y rápidamente se levantó de la cama y lo enfrentó.

—¡Cuando te casaste conmigo sabías que nunca podría ser el modelo de mujer londinense que muchos nobles buscan! No esperes que me quede en casa bordando y haciendo de duquesa perfecta porque no lo haré, no soy así, ¡tenía que salir o juro que me volvería loca en cualquier momento! Tenía que enfrentarlo, tenía que separar mi pasado de mi presente, y debía hacerlo sola, era una deuda que tenía conmigo misma —confesó, la tristeza que inundaba su

corazón era muy grande como para molestarse en contentar a su esposo.

—¿A quién debías enfrentarte y porqué no lo podías hacer conmigo a tu lado?! Explícame, porque no entiendo la razón de tus actos y de verdad quiero entenderlo. —Cassandra le dio la espalda a su esposo y se abrazó a sí misma, de repente, el corsé le apretaba demasiado, le costaba respirar, rápidamente y como pudo desató su vestido y su corsé hasta quitárselo y quedar en un sencillo camisón color rosa.

—A mi padre, sé que tú no entiendes mis razones, pero debía hacerlo, esto va mucho más allá del peligro que significaba un encuentro con él, va mucho más allá del odio o los momentos por los que he pasado, ni los temerosos recuerdos me detuvieron, tenía que hacerlo o nunca podría vivir en paz, nunca podría ser feliz, porque a pesar de todo, ese hombre es mi padre, el hombre que me dio la vida, el hombre que de alguna manera me lo dio todo, comida, techo, la mejor educación, los mejores vestidos, joyas, es parte de mi vida, es él la razón por la que soy la mujer que conoces hoy en día. —Se acercó a la ventana donde el sol entraba con fuerza y respiró profundo—. Debía darle una oportunidad para que cambiara, la oportunidad de convertirse en un buen hombre, convertirse en el padre que siempre soñé, que siempre necesitamos Alfred y yo, pero si eso no sucedía, yo misma necesitaba escuchar que me odia, no me importaba lo que ustedes dijeran porque era la idea de que era él quien me envenenaba, una idea, debía escucharlo de él para poder creerlo. —A pesar del dolor que todo esto significaba para ella, no se permitió llorar, no esta vez, ya había llorado en brazos de su hermano la pérdida de su padre, ya no más lágrimas.

—Entonces encontraste lo que buscabas —susurró su esposo mucho más tranquilo, la entendía, claro que la entendía, posiblemente él habría hecho lo mismo en su posición, no se puede iniciar una nueva vida sin cerrar la anterior, es como empezar a escribir un nuevo capítulo, no puedes empezar sin haber terminado el anterior.

—Oh sí, claro que lo encontré, entendí que mi padre nunca cambiará, entendí

que debo alejarme de él y olvidar que algún día tuve padre. —Sin poder soportarlo por más tiempo, Nicholas rápidamente se acercó a su esposa y la abrazó por la espalda intentando infundirle todo el apoyo y amor que ella necesitaba, demostrándole que él estaba ahí para ella, que siempre sería así.

—Lamento mucho que tuvieras que pasar por todo eso, amor, perdona mi comportamiento, es que enloquecí al no encontrarte y todo empeoró al verte herida, no soporto la idea de que te dañen. —Ella sonrió ligeramente y se recostó en el pecho de su esposo, abrazó los brazos de su esposo y se pegó a él tanto como le fue posible.

—Sé que sí, sé que me amas y que quieres lo mejor para mí, así como yo lo quiero para ti, entiendo que te preocuparas y enfurecieras, y estoy bien, te lo aseguro, las marcas desaparecerán pronto y ni los recuerdos quedaran, es solo que me quede pensando en las palabras que él me dijo, hay algo muy cierto en ellas. —Se giró entre sus brazos y se aferró a él tomándolo por el cuello, la preocupación en su mirada era clara.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó curioso.

—No importan sus palabras exactas, lo que importa es que tiene razón, de alguna u otra forma, la sociedad siempre condicionará nuestro actuar, no solamente en eventos sociales sino también en casa, la presión por un heredero, por el buen nombre, por mantener las arcas llenas, las buenas apariencias, son muchas cosas. ¿Cómo haremos para evitar que todo ese tipo de situaciones no nos cambien? Yo no quiero que entre nosotros haya la típica relación del noble con su esposa o que cuando tengamos hijos nuestra relación con ellos sea igual a la de mi padre, Alfred y yo, quiero una historia diferente, pero no creo que podamos evitar que todo esto influya en nosotros. —Era eso lo que más la preocupaba, que su padre tuviera la razón, le aterraba la sola idea, no soportaría vivir una vida como esa.

—¿Qué? No, Cass, no pienses en ello, claro que no nos va a pasar lo mismo. ¿Y sabes por qué? —Ella negó con la cabeza—. Porque a ti y a mí nos une el amor, mientras que a tu padre y a tu madre los unía el deber, tú y yo solo

somos amor, igual que con nuestros hijos, Alfred y tú vivían en un lugar en donde el dinero está por encima de todo, el dinero y la sociedad, a ti y a mí no nos interesan ese tipo de cosas, tú y yo vamos a darle todo el amor del mundo a nuestros hijos, no estamos cerca de ser lo que es tu padre. —Empezó a acariciar lentamente su espalda y con cada caricia sus manos recorrían cada vez más.

—¿Me juras que me amarás toda la vida? —susurró ella muy cerca de sus labios, ambos querían lo mismo, lo habían estado deseando desde mucho antes de convertirse en marido y mujer, era la mejor forma de por fin sellar su amor eterno.

—Te lo juro, te amaré toda la vida, y si es posible, más allá, eres la razón de mi vida, mi presente y mi futuro, mi felicidad, mi todo, no hallo una vida sin ti, te enseñaré lo hermosa que puede ser la vida. —Una de sus manos subió hasta llegar al delgado cuello de la dama, poco a poco y muy delicadamente, empezó a acariciarlo sin dejar de ver las horribles marcas moradas que se podían apreciar en su blanca piel, deseaba que sus caricias logaran desaparecer todo el dolor que pudiera existir en su corazón, rogaba al cielo poder hacerla feliz, convertirla en la mujer más dichosa del mundo, y estaba dispuesto a todo para lograrlo.

—Entonces bésame y enséñame lo que es hacer el amor —susurró ella acercándose a sus labios tanto como fuera posible sin llegar a besarlos, quería que fuera él quien diera el último paso.

—¿Estas segura de querer esto? Puedo esperarte. —Su voz era gruesa, empezaba a costarle no tomarla en brazos, besarla y hacerla suya, quería saber lo que se sentía tener su delicada piel junto a la suya, sentir sus caricias, sus besos, su cuerpo.

—No, claro que quiero esto, lo quiero porque es contigo, porque así como en algún momento estuve dispuesta a arriesgarlo todo por ti, en este momento no hay ni una pequeña parte en mí que no te pertenezca, en la que no estés tú, mi corazón es tuyo, mis pensamientos son tuyos, mi cuerpo es tuyo, soy tuya, lo

arriesgué todo y gané, gané el hombre que toda mujer desea, te gane a ti. — Cansada de esperar a que fuera él quien la bese, tomó el rostro de su esposo entre sus manos y lo besó, lo besó con todo el amor que tenía guardado en el corazón, un beso en el que no solo le entregaba su cuerpo, le entregaba su alma, un beso que selló el inicio de una hermosa historia en la que triunfaba el amor.

Sin dudarle, Nicholas respondió a su beso con la misma pasión y entrega, sin reservas, sin secretos, sin pasado, lo único que había entre ellos era amor y un futuro prometedor, un futuro juntos.

Lenta y cariñosamente se desnudaron el uno al otro, ella con movimientos tímidos y reservados, mientras él con movimientos delicados intentando no asustarla, se conocieron mutuamente, se entregaron el uno al otro una vez las barreras de la ropa desaparecieron; eran más de dos cuerpos buscando placer, buscando un desahogo carnal, eran dos personas navegando en el cuerpo del otro, desnudando no solo su cuerpo sino también su alma y su corazón, entregando su amor, sus pensamientos, entregando hasta los latidos de su corazón en una cariñosa y apasionada entrega, porque en aquel momento no existía el dolor o la tristeza, no habían títulos, no importaba la sociedad, no importaban los bastardos o los hijos legítimos, no importaba nada más que el hombre y la mujer en una sensual danza llena de amor.

En el amor no hay reservas, no hay mentiras, no hay secretos, no existe el dolor ni las malas intenciones, no importa nada más que lo que estás dispuesto a dar por la otra persona, porque en el amor, se está dispuesto a arriesgarlo todo si es con la persona correcta.

—Te amo —susurró ella sobre sus labios cuando el dolor desapareció y el éxtasis la alcanzó con tal fuerza que temió morir del placer, seguro que tales sensaciones no podían ser de este mundo, debían pertenecer al paraíso, su corazón latía tan fuerte, parecía luchar por escapar de aquel pecho opresor y ser libre para unirse a su par.

—Te amo —respondió él cuando alcanzó el mismo éxtasis; era avasallador,

arrollador, nunca antes había sentido nada parecido, un sentimiento tan fuerte que sintió que en cualquier momento su corazón se le saldría del pecho y se uniría al de su dama.

Epílogo

Un solo corazón, un solo latido, un solo futuro, un solo amor.

Nicholas estaba a punto de enloquecer, no sabía cómo es que había logrado soportar esta situación antes, en esta oportunidad estaba a un paso de enloquecer, ya no sabía cómo continuar allí esperando. ¿Cómo podían pedirle paciencia cuando su esposa gritaba como loca en el piso de arriba?

—Cálmate un poco, Nicholas, terminarás haciendo un agujero en el suelo de tanto ir de un lado a otro, no creo que con esa actitud ayudes a mi hermana —dijo Alfred tranquilamente tras un largo trago de whiskey.

—Claro, como no es tu esposa la que grita de dolor, pero ya te veré cuando pases por lo mismo, ya veré cuando seas tú el que haga un agujero en el suelo, no entiendo cómo puedes estar tan tranquilo, es tu hermana —respondió Nicholas desesperado, esto era desesperante y la compañía de su cuñado no ayudaba en nada.

—Puede que nunca llegue a pasar por algo así —dijo el joven encogiéndose ligeramente de hombros— y claro que me preocupo por ella, como bien acabas de decirlo, es mi hermana, pero si de verdad quisieras evitarle el dolor, habrías parado luego del primero, después de todo, ya tienes un hijo, un varón, un heredero, y aun así tu esposa, mi hermana, sigue allí arriba gritando como loca por traer al mundo a tu hijo. —Devonshire gruñó, decirlo era muy fácil, pero hacerlo era otra cosa, aunque sí había considerado seriamente la opción de no tener hijos, Cassandra quería una hija y él no era capaz de

negarle nada.

—Papá —murmuró un pequeño jalando su pantalón, bajó su mirada y lo miró con ternura, hacía tres años nació su hijo, un pequeño de cabello oscuro, como su padre, y ojos azules, iguales a los de su madre. Se inclinó y lo tomó en brazos.

—¿Qué pasa, pequeño? —El fuerte grito de la duquesa los dejó helados.

—Papá, ¿por qué mami grita así? —preguntó el pequeño asustado; Nicholas miró de un lado a otro buscando a la mujer encargada de cuidarlo, pero no la encontró, seguro que como ya lo había hecho antes, escapó de ella.

—No deberías estar aquí, Christopher, mamá pronto estará bien. —De repente, los gritos cesaron y el fuerte llanto de un bebé resonó en el lugar; Nicholas tomó al pequeño en brazos y junto a Alfred, se miraron mutuamente para luego salir corriendo escaleras arriba, el duque abrió la puerta con un golpe y se quedó helado al ver el pequeño bulto en brazos de su esposa.

—Excelencia, estaba a punto de llamarlo —murmuró la partera, que se acercó y sonrió—. Felicidades, la duquesa debe descansar, pero ambas se encuentran perfectamente. —Dicho eso, esquivó al duque y salió de la habitación, pero él en ningún momento dejó de ver a su esposa.

—¿Quieres ver a tu hija? —preguntó la duquesa con una tierna sonrisa en sus labios, pero de repente frunció el ceño preocupándolo—. Christopher no debería estar acá, Nicholas —reprochó, pero él estaba demasiado contento como para preocuparse por ello.

—Él también quería conocer a su hermana. —Juntos se acercaron a la cama; Alfred, aunque se moría por acercarse y conocer a su nueva sobrina, prefirió esperar, era un momento que debían vivir en familia, solo ellos cuatro.

Cassandra se movió ligeramente para permitir que los hombres de su vida se sentaran a su lado, dejó un pequeño beso en la frente de su hijo y uno en los labios de su esposo. La duquesa parecía cansada, pero muchas veces ella demostraba tener más fuerza de la que se creía, su cabello estaba desarreglado y su rostro pálido, pero con solo ver a su esposo e hijo su rostro se iluminó y

solo eso bastó para olvidar todo el dolor o el cansancio.

—Bien, pues, caballeros míos, permítanme presentarles a Claire Weasley.
—Bajó ligeramente la pequeña manta que cubría a su pequeña, permitiendo que ambos observaran el delicado rostro de la nueva integrante de la familia, tenía un rostro angelical y su cabello era rubio al igual que el de su madre, era muy hermosa, era perfecta, era producto de un puro y verdadero amor, no podía haber mayor razón para ser perfecta.

—Espero que no quieras más hijos, no podría soportar tener que pasar por todo esto de nuevo, no soporto oírte así. —Ella rio y dejó un pequeño beso en sus labios.

—Pues, lo pensaré porque la verdad que me encantaría tener más, no sabes lo hermoso que es tener a mi bebé en brazos, no importa el dolor. —La duquesa levantó su rostro y se encontró con la tierna sonrisa de su hermano—. ¿Y tú no quieres conocer a tu sobrina? Seguro que tú sí no te quejas del parto, aunque es probable que pronto pases por lo mismo. ¿Cuándo harás público tu matrimonio? —Alfred elevó su ceja y puso los ojos en blanco, su hermana nunca cambiaría; se acercó y observó a la pequeña con una sonrisa.

—Aún no sé porqué te conté lo de mi matrimonio, y no tengo respuesta a tu pregunta, supongo que será luego. —Acarició el rostro de la pequeña con la yema de sus dedos.

—Oh, Alfred, vamos, eres el duque de Windsor, papá ya no puede hacernos daño, yo estoy casada y tengo una hermosa familia, necesitas a tu duquesa a tu lado, no a miles de millas de ti, además, quiero conocerla, preferiblemente antes de que me hagan abuela. —Su hermano soltó una carcajada y blanqueó los ojos.

—Pronto —prometió él—, ahora solo concéntrate en disfrutar de tu familia, no tienes por qué estar pensando en mi o en mi esposa, acabas de tener una hija, Cassandra, ¿podrías ocupar tu cabeza solo en ella? —La duquesa rio divertida y asintió, volvió su mirada al rostro de su pequeña.

—Alfred, ¿alguna vez imaginaste que tendríamos una vida así? Es decir,

míranos, tú estás casado aunque intentes ocultarlo y sé que tu esposa es una buena mujer, merecemos ser felices, eres el actual duque de Windsor, yo soy la duquesa de Devonshire y tengo dos preciosos hijos, a pesar de todo el daño que nos causó mi padre y todo lo que estuvimos obligados a vivir, tenemos la vida que deseamos, la vida que buscamos, somos felices, atrás quedo toda la tristeza y amargura que vivimos. —Su hermano observó la hermosa imagen que tenía en frente y suspiró; su hermana, su esposa y sus dos sobrinos, ese era el significado de felicidad para su hermana, cada vez que veía esos hermosos ojos brillantes y rebosantes de amor sabía que había hecho lo correcto.

—Claro que sí nos imaginé así, Cass, ¿sabes porqué? Porque merecemos esto, en especial tú, mereces ser feliz, siempre fue así, el hombre que fue nuestro padre ya no importa, debes olvidarlo, para siempre, nuestra vida ahora es diferente y lo único que importa es el amor que nos rodea. —Se acercó y como pudo dejó un beso en la frente de su hermana—. Por ti estoy dispuesto a lo que sea, recuérdalo siempre, Cassandra, eres mi familia —susurró cerca de su oído. Como pudo, la joven acarició el rostro de su hermano con una de sus manos.

—Sé que me amas tanto como yo a ti, Al, pero también sé que te hace falta tener una familia, y tal como años atrás prometiste estar a mi lado siempre y ser el mejor hermano que puede existir, yo te prometo lo mismo, te prometo un para siempre, te prometo un futuro, una familia, te prometo ser siempre la hermana que adoras. —Dejó un beso en su frente y sonrió; su vida era perfecta, ahora lo era, porque para llegar a la perfección solo hace falta un poco de amor.

Si te ha gustado

Arriégate conmigo

te recomendamos comenzar a leer

Un té verde con jazmín

de *Mar P. Zabala*



1. RISAS.

Sin poder evitarlo salí riendo con mi amiga Fátima de nuestra clase de yoga. Esas dulces ancianitas que durante la relajación roncan como camioneros, sordas como una tapia, pero que se doblan como si fueran de goma mientras que nosotras, a pesar de tener casi la mitad de edad que alguna, no conseguimos estirar nuestras piernas, y más que hacer la pinza, parece que estamos asomadas al balcón viendo pasar la gente, eran nuestra envidia.

—Mañana me van a doler hasta las pestañas —dijo Fátima.

—¡Serás exagerada! —exclamé divertida—. No es para tanto, solo ha sido un poco más dura que lo habitual. Luego lo agradeces cuando estás delante de una porción de tarta.

—Y hablando de tartas, ¿no se suponía que íbamos a probar la de cappuccino que vimos en esa cafetería tan cuqui?

—No sé.

—Venga, Macarena, si lo estás deseando, tenemos tiempo.

—Vale, pero pedimos una porción para las dos.

Riendo nos encaminamos a la cafetería, sabedoras de que terminaríamos pidiendo cada una de nosotras una porción diferente y compartiendo y probando dos nuevas delicatessen. Era uno de esos días de otoño en que la noche llegaba a las seis, y parecía que el día se había terminado. Los gorros y las bufandas habían dejado el armario, y nuevamente el paraguas era el compañero diario. En una ciudad como Salamanca, el tiempo invernal era largo y tedioso, salvo los dos meses de julio y agosto que según los años podías asarte de calor o podía tocarte cargar con la chaqueta a todas partes. La cafetería, como siempre, estaba llena y esperamos con paciencia a que la atareada camarera nos pudiera atender.

—¿Cómo va la nueva novela? —me preguntó mi amiga mientras el aroma

del té verde con jazmín que me había pedido para acompañar la tarta inundaba mi nariz.

—Estoy atascada. No sé qué hacer con mi protagonista. Ya he presentado los personajes, sé lo que quiero que pase, pero no sé cómo desarrollarlo.

—Pídeles ayuda a las musas.

—¿Musas? No te ofendas, pero será a mi muso.

—¿Muso? Eso es nuevo.

—Qué quieres, unas mujeres tocando el arpa y soplándome al oído no me inspiran lo más mínimo.

—¿Y cómo es tu muso?

—Más bien como un espartano de la película 300. Un dios griego hecho hombre en la tierra, con una pequeña faldita que deja poco a la imaginación y unas sandalias romanas.

—¿Espartano, griego, romano?

—Oye, que es mi muso y me lo imagino como quiero. Además, con lo poco inspirador que está últimamente voy a tener que sustituirlo por otro.

—¿Cómo cual?

—No sé. ¿Has visto el último anuncio de colonias? Ese del barco que...

Y así, entre carcajadas y diciendo tonterías que nos hacían reír y olvidar las penas, cuando quisimos darnos cuenta eran las nueve y nos despedimos. Mi amiga debía levantarse a las seis ya que trabajaba en el hospital como celadora y yo debía levantarme también temprano si quería terminar la novela a tiempo, para cumplir el plazo de seis meses que la editorial me había dado y del que solo restaban tres semanas. ¿Escribir una novela en tres semanas? Un amigo escritor afirmaba que para ganar una apuesta escribió una novela en dos semanas que después se convirtió en un éxito. Yo tenía tres, la mía sería un *best seller*. Había malgastado los primeros meses disfrutando de las alabanzas y las buenas críticas de mi última novela y me había despistado un poco. Vale, algo más que un poco, estaba en un lío, pero si no salía a la calle, no quedaba con nadie, no me distraía viendo la tele o charlando en mi grupo de *Facebook*

favorito seguro que lo lograba. Adormilada frente al televisor después de cenar, mientras veía el nuevo capítulo de la serie de intriga escandinava a la que me había enganchado, en la que en un pueblo sepultado por la nieve aparecía el torso de un hombre asesinado no se sabía por quién, mi mente recordaba la conversación con Fátima y evocaba al dios griego que se había convertido en mi muso.

—Anda, pórtate bien e inspírame mañana. Ya puestos, podías venirte a casa unos días, en concreto las tres semanas que faltan para que se acabe mi plazo de entrega. Solo tres semanas para escribir la media novela que me falta. No es mucho pedir.

No pude pensar más, mi muso no había llegado, pero sí Morfeo y me acunaba amoroso en sus brazos. En modo zombi apagué la televisión y me arrastré hasta mi cama. Mañana sería otro día.

Cuando el corazón y el deber chocan se necesita mucha fortaleza y valentía para luchar por ese amor prohibido que le da razón a la vida.



Lady Cassandra Lowell, hija del duque de Windsor, es un éxito total tras su presentación en sociedad. Pero ya está en su segunda temporada y aún no ha decidido comprometerse. Tiene varios pretendientes, pero ninguno con el que quiera compartir su vida. Sin embargo, su padre le da un ultimátum: o elige un caballero que se ajuste a las características exigidas por él, o será él quien decide por ella. No hay más opciones, y solo tiene hasta el final de la actual temporada

social de Londres para encontrar marido.

Nicholas Weasley, duque de Devonshire, el bastardo del anterior duque, quien después de una dura lucha logra el título y la fortuna que le pertenecen, llega a Londres decidido a buscar esposa por consejo de su cuñado. Sin embargo, es catalogado como el hombre prohibido para todas las jóvenes casaderas que quieran conservar su buen nombre y reputación... y solo cierta joven será capaz de todo por su amor.

Una relación peligrosa que tendrá muchos obstáculos y enemigos dispuestos a todo con tal de separarlos, pero que acabarán por comprender que es difícil de destruir un sentimiento tan grande como es el amor.

Fernanda Suárez. Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Fernanda Suárez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-52-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Arriésgate conmigo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Fernanda Suárez

Créditos